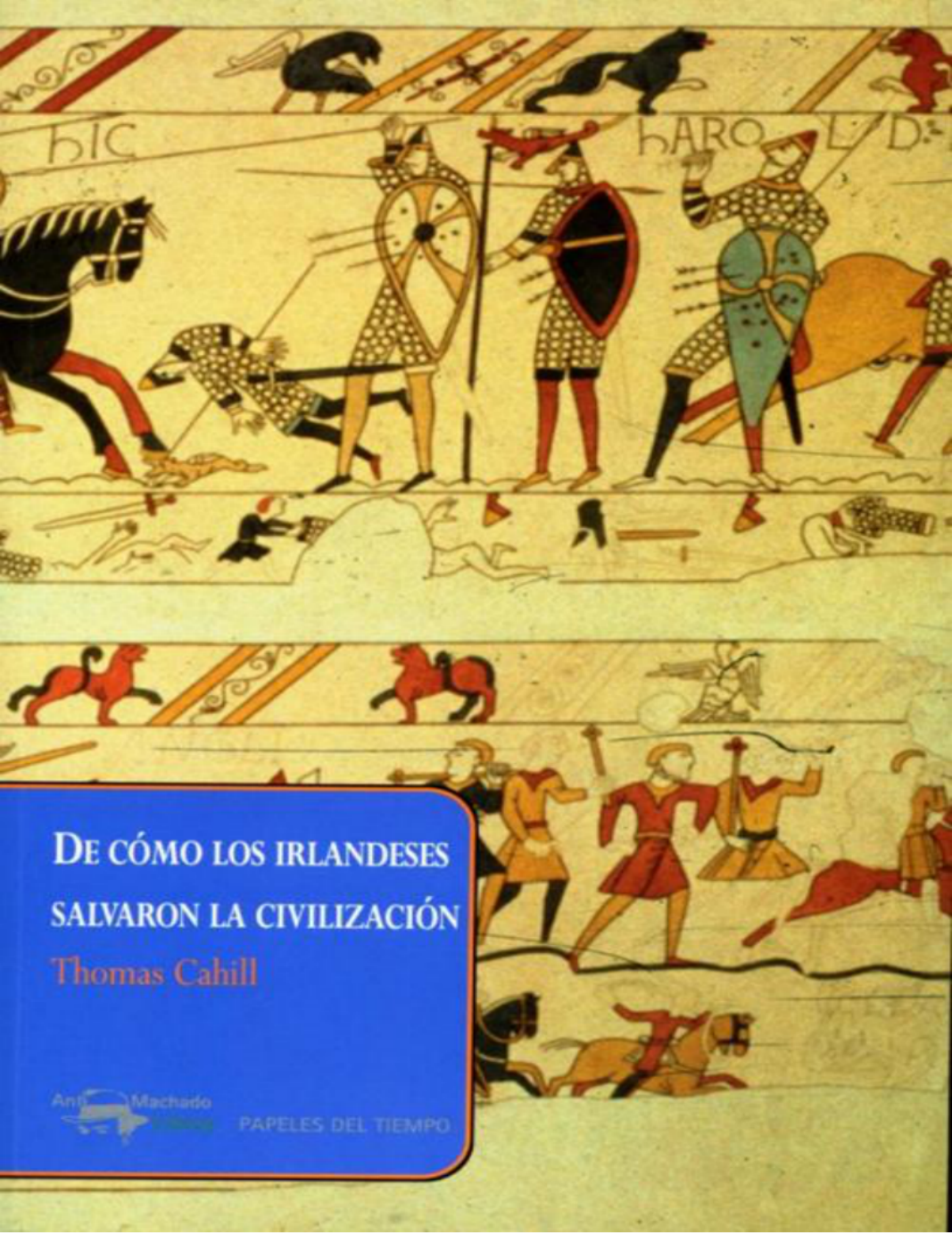
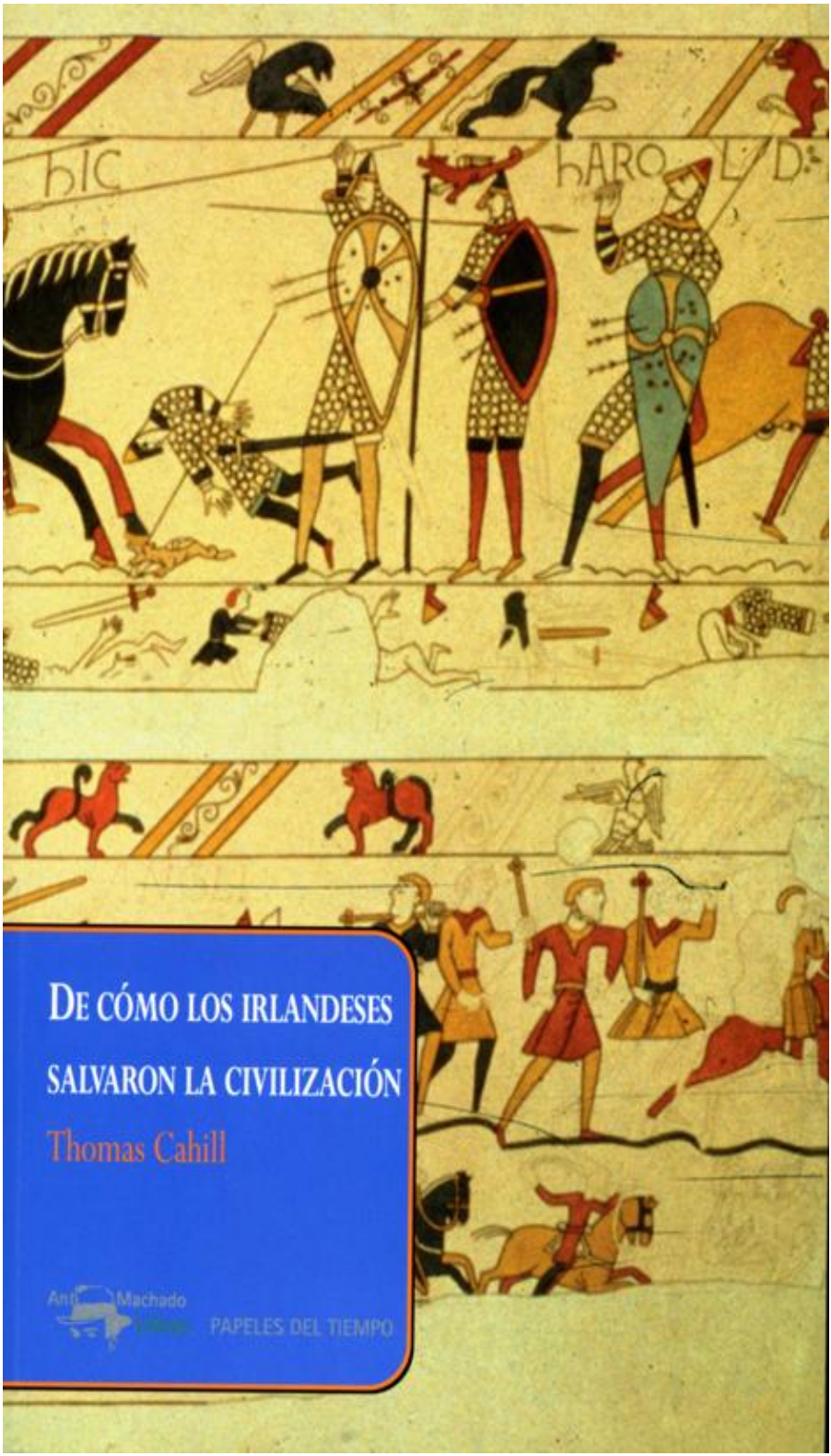


De cómo los irlandeses salvaron la civilización

Thomas Cahill

Antonio Machado Libros
PAPELES DEL TIEMPO



De cómo los irlandeses salvaron la civilización

Thomas Cahill

Antonio Machado Libros
PAPELES DEL TIEMPO

PAPELES DEL TIEMPO

www.machadolibros.com

DE CÓMO LOS IRLANDESES SALVARON LA CIVILIZACIÓN

La desconocida historia del papel que desempeñó Irlanda desde la caída del Imperio Romano hasta el surgimiento de la Europa medieval

Thomas Cahill

Traducción de
Juan Manuel Pombo Abondano

PAPELES DEL TIEMPO

Número 34

© 1995 by Thomas Cahill
Título original: *How the Irish Saved Civilization. The Untold Story of Ireland's Heroic Role from the Fall of Rome to the Rise of Medieval Europe* This translation published by arrangement with Nan A. Talese, an imprint of The Knopf Doubleday Group, a division of Penguin Random House, LLC
© de la traducción: Juan Manuel Pombo Abondano © Machado Grupo de Distribución, S.L.
C/ Labradores, 5
Parque Empresarial Prado del Espino 28660 Boadilla del Monte (MADRID)
machadolibros@machadolibros.com
www.machadolibros.com

ISBN: 978-84-9114-248-5

Índice

Introducción. ¿Qué tan cierta es la historia?

I. El fin del mundo. Cómo cayó Roma... y por qué

II. Lo que se perdió. Las complejidades de la tradición clásica

III. Un mundo oscuro y cambiante. Irlanda profana

IV. Buenas nuevas de muy lejos. El primer misionero

V. Un mundo pleno de luz. La Santa Irlanda

VI. Lo que se encontró. De cómo los irlandeses salvaron la civilización

VII. El fin del mundo ¿Quéda alguna persona?

Guía de pronunciación de palabras irlandesas claves

Fuentes bibliográficas

Cronología

Agradecimientos

Para Susie
... la primera y más bella... la mejor y más querida: Sean tuyas todas las dichas y tesoros, la paz, el contento, el amor y el placer.

Nada que verdaderamente valga la pena se puede realizar en el lapso de una vida, de modo que solo la esperanza nos puede redimir. Nada que sea verdad o hermoso o bueno llega a tener cabal sentido en la inmediatez de un contexto histórico, de modo que solo la fe nos puede redimir.
Nada de lo que hagamos, no importa qué tan virtuoso, lo podemos realizar a solas, de modo que solo el amor nos puede redimir.

REINHOLD NIEBUHR

Introducción

¿Qué tan cierta es la historia?

El término irlandés rara vez se asocia con el término civilización. Siempre que se piensa en pueblos civilizados o civilizadores, son los egipcios y los griegos, los italianos y los franceses, los chinos y los judíos lo primero que se nos viene a la cabeza. Los irlandeses son desaforados, irresponsables y simpáticos o de lo contrario taciturnos, reprimidos y corruptos pero a duras penas civilizados. Si nos esforzamos por pensar en una «civilización irlandesa» no surge imagen alguna, ninguna Creciente fértil, ningún Valle del Indo, ningún busto inquietante de Beethoven. El más común y silvestre de los mecánicos griegos llama a su taller «El Partenón», vinculándose así a una cultura ancestral que hace parte de su imaginario. Un restaurador siciliano que apenas sabe leer y escribir colocará su propia copia en yeso del *David* de Miguel Ángel en lugar de honor y así reivindicará sus presuntos lazos con el Renacimiento. En cambio, es mucho más probable que el patrón de un establecimiento irlandés llame a su negocio «Bar Breffni» o «Mudanzas Kelly», anunciando de este modo meras conexiones personales o de vecindario que no cargan con las resonancias de la historia o de la civilización.

Y sin embargo... Irlanda, una pequeña isla en el extremo de Europa que no ha conocido Renacimiento ni Ilustración –de alguna manera un país tercermundista con una cultura de la edad de piedra como alegaba John Betjeman– tuvo su momento de impecable gloria. Esto porque, mientras el Imperio Romano caía y por toda Europa unos bárbaros desgreñados y sucios descendían sobre las ciudades romanas saqueando bienes y quemando libros, los irlandeses, que apenas aprendían a leer y a escribir, se dedicaron al arduo trabajo de copiar toda la literatura de Occidente, toda a la que pudieron echarle mano. Así, estos escribanos se convirtieron en el cauce a través del cual las culturas grecorromana y judeocristiana les fueron transmitidas a las tribus de Europa recién establecidas sobre los escombros y los viñedos en ruinas que ellos mismos se había encargado de derruir. Sin el servicio que prestaron estos escribas, lo que ocurrió después hubiera

sido impensable. De no ser por la misión de los monjes irlandeses, que sin la ayuda de nadie fundaron de nuevo la civilización europea por todo el continente desde las ensenadas y valles de su exilio, el mundo que vino después de ellos hubiera sido completamente distinto... un mundo sin libros. Nuestro propio mundo jamás hubiera llegado a ser.

Nunca antes, por lo menos no en los últimos mil años desde que las legiones espartanas perecieron en el paso de las Termópilas, se había visto la civilización occidental amenazada de tal modo. Ni en lo sucesivo se volvería a ver frente a la posibilidad de su propia aniquilación hasta que, en este siglo, se ingenió los medios para acabar con la vida entera. Para cuando comienza nuestra historia, al iniciarse el siglo V de nuestra era, nadie hubiera podido prever el colapso que se avecinaba. Pero, corrida la segunda mitad de aquella centuria, cualquier hombre razonable que examinara la situación de su tiempo ya no tendría la menor duda: su mundo había llegado a su fin. Ya no podía hacer más que, siguiendo el ejemplo de Ausonio, retirarse a su villa, escribir poesía y esperar lo inevitable. Jamás se le ocurrió a estos hombres que los fundamentos sobre los que había construido su mundo serían salvados por unos estrafalarios seres que provenían de unas tierras tan marginales y remotas que los romanos ni siquiera se tomaron la molestia de conquistar. Hombres tan extraños que vivían en pequeñas chozas sobre promontorios rocosos, se afeitaban al rape la mitad de las cabezas y se autotorturaban con irritantes ayunos y baños de agua fría. Como decía Kenneth Clark, «Si se mira hacia atrás desde la perspectiva de las grandes civilizaciones del siglo XII en Francia o desde la Roma del siglo XVII, cuesta trabajo creer que durante tanto tiempo –casi cien años– la cristiandad sobrevivió gracias a que se aferró a lugares como Skelling Michael, un pico rocoso a dieciocho millas de la costa de Irlanda que se levantaba a setecientos pies sobre el nivel del mar».

Clar, quien empieza su obra *Civilización* con un capítulo (intitulado «Por un pelo») que trata sobre la precaria y peligrosa transición en lo que va del mundo clásico al medioevo, es la excepción en tanto que le da el peso que le corresponde a la contribución irlandesa. Muchos historiadores ni siquiera mencionan y muy pocos advierten el drama impresionante que representó esta novela cultural de suspenso. Quizá dicha omisión se deba a que es más fácil describir lo inmóvil, lo estático (primero lo clásico, *luego* lo medieval) que el movimiento (el tránsito de lo clásico *a* lo medieval). También es cierto que los historiadores son por lo general expertos en un período u otro, de modo que el asunto de la transición queda por fuera de su competencia –¿y de la de los demás?–. De cualquier modo, no conozco

un solo libro impreso en circulación que se dedique a esta transición, ni siquiera uno en el que dicho problema ocupe por lo menos un espacio sustancial.

En un intento por remediar esta omisión, bien vale la pena hacerse la gran pregunta: ¿Qué tan cierta es la historia? ¿Acaso solo se trata de un enorme plato de sopa atiborrado de tantos y tan dispares elementos que no se puede describir? ¿Será verdad, como ha señalado Emil Cioran, que la historia no puede probar nada porque lo contiene todo? ¿No es la otra cara de esta misma moneda la afirmación de que a la historia le podemos hacer decir cualquier cosa que queramos?

Opino, más bien, que cada época reescribe la historia de nuevo; revisa hechos y textos desde su propio punto de vista. Nuestra historia, la que leímos en la escuela y a la que recurrimos más tarde en la vida, fue en buena parte escrita por ingleses protestantes y por anglosajones protestantes norteamericanos. Así como los historiadores contemporáneos han venido descubriendo que los susodichos redactores no son siempre dignos de confianza cuando se trata de los aportes realizados, por ejemplo, por las mujeres o por los estadounidenses de origen africano, no debe sorprendernos que tales narradores hayan pasado por alto una gigantesca contribución sin la cual la civilización europea no hubiera sido posible. Para un caballero inglés del siglo pasado, por ejemplo, los irlandeses, por naturaleza, eran incapaces de civilización. «Los irlandeses», proclamaba Benjamin Disraeli, el bienamado ministro de la reina Victoria, «detestan nuestro orden, nuestra civilización, nuestra emprendedora industria, la pureza de nuestra religión [el padre de Disraeli había dejado el judaísmo por la Iglesia anglicana]. Esta raza montaraz y salvaje, insensata, indolente, insegura y supersticiosa no tiene la menor afinidad con el carácter inglés. Su ideal de la felicidad humana oscila entre la rencilla tribal y la más burda idolatría [es decir, el catolicismo]. Su historia la caracteriza un círculo ininterrumpido de fanatismo [!] y sangre». El racismo ponzoñoso y el prejuicio cretino que exhibe esta descripción quizá sea evidente para nosotros, pero en los días «del viejo Dizzy», como la reina apelaba al hombre que le ofreció la India, simplemente pasaba por verdad de a puño.

De vez en cuando, por supuesto, aun los petulantes colonos de la pequeña reina sufrían algún momentáneo escrúpulo: ¿Será posible que quienes conquistan sean responsables del estado de cosas que reina entre los colonizados? Pero pronto salían de cualquier duda y se escudaban detrás de su superioridad, como lo deja ver a todas luces la respuesta del historiador Charles Kingsley a la miseria provocada por el hambre de la que fue testigo en la Irlanda de Victoria: «Estoy

aterrado con aquellos chimpancés humanos que pude ver a lo largo de cien millas de horribles campos. *No creo que sea nuestra culpa* [el subrayado es mío]. Creo que no solo hay más de ellos hoy que antaño, sino que son más felices, y que están mejor y más cómodamente alimentados y alojados bajo nuestro mandato de lo que nunca estuvieron. Pero ver chimpancés blancos es espantoso. Si fuesen negros no lo sentiría uno tanto, pero resulta que sus pieles, excepto donde han sido bronceadas por el sol, son tan blancas como las nuestras».

No podemos consolarnos pensando que tales ideas hace tiempo hayan salido de escena. Como escribía hace poco el distinguido historiador Anthony Grafton, de la Universidad de Princeton, en las páginas del *New York Review of Books* acerca de las facultades de historia en las mejores universidades de Estados Unidos, «La cultura católica –al igual que casi todos los católicos– solía desdeñarse como el territorio de una raza inferior, capaz solo de producir legendarias escuelas provincianas donde las monjas le pedían a las niñas a su cargo que, cuando salieran con sus novios, jamás pidieran raviolis so riesgo de que aquellos empezaran a pensar en almohadas. Prejuicios y estereotipos de esta índole, tan repugnantes como cualquier cosa que jamás se le endilgara a los judíos, persistieron en las universidades estadounidenses hasta fechas enfadosamente recientes».

Tal fecha puede ser anteayer, pero no lo digo por acusar a ningún historiador de falsear la verdad deliberadamente. No, el problema es mucho más sutil que un simple engaño y está ingeniosamente descrito por John Henry Newman en su fábula del Hombre y el León:

> Alguna vez el Hombre invitó al León como su huésped y lo recibió como a un príncipe. Se le brindó al León un magnífico palacio en el que había mucho que admirar: grandes salones y largos corredores lujosamente amueblados y decorados llenos de una profusión de finas muestras de escultura y pintura, obra de los mejores maestros en cada una de las artes. Los temas representados eran varios, pero el más destacado de ellos resultó de especial interés para el noble animal que atisbaba. Se trataba del León mismo. Al tiempo que el dueño de la mansión lo conducía de un habitación a otra, el León no pudo menos que dirigir su atención al homenaje indirecto que aquellos cuadros y retablos le hacían a la importancia de la tribu leonina.
>
> Había, con todo, un rasgo notable en todos ellos, rasgo que, a pesar de su recatado silencio, al anfitrión no le pasó desapercibido: que diversas como eran estas representaciones, todas coincidían en un punto: que el Hombre salía siempre victorioso y el León siempre subyugado.

El problema no es que el León haya sido excluido de la historia del arte, sino más bien que ha sido mal representado... y que nunca gana. Cuando el León culminó su visita por la mansión, continúa Newman,

«el anfitrión le preguntó por su opinión respecto a los esplendores que allí se contenían. El León, en respuesta, le hizo justicia plena a las riquezas de su dueño y al arte de sus decoradores, pero, agregó, “los leones hubieran salido mejor librados de haber sido ellos los artistas”».

A lo largo de esta historia nos encontraremos con varios anfitriones, todos ellos personas de fundamento que tienen algo que decir, algunos quizá piensen que su historia es la única que existe. Seremos corteses y los escucharemos sin menosprecio. Intentaremos incluso ver las cosas desde su perspectiva. Pero de vez en cuando nos vamos a encontrar agasajando leones, en cuyo caso cada lector tendrá que valerse por sí mismo.

Empezamos, sin embargo, no en la tierra de los leones, sino en el ordenado y previsible mundo de Roma. Para apreciar el significado del aporte irlandés necesitamos primero hacer un inventario del civilizado imperio de la Antigüedad.

I

El fin del mundo

Cómo cayó Roma... y por qué

El último frío día de diciembre del moribundo año que designamos como 406, el río Rin se congeló por completo convirtiéndose en el puente natural que cientos de miles de hombres, mujeres y niños hambrientos habían esperado durante mucho tiempo. Se trataba de los *barbari,* palabra con la que los romanos aludían a una masa indiferenciada y harapienta de «otros seres –no que se tratase de gente aterradora, no, más bien de un problema, de una molestia enojosa que sería mejor evitar–, en otras palabras, se trataba de no-romanos. Es de presumir que estos desarrapados tuviesen una mejor imagen de sí mismos, pero como los pueblos que no tienen escritura dejan pocos registros, entonces solo podemos conjeturar cuál sería esa opinión.

Ni la soldadesca romana disciplinada, fatigada y apostada en las riberas occidentales del río ni las inquietas y caóticas tribus apelotonadas en la otra margen podían haber estado cavilando demasiado sobre su futura posición en la historia. Pero este instante de abandono, esta relativa calma antes de la tormenta, nos brinda una oportunidad para examinar los bandos en las dos orillas y así mirar hacia atrás para ver lo que fue y hacia adelante para ver lo que será.

Si ascendemos hacia los altos cielos como lo hiciera el águila romana, es posible ver nacer el río más ancho de Europa, el Rin. Nace, encaramado sobre los Alpes norteños, en el lago Constanza, dobla y luego gira rumbo al norte para finalmente tomar en dirección noroeste hasta que, después de un viaje de 1.300 kilómetros, alcanza las costas continentales de Europa y se desocupa en el Mar del Norte, casi enfrente y a la altura del estuario del Támesis. Si volvemos a las alturas alpinas allí se divisa otro río que nace en un lago más pequeño, un poco al norte del Constanza, y que toma un curso al este casi dos veces más largo que el del Rin y muere en las aguas del Mar Negro. Es el Danubio, el río más largo de Europa (sin contar el Volga). Al norte de este último y al este del primero habitan los bárbaros. Al sur y al oeste de estos dos ríos yace Romania..., en su tiempo, el más vasto y poderoso imperio en la historia de la humanidad.

La inmensidad y la omnipotencia de este imperio que abarca «todo el mundo civilizado», no son precisamente las dos características que nos llamarían la atención si remontáramos el vuelo sobre el Mediterráneo aquel día aciago. Lo que veríamos sería lo contrario de lo que entendemos por poder: veríamos fragilidad y, de manera muy específica, fragilidad geográfica. «Vivimos alrededor de un mar», le recordaba el perspicaz Sócrates a sus escuchas, «como ranas alrededor de un pozo». A pesar de todo el poder de la bota romana, y la extensión de los caminos romanos, la totalidad del imperio se abrazaba al Mediterráneo como un castillo de arena construido por un niño, en espera de que se lo lleve el mar. De las fructíferas Galia y Bretaña al norte hasta el fértil valle del Nilo al sur, del rocoso litoral de Iberia al oeste hasta las resecas costas del Asia Menor, todas las provincias del imperio se vuelcan sobre el gran mar, sobre el Medi-Terra-neo: el mar en el centro de la Tierra. Y al volcarse sobre el centro de su mundo le dan la espalda a todo lo que queda detrás de ellos, allende las murallas de Roma. Le dan la espalda a los bárbaros.

Que roma pudiera caer era algo impensable para un romano: sus cimientos eran inexpugnables, firmemente hundidos en un pasado con una historia que llevaba más de once siglos construyéndose. Estaba, eso sí, la profecía. Tal vez casi siempre con un par de copas de más habría alguien que trajese a cuento el viejo refrán: la profecía de las doce águilas, cada una representando un siglo, lo que nos deja –dedos rechonchos contando siglo por siglo sobre un charco de vino– con apenas setenta años más. ¡Una década más o una menos! Carcajadas predecibles ante el tamaño de la tontería. Pero setenta años después, con exactitud, el imperio ya no existiría.

Roma, la ciudad eterna, con once siglos a cuestas, apenas si previó su fin. Con todo, las teorías sobre su caída sí son muy viejas. Solo dos docenas de años después de este encuentro entre romanos y bárbaros a lo largo del Rin, Agustín de Hipona, obispo de la segunda ciudad de la Roma africana, yacerá en su lecho de muerte escuchando el fragor de otra oleada de bárbaros que asedian las murallas de su ciudad. Apenas si ha terminado las últimas páginas de su gran defensa del cristianismo, *La ciudad de Dios,* escrita para contradecir a los romanos paganos que veían detrás del asedio bárbaro la furia de los viejos dioses de Roma al verse abandonados por los conversos cristianos. (No, insiste con elocuencia Agustín, no es el cristianismo el responsable de la ruina del imperio, sino el paganismo atiborrado de vicio y corrupción.) Nueve siglos más tarde, durante el temprano Renacimiento y mientras por toda Italia se excavan y descubren tantas proezas y hazañas en ingeniería y escultura, la pregunta de qué había

ocurrido con semejantes colosos de la cultura capaces de construir todo aquello va a estar en la punta de todas las lenguas.

Petrarca, el poeta y académico toscano que con razón se recuerda como el padre del humanismo renacentista, descubre el concepto de «caída» y, haciendo eco a Agustín, también encuentra en las fallas internas del imperio al responsable. Maquiavelo, siglo y medio después y mientras escribe en unos tiempos menos espirituales y más cínicos, culpará a los bárbaros.

Cuando se publicó, en 1776, el primer volumen de la *Historia de la decadencia y ruina del Imperio Romano,* de Edward Gibbon, dicha publicación provocó mucho más revuelo y atención en Londres que el que suscitaran las problemáticas noticias que llegaban de las colonias de América del Norte. «La caída de Roma», escribía Gibbon, «era el efecto natural e inevitable de una grandeza desmedida». Tal idea encajaba muy bien con el temperamento frío y racional de la época. Pero a medida que los caballeros ingleses más convencionales del siglo XVIII continuaron pasando las páginas del texto de Gibbon, la sangre les empezó a hervir. «Así como la gran meta de toda religión es la felicidad en una vida futura», seguía Gibbon, «se puede decir sin sorpresa o temor a escándalo que, si no la introducción, por lo menos sí el abuso del cristianismo tuvo que ver con la decadencia y caída del Imperio Romano. El clero predicó con éxito las doctrinas de la paciencia y la pusilanimidad. No se alentaban las virtudes sociales activas y lo poco que quedaba del espíritu militar se enterró en el claustro. Una buena parte de la riqueza pública y privada se consagró a las dudosas exigencias de la devoción y de la caridad. Y la paga de los soldados se prodigó a manos llenas entre multitudes inútiles de ambos sexos que solo podían alegar los méritos de la abstinencia y la castidad».

Se registró gran indignación y se expidieron acusaciones, y el señor Gibbon se aprestó para defenderse con su libro *Reivindicación.* Pero, en honor a la verdad, su teoría no era ninguna novedad, apenas distinguible de la teoría pagana contra la que Agustín se había ido lanza en ristre trece siglos atrás. Ahora, méritos no le faltaban. Con todo, no sobra decir algo sobre la historia personal de Gibbon: a los dieciséis años de edad, converso reciente y furibundo al catolicismo, empacó maletas camino a Suiza dejando a su padre indignado. Allí se convierte al protestantismo (esta vez en una variante de tipo calvinista) y acto seguido, casi simultáneamente, pasa al escepticismo a ultranza de Voltaire, a quien conoció. El efecto permanente de todo esto sobre el hombre maduro de tantas –y tan contradictorias– pasiones juveniles es fácil de imaginar.

Los primeros intérpretes –los críticos paganos del cristianismo, luego Agustín, Petrarca, Maquiavelo y Gibbon– constituyeron el marco de toda interpretación ulterior: que Roma cayó por su debilidad interna, social o espiritual; que Roma cayó por presiones externas: hordas de bárbaros. Lo que podemos aseverar con confianza es que Roma cayó poco a poco y que los romanos, durante décadas, apenas si se dieron cuenta de lo que ocurría.

La escena a lo largo del Rin congelado nos otorga algunas claves para explicar la naturaleza de la ceguera romana. Los legionarios en la imagen romana saben que tienen la sartén por el mango y piensan que así será siempre. Aunque algunos de ellos no fuesen más que reclutas apenas civilizados y recién establecidos a este lado del río, ahora son romanos, herederos de casi doce siglos de civilización, es decir, de agricultura, vinicultura, horticultura, cocina, artes, literatura, filosofía, leyes, política, destreza marcial y todos los quehaceres que tales empeños traen consigo. El mundo no ha conocido nada tan profundo, tan duradero o tan extenso como lo fue la paz romana, la paz y la previsibilidad de la civilización romana. Si examinamos ahora a los soldados romanos, notaremos la muda autoridad de su presencia, el lustre y la elegancia de sus personas, lo apropiado de su postura y porte..., son gallardos. Es más, cada gesto, cada pieza de su guarnición obedece a una estética. Se ha pensado en todos los detalles – *ad unguem,* hubieran dicho, como anillo al dedo–, como el escultor que examina la suavidad y perfección del mármol terminado. El cabello se ha cortado pensando en la forma del cráneo, se afeitan al rape para subrayar la osadía de la quijada, sus prendas –desde las inexpugnables pero curvilíneas pecheras hasta las faldas que hacen fácil el movimiento– han sido diseñadas pensando en el cuerpo, en su forma y movimiento, y su físico robusto recuerda las proporciones de las estatuas griegas. Incluso la comida que se sirve en el casino de soldados ha sido preparada no solo para que sepa bien sino para que se vea bien. En este momento, el *architriclinus* –el chef– empieza a preparar las zanahorias: corta cada pedazo a lo largo y luego a lo largo otra vez para obtener delgados y alargados triángulos.

Observemos ahora a las huestes bárbaras al otro lado del río que bajo la luz oblicua y gris del invierno se amontonan como figuras en una pesadilla. Barbas y cabelleras sin cortar, asquerosamente cubiertas con aceites viscosos y trenzadas en horripilantes formas. Los ornamentos distorsionan sus cuerpos y una pintura los torna amarillentos. Algunos de los hombres son musculosos y enormes hasta el punto que se dijera deformes, las piernas cubiertas con un atuendo cómico que llaman *baccae,* más tarde conocidos como *breeches.* Son

indisciplinados: braman, se gritan unos a otros y corren sin ton ni son. Están sucios, huelen mal. Una vieja bruja cubierta con una sucia manta revuelve un caldero al tiempo que corta raíces y echa pedazos de carne rancia dentro del mejunje de cuando en cuando. Corta una zanahoria a través, de modo que las rodajas flotan como torpes ojos color naranja en la superficie de su brebaje.

Este retrato poco ecuánime de los dos bandos no hubiera sido la perspectiva exclusiva de los romanos: hubiera podido ser también la de los germanos (ya que los huéspedes encargados de la molienda son de origen germano, como lo son todos los intrusos de la época). Para los romanos las tribus germanas eran gentuza, chusma. Para los germanos, la margen romana del río era el lugar donde se debía estar. Quizá el ejemplo más cercano que podemos tener hoy en día para comprender esta línea divisoria es la frontera sur de Estados Unidos. Allí las tropas pulcras son la policía de inmigración y las hordas los mexicanos, haitianos y demás desposeídos que buscan cómo entrar de modo ilegal. Los romanos no percibieron la migración bárbara como una amenaza por la sencilla razón de que se trataba de eso, de una migración. Año va, año viene la variopinta migración. No se trataba de un asalto armado, organizado. En efecto, hacía centurias que venía ocurriendo. Los galos habían sido los primeros invasores bárbaros cientos de años antes y ahora la Galia estaba en paz. Sus versos y sus viñedos eran una doble fuente de inspiración romana. Los galos se habían vuelto más romanos que los romanos. ¿Por qué no iba a ocurrir lo mismo con estos vándalos, alanos y suevos que ahora se exaltaban hasta el paroxismo al otro lado del río?

Cuando por fin los desventurados germanos arremeten y cruzan el puente de hielo, lo hacen de frente, sin previa reflexión ni estrategia. Con absurdo coraje hordas atraviesan el Rin en oleadas desordenadas: la desesperación es su principal arma. Podemos darnos una idea del número de ellos (y de su desesperación) con un único conteo de las bajas: se dice que, solo los vándalos, perdieron veinte mil *hombres* (sin contar mujeres ni niños) en el cruce. A pesar de su disciplina, los romanos no pueden detener el mar germano.

Desde cierta perspectiva, se puede decir que las meras cifras apabullaron a los romanos... no solo durante este encuentro, sino durante los diglos de migraciones ocurridas a través de las porosas fronteras del imperio. Algunas veces los bárbaros llegaban en oleadas, aunque nunca de las dimensiones de esta. La mayor parte de las veces lo hacía gota a gota: como artesanos honestos en busca de empleo, como guerreros que se alistaban en las legiones romanas, como caciques tribales que compraban pedazos de tierra, como maleantes

que prendían fuego y saqueaban y que algunas veces también violaban y asesinaban.

Lo que los puso en movimiento fue la agricultura, que habían aprendido de sus vecinos romanos. Al tiempo que las sociedades bárbaras al norte del imperio cambiaban sus hábitos nómadas de cazadores por las costumbres estables del agricultor, las provisiones de grano estacional que podían esperar povocaron una inevitable explosión demográfica. Por razones más que obvias los granjeros viven vidas más largas y ven un mayor número de sus críos llegar a la edad adulta que los cazadores, cuyas precarias vidas –y las de su progenie– parecen transcurrir caminando sobre una especie de cuerda floja ecológica de alto voltaje sin red que los proteja. Para el granjero esta red está conformada por las existencias de grano, que contiene más alimento del que en este momento necesitan. Esta forma antigua de tener dinero guardado en el banco ha servido desde tiempos inmemoriales como fundamento de una larga vida, de la planificación a largo plazo y de todas las artes que produce la civilización.

Pero la fórmula completa es tan invariable como arcaica: el éxito económico materializado en una bodega de grano dispara una explosión demográfica que a su vez genera la necesidad de adquirir nuevas tierras para alimentar más bocas. Once siglos antes del encuentro sobre el Rin, una manada insignificante de campesinos latinos «que apenas si había acabado de establecer una gricultura sedentaria, resolvieron el problema de su número creciente embarcándose en una carrera de conquistas que terminó por convertirse en el imperio romano», como señala el historiador contemporáneo William McNeilll. «Visto así, al Estado romano de Occidente lo destruyeron las mismas fuerzas que lo habían creado.»

Así, McNeill opta por la misma idea razonable, basada en la necesidad, por la que optó Maquiavelo. Sin embargo, como los historiadores clásicos han mostrado, existen otras maneras de considerar esta enorme transformación. ¿Por qué tan frágil la guardia de la frontera? ¿Acaso no se dieron cuenta los romanos, en algún momento, de que su modo de vida estaba cambiando para siempre? ¿Acaso no se les ocurrió nada distinto a rendirse ante lo inevitable? Para contestar a estas preguntas y hacernos a una idea más completa de la sociedad romana, volveremos nuestra atención sobre un romano típico que ayudó a construir el mundo de la Antigüedad tardía.

La arremetida bárbara a través del Rin congelado tuvo lugar en la primera década del siglo V de nuestra era. Demos un paso atrás –al siglo IV– para conocer a un hombre cuyo estilo de vida nos puede

dejar ver algunas de las enormes lagunas y ausencias de la sociedad romana, lagunas que llevarían derecho a las calamidades del siglo V. Se trata de Ausonio, el poeta, que cuidaba de una gigantesca propiedad rural exquisitamente mantenido en Burdeos, provincia de la Galia, y, tras la muerte de su padre, otra tan impresionante como esta en Aquitania. Nacido apenas cien años antes de la migración germana a través del Rin, lo crio, no su madre, de quien parece no tener muy grato recuerdo, sino un par de sargentos de armas tomar: una abuela y una tía, ambas de nombre Amelia.

En su *Parentalia,* que pudiera traducirse como *Exequias por los antepasados,* encomia sus virtudes. De la abuela Amelia recuerda:

> *Haec non deliciis ignoscere prompta pudendis ad perpendiculum seque suosque habuit.*
> A placeres dudosos no daba cuartel
> y con estricto rigor gobernó sobre su servidumbre y ella misma*.

La otra Amelia parece haber sido una mujer más bien corpulenta:

> *Amelia, in cunis Hilari cognomen adepta, quod laeta et pueri comis ad effigiem, reddebas verum non dissimulanter ephebum.*
> Amelia, apodada Robusta en tu cuna
> porque eras tan rozagante como un chico y, sin proponértelo, siempre pareciste un joven varón.

La progresión retórica que aquí se nos quiere hacer notar nos lleva a lo largo de tres etapas del crecimiento en tres consecutivos versos: la infancia *(in cunis),* la niñez *(pueri)* y la adolescencia *(ephebum)*. Amelia, aunque fornida, jamás llega a hacerse tan grande como un hombre adulto: algo, sin embargo, sigue creciendo en Amelia.

La tía Amelia pasa con mejores calificaciones que la abuela Amelia, a pesar de que con frecuencia debió ser estricta con el niño Ausonio, quien, ahora adulto, la llama *virgo devota* –definitivamente virgen– tan resueltamente adulto que:

> *feminei sexus odium tibi semper et inde crevit devotae virginitatis amor.*
> el odio por el sexo femenino no dejó de crecer en ti y de allí tu amor devoto por la doncellez sagrada.

Aunque, personalmente, algo me divierte esta poesía, estoy seguro de que a Ausonio no. He traducido versos ambiguos para resaltar su ambigüedad. Ausonio envolvió estos versos en sentimientos convencionales no más frescos ni más interesantes que los que expresan las palabras preimpresas en una tarjeta de pésame. Veamos, por ejemplo, cómo termina el poema sobre su abuela:

haec me praereptum cunis et ah ubere matris blanda sub austeris inhuit inperiis.
Tranquillos aviae cineres praestate, quieti aeternum manes si pia verba loquor.
Y con bondad me crio –arrancado de cuna y madre– pero oculta tres órdenes severas.
¡Dejad que las cenizas de mi abuela en paz descansen!
Oh sombras silenciosas, si cumplo con mis rezos.

Era de esperar que quizá los amigos de Ausonio notaran en estos versos escaso elogio, pero solo en tanto que el elogio allí contenido, indirectamente, recaía sobre él mismo: «¡Oh, querido Ausonio!», debía esperar Ausonio que suspiraran sus amigos, aquellas mujeres que fueron tan duras contigo y, sin embargo, él tan bueno, tan fiel, tan piadoso – *pia verba,* literalmente, palabras piadosas–, tal y como se esperaba de él.

La poesía de Ausonio está llena de *pia verba.* Es más, excepto por algunas ocasionales y no muy deliberadas epifanías (como en los poemas sobre las Amelias), no hay casi nada más. Su poesía está llena de interminables secuencias sobre los ancestros, los antiguos maestros, la vida cotidiana, sobre temas clásicos (los héroes troyanos, los doce Césares), un sinfín de juegos de palabras e interminables imitaciones de Virgilio. Dejó un poema picante, «Centro Nuptualis», lo suficientemente picante como para que Loeb lo hubiera incluido sin traducir en su *Ausonius* para así, desde entonces, excitar la imaginación lasciva de generaciones de latinistas seniles y frustrar igual número de generaciones de bachilleres adolescentes. Se trata de la descripción clínica y cínica de la desfloración de una novia en su noche de bodas. Pero aun aquí se abstiene, a propósito, de ser original: todos y cada uno de los versos los tomó de Virgilio, con lo que pretendía evitar cualquier censura mediante el recurso de volver sobre la autoridad literaria suprema y ganarse la admiración debida a su deslumbrante despliegue de conocimientos sobre Virgilio. De modo que, fuera de estos *homenajes,* no se encuentra casi nunca un verso memorable, solo rimillas de clase alta escritas con receta. Sus cartas, también interminables, no son mejores: poco o nada que en verdad quisiera informar o comunicar, una perspicacia muy limitada y falta casi absoluta de emociones genuinas. A pesar de que sus afectados y decadentes contemporáneos lo compararon con Virgilio y Cicerón, casi todo el resto del mundo ha coincidido con la rigurosa opinión que Gibbon tenía de Ausonio: «La fama poética de Ausonio desdice del gusto de su época».

¿Cómo puede un hombre adulto haber perdido tanto tiempo de manera tan tonta? Fácil, es lo que todo el mundo estaba haciendo. Estamos en un mundo estático. La vida civilizada, como el cultivo de las magníficas viñas que Ausonio poseía en Burdeos, consistía en hacer

bien lo que ya se había hecho antes. Hacer lo que se espera de uno, lo previsible, es el valor más alto..., y el segundo valor más alto, algo muy parecido: recibir la admiración debida por parte de sus coetáneos por realizarlo.

Aunque Ausonio es un cristiano convertido, como lo deja ver su «Oratio», su cristianismo es un hábito que se quita o pone, según lo necesite. Con toda seguridad es lo que todo el mundo hacía. Su verdadera visión del mundo brilla en todo su trabajo: una especie de paganismo agnóstico que le permite evocar las sombras silentes del averno pagano sin llegar a darle la impresión al lector de que él, Ausonio, pueda creer en un mundo distinto a este. En Ausonio (así como en todos los otros personajes «destacados» de su tiempo, tan parecidos unos a otros que es difícil distinguirlos), se percibe la falta que para Gibbon, en su análisis, fue responsable de la caída de Roma. Una afeminada y quimérica religión oriental no había sido capaz de eclipsar del todo a los dioses vigorosos de Roma. La Venus fecunda y el sangriento Marte no habían abandonado el lugar para que lo ocupara un Cristo pacifista y patético. Lo que ocurrió, más bien, fue que la vitalidad de la vieja religión se había venido agotando de modo que, para cuando el cristianismo atrajo la atención de la nobleza romana, ya aquellos dioses no eran más que el pálido reflejo de su antigua vitalidad. Se habían convertido en algo al margen, en *quieti manes,* susurrando desde una remota y apenas perceptible eternidad. No es casualidad que cuando hoy pensamos en el Danubio y en el Rin, los dos ríos que separaban el mundo civilizado del mundo bárbaro, lo que nos viene a la cabeza no sean los dioses fantasmagóricos de Roma, sino los dioses vigorosos de las tribus germanas.

Ausonio hizo carrera como *grammaticus,* profesor de latín, en Burdeos, región que entonces se jactaba de tener una de las grandes universidades del imperio. Su fama como profesor incluso llegó a oídos de la corte imperial y, tras treinta años de docencia académica, fue llamado al Palacio de Oro de Milán (la familia real ya no residía en Roma) para convertirse en el tutor de Graciano, hijo de Valentiniano, emperador de Occidente. Cuando en el año 368 se le ordenó a Graciano que acompañara a su padre en la campaña contra los germanos, Ausonio los acompañó en calidad de poeta laureado de la expedición, comportándose a la altura de las circunstancias con su insulsa producción (aunque cabe decir que fue este el período en el que produjera su «Cento Nuptualis», cargado de humor de cuartel, que escribió, según él mismo informa, a petición del emperador). Como parte de su botín de guerra, Ausonio recibió los servicios de una joven esclava germana cuyos encantos cantara en su ciclo *Bissula:*

Delicium, blanditiae, ludos, amor, voluptas, barbara, sed quae Latias vincis alumna pulas.

Bocado, halago, juego, deseo, voluptuosidad, ¡Bárbara! pero tú, niña, descollas entre todas las latinas.

Empieza a parecer poesía de verdad, donde cada sustantivo alude a la creciente tensión de la excitación erótica del poeta hasta que, al llegar al clímax, gime la palabra *Bárbara.* Y entonces nos damos cuenta de que solo remeda a Catulo.

En el año 375 el joven Graciano asciende al trono que comparte con su hermano Valentiniano II, a la muerte de su padre. Y es aquí cuando la estrella de Ausonio llega a su apogeo: es nombrado *quaestor sacri palatii,* una especie de jefe de estado mayor del emperador. Ese mismo año, a su anciano padre, que ya rondaba los noventa, le es asignado el cargo honorífico de prefecto de la provincia de Iliria. Al año siguiente su hijo es designado procónsul del África. Y siguen llegando honores: para padre, para hijo, para yerno, para sobrino, hasta que en el 379 lo nombran a él cónsul, el cargo más alto posible para cualquier romano ajeno a la familia real.

En los viejos tiempos de la república romana los cónsules –se elegían dos de ellos para que se fiscalizaran mutuamente y así evitar una dictadura por un período de un año– eran el pináculo ejecutivo del gobierno romano. Sin embargo, ocurrió que, en la decisiva batalla marina del Actium en el año 31 antes de nuestra era, Octavio derrotó a su cónsul colega, Marco Antonio, quien había manchado la virtud republicana refocilándose con Cleopatra en Egipto. Octavio, haciéndose con la nobleza del poder imperial, se convierte en César Augusto, el primer emperador, y desde entonces el consulado se transforma en un cargo honorario, mero vestigio de la virtud republicana y completamente ornamental.

Los consulados no eran los únicos cargos decorativos en la sociedad romana: la Ciudad Eterna bullía con los ires y venires de hombres inútiles –senadores, magistrados, bulliciosos administradores de toda índole– que desempeñaban labores fútiles. Augusto, a la vez que se alzó con todo el poder, dejó sabiamente intacta toda la parafernalia republicana. El espectáculo sin contenido que esto trajo como resultado, no hizo más que realzar la importancia que ahora se le daba a *cómo* se hacían las cosas antes que aludir a la frivolidad de lo que *en efecto* se hacía. Durante los cuatro siglos que separan a Augusto de Ausonio la vida en la capital se fue volviendo cada vez menos sustancial y más precaria, de modo que esta o aquella ceremonia, escrupulosamente ejecutada, podía convertirse en el punto culminante en la vida de un hombre. En el caso de Ausonio la

susodicha ceremonia tomó la forma de una oración enrevesada, su *Gratiarum Actio* o *Acción de Gracias,* que escribiese para terminar su año en el consulado y en la que se profiere interminables y elaboradísimas gracias a la divina presencia del augusto emperador.

El poder del divino emperador descansaba, sobre todo, en su condición de *imperator,* comandante en jefe, cargo cuya importancia había aumentado enormemente durante los trastornos políticos que ocurrieran en tiempos de Augusto. Pero tan importante como su poderío militar era su poder impositivo fiscal. «Y ocurrió por aquellos días», escribió Lucas en el más célebre pasaje que exista sobre los impuestos romanos, «que César Augusto expidió un decreto en el que se establecía que todo el mundo sería gravado». Así, resulta que Jesús vino a nacer durante el reino del primer emperador, *«toto orbe in pace composito»* («estando el mundo entero en paz»), como más tarde escribiera un cronista del siglo V. Pero tal paz del mundo entero –entiéndase el mundo en el que valía la pena pensar– costó su precio: las incesantes y cada vez menos ecuánimes exacciones de los cobradores de impuestos del emperador.

Sabemos, de nuevo gracias a los Evangelios, del odio que los judíos del primer siglo de nuestra era le tenían a los representantes del fisco romano. Para los tiempos de Ausonio, dicho odio era universal. Pero ahora debo pedirle al lector que me haga una enorme concesión: que tenga piedad del pobre cobrador de impuestos cuya vida era mucho más miserable que la de quienes padecían sus exacciones. El cobrador de impuestos, o *curialis,* heredaba su condición: ¿Pueden imaginarse el horror que sentían aquellos hombres al comprender que habían nacido miembros de una casta de gusanos destinada a pasar toda la vida adulta cobrando impuestos a sus vecinos más próximos..., y que no tenían alternativa?

Y esto solo era el comienzo del horror. Lo que los *curiales* no lograban recolectar tenían que abonarlo de su propia cosecha. ¿Quiénes eran estos pobres diablos y cómo les era asignado este infierno? Pues bien, cobrar impuestos era obviamente una actividad por debajo de la dignidad de los grandes terratenientes como Ausonio, de modo que la responsabilidad de cobrarlos recaía sobre la clase del peldaño inmediatamente inferior, los pequeños propietarios, los hidalgüelos que apenas si habían logrado hacerse a tierra suficiente como para no tener que bajar la cabeza en sociedad. Lo que en sus comienzos fuera el primer peldaño en la escalera que subía a mejor posición social, el oficio de *curialis,* para la época de Ausonio se había convertido en una trampa cruel de la que difícilmente se podía escapar.

Por supuesto, ellos intentaron escapar, especialmente durante este período en el que el número de contribuyentes se había encogido y el oro –moneda en que debían pagarse muchos impuestos– subió de valor respecto a la plata, a una rata del uno por ciento anual. Durante un tiempo, los *curiales* más ricos lograron, a punta de sobornos, meterse en las listas de senadores, ya que el Senado estaba conformado por la crema y nata de la sociedad romana y era el antiguo, aunque ineficaz, símbolo de la pasada gloria republicana..., y no pagaban impuestos. Otros, también a punta de sobornos, compraban la manera de salir de su condición curial y así entrar en algún otro rango de los que ofrecía el panal burocrático, por ejemplo, el gigantesco servicio palatino. Algunos conseguían hacerse oficiales del ejército; otros buscaban refugio en la consagración sacerdotal. Los *curiales* de condición más baja cambiaban su derecho de nacimiento por hacerse miembros de una hermandad de oficios varios como importadores de grano o aquellos encargados del transporte por río. Los más desesperados –que aumentaban a medida que se acercaba el fin del siglo– le pedían prestado al único prestamista posible, el señor de su feudo, que, gracias a sus contactos sociales, y como se puede inferir del caso de Ausonio, estaba exento de impuestos. El señor siempre estaba muy dispuesto a prestar el favor: no solo volvía a sentir el alivio que le daba no ver el menor atisbo de que tuviese que pagar impuesto alguno (su deudor era a la vez su asesor fiscal y su cobrador de impuestos), sino que a la larga, cuando el *curialis* finalmente no pudiera pagar, la agradable y pequeña estancia de este se sumaría a la red de dominios en expansión del señor. Así las cosas, el cobrador terminaría convirtiéndose en un operario calificado pero sin tierra y por lo general al servicio del señor del feudo. Algunas veces, el lamentable hombrecito llegaba a caer tan bajo que terminaba sus días siendo un siervo en las tierras que habían sido suyas.

Con todo, no se iba a quedar el emperador de brazos cruzados mientras veía desaparecer a sus representantes fiscales. Pronto les cerró todas las vías de escape mediante una legislación que prohibía a los *curiales* viajar o vender propiedades sin su autorización. Aquellos que prestaban sus servicios en el Palatinado o en el ejército fueron llamados de vuelta a sus antiguos puestos. Todavía podían hacerse senadores, siempre y cuando hubieran pasado por el escalafón completo como *curialis* y, cuando llegaban al grado más alto, el *principalis,* permanecieran en él quince años. Si alguien se saltaba un peldaño, como en el juego de escalera, debían volver a empezar desde el comienzo.

A la altura del siglo V de nuestra era, en los años inmediatamente

anteriores al colapso definitivo del gobierno romano, la actitud imperial frente al problema fiscal había dejado tras de sí a una casta tan desesperanzada como cualquiera que haya habido en la historia. La exacción rapaz, realizada cuandoquiera y dondequiera, vino como resultado directo de la desesperación ante su propia incapacidad de pagar impuestos cada vez más onerosos. A medida que estos pobres marginados comenzaron a explorar a quienquiera que fuera más débil que ellos, los ricos se hacía más ricos. Los grandes terratenientes se comieron a los chicos, la base contribuyente se redujo aún más y la clase media, que nunca recibió el apoyo del Estado romano, empezó a desaparecer de la faz de la tierra. Y no volvería a aparecer sino hasta el surgimiento de las familias mercantes de la alta Edad Media.

En la desbandada de los *curiales* alcanzamos a escuchar, en efecto, las primeras débiles notas de lo que luego sería la concepción medieval de gobierno. Los *curiales,* al engrosar paulatinamente las filas de arrendatarios de los grandes señores, se encargaron de crear los feudos medievales europeos con todo y títulos nobiliarios, con artesanos calificados (también llamados hombres libres) y con siervos atados a la tierra. Al mismo tiempo, la avalancha de tribus germanas que entraba en la Galia y España también cruzaron, finalmente, la península italiana, se establecieron y se dedicaron a la agricultura como vecinos romanizados de los antiguos *curiales.* Sus jefes se convirtieron en una especie de grandes señores que cambiaban protección por trabajo y productos. Para un cobrador de impuestos romano en fuga, el feudo de un jefe germano podía parecer considerablemente más atractivo que la contraparte romana. El germano le daría la bienvenida al idioma del fugitivo, a sus contactos y a sus muchas destrezas civilizadas; además, el germano jamás había escuchado la palabra *curialis.* Así, los grandes dominios, convirtiéndose poco a poco en estados de derecho autónomos en medio de un caos civil cada vez más extendido, lentamente se convirtieron en los pequeños reinos de los tiempos de Carlomagno.

No se debe pensar en los emperadores como voluntarios perseguidores de los pobres *curiales.* En efecto, estos creían que los estaban protegiendo –al igual que a todos los otros ciudadanos romanos– de las crueles vicisitudes que podía traer la vida allende el *orbis* romano. Después de todo, ¿qué bendición podía ser más grande que el honor de ser un ciudadano romano? Un edicto de este período incluso intenta avergonzar a los *curiales* desleales recordándoles su noble rango, «la magnificencia de su cuna». Pero la verdad es que las instituciones sociales y burocráticas de Roma se habían saturado hasta tal punto de funcionarios que cualquier reforma era imposible. Las

clases se protegían unas de otras. No es posible imaginar a Ausonio, por ejemplo, pensando siquiera por un instante en el sufrimiento de alguien que no fuera él mismo. En el caso remoto de que el *passio curialis* le hubiera medio cruzado por la cabeza, lo único que hubiera generado habría sido otro poemita para reírse un rato con sus amigos. Con Ausonio nos vemos frente a la desaparición absoluta de la *Res Publica,* la cosa pública, la preocupación por lo social. En el cuerpo de su obra existente solo aparece una única persona que no fuera miembro de su clase, Bissula, la joven esclava germana de nombre extraño que está allí solo para corroborar la virilidad de Ausonio.

El peor dolor de cabeza para el emperador era el ejército mismo. A la vez urgido y privado de impuestos, le era imposible mantener una fuerza capaz de resistir las arremetidas cada vez más fuertes de los bárbaros. Además, como desde los tiempos de Constantino en adelante los nuevos emperadores provenían de las filas del ejército –o por lo menos había recibido el visto bueno del mismo–, la mera existencia del ejército constituía una amenaza velada para cualquier emperador reinante. El ejército hacía y deshacía emperadores y no era fácil recordar uno solo de ellos que hubiera durado más de un par de años o que hubiera muerto en su lecho. En el año 383 las tropas se amotinaron en Bretaña y, a órdenes de Máximo, cruzaron el canal de la Mancha y comenzaron a ocupar ciudades de la Galia. El joven Graciano murió asesinado en Lyon y su hermano fue desterrado de Italia. La carrera de Ausonio había llegado a su fin. Para cuando volvió a reinar el orden bajo un nuevo emperador, Teodosio en el 388, Ausonio ya era demasiado viejo para la vida pública.

A pesar de lo difícil que resulta imaginar una Paz Romana que durase tanto tiempo como duró sin la militarización progresiva del Imperium Romanium, los romanos jamás se sintieron a gusto con su ejército. Les recordaba las dictaduras antes que aquellos viejos y sanos valores republicanos..., de aquí que prefirieron hacerse los de la vista gorda e ignorar cómodamente la contribución esencial que el ejército aportaba a su bienestar. Con la decadencia moral del propósito republicano, el ejército fue convirtiéndose más y más en un reducto de no-romanos, de mercenarios bárbaros romanizados a medias y de siervos enviados en lugar de los hombres libres que no estaban dispuestos a tomarse esa molestia. Cuando el imperio tenía ya sus días contados, era común ver hombres que se automutilaban para no prestar el servicio, esto a pesar de que tal crimen, por lo menos en teoría, se pagaba con tortura y muerte. Cuando el reclutamiento militar llegaba a los grandes dominios, encontraba tal resistencia que a los terratenientes con influencia se les permitía enviar dinero a

cambio de hombres. En el año 409, ante una frontera cada vez más precariamente protegida, el emperador anunció lo imposible: en adelante se permitiría, incluso se alentaba, el ingreso de los esclavos a las filas, por lo que recibirían una recompensa y su libertad. A estas alturas no resultaba siempre fácil distinguir romanos de bárbaros..., por lo menos no en las fronteras.

Con toda seguridad el lector contemporáneo puede aprender mucho de esto: el carácter cambiante de la población nativa gracias a la presión inadvertida de unas fronteras porosas; la creación de una burocracia pesada, lerda y rígida cuyo único propósito es mantenerse a sí misma; el desprecio que las familias de abolengo guardaban por los militares y los esfuerzos que hacían para no prestar el servicio, al tiempo que la carrera militar ofrecía oportunidades sin precedentes a un sector marginal que antes no hubiera podido entrar a sus filas; el respeto, de dientes para afuera, por unos valores en los que ya nadie creía; la pretensión de que aún eran lo que habían sido; la brecha creciente de la población entre ricos y pobres mediada por un sistema fiscal corrupto y la desesperación inevitable subsiguiente; el fortalecimiento del poder ejecutivo a expensas del legislativo; la legislación poco eficiente pero presentada con bombos y platillos; la vocación moral del hombre que estaba encima para mantener el orden a cualquier costo y que era ciego a los crueles dilemas de la vida ordinaria..., en fin, todos estos asuntos como los que nuestro mundo actual está muy familiarizado y que no son propiedad exclusiva de ningún partido ni de ninguna perspectiva política, aunque con frecuencia actuamos como si así lo creyésemos. En aquel entonces, por lo menos, el emperador no podía pasarle el peso de su lastre económico a la posteridad mediante la creación de una deuda pública a largo plazo porque el concepto de activo circulante aún no existía. La única riqueza de la que se podía hablar eran los frutos de la tierra.

Aunque para nosotros es fácil percatarnos de la desenfrenada inestabilidad del Imperio Romano en sus últimos días, no lo fue así para los romanos. Roma, la Ciudad Eterna, había sido intocable desde cuando los celtas de las Galias la habían saqueado en el año 390 antes de nuestra era. En los ocho siglos siguientes Roma se constituyó en la superpotencia exclusiva del mundo, inexpugnable como no fuera por alguna guerra ocasional en alguna remota frontera. Los galos hacía mucho tiempo que se habían convertido en romanos civilizados y Roma ofrecía tal romanización a quien quisiera recibirla, y algunas veces, como ocurrió con los judíos, quisiéranla o no. Por lo general, sin embargo, todo el mundo se moría por ser romano. Como solía decir Teodorico, un campechano rey ostrogodo, «un godo que tenga

los medios querrá ser romano; solo un romano pobre quisiera ser como un godo».

De aquí que los ciudadanos de la ciudad de Roma no pudieran creer a sus propios ojos cuando, hacia el final de la primera década del siglo V, se despertaron para ver a Alarico, rey de los visigodos, al frente de todas sus tropas estacionadas a sus puertas. Bien hubiera podido tratarse del mismísimo «Perico de los palotes» o de cualquier otro grupo de forasteros sin importancia que los pueblos civilizados siempre han mirado por encima del hombro a lo largo de la historia. ¡Qué ridiculez! Los romanos despacharon un para de mensajeros para que se encargaran de las tediosas negociaciones y a su vez despacharan al intruso. Los enviados empezaron con amenazas vanas: cualquier ataque contra Roma estaba condenado al fracaso porque se vería enfrentado a una fuerza invencible y al número infinito de guerreros que conformaban sus filas. Alarico era un tipo agudo y, a su tosca manera, un hombre justo. También tenía sentido del humor.

«A más espeso el yerbajo, mejor la siega», contestó, de tú a tú.

Los enviados pronto se dieron cuenta de que no trataban con un tonto. Está bien, asintieron, ¿cuánto podía costar su partida? A lo que Alarico respondió que sus hombres pasarían por la ciudad alzándose con todo el oro, toda la plata y todo objeto de valor que encontrasen a su paso. También reunirían y cargarían con cuanto esclavo bárbaro encontrasen.

Pero, protestaron ahora histéricos los enviados, ¿y a nosotros qué nos deja?

Alarico hizo una pausa. «Sus vidas.»

Durante esa pausa, se derrumbó la defensa de Roma y se concibió un mundo nuevo.

Notas al pie

* Los poemas de Ausonio en esta edición en español son traducción del latín de Pedro Ortiz Valdivieso, S. J.

II

Lo que se perdió

Las complejidades de la tradición clásica

De manera que optaron por sus vidas, la mayoría. Pero tarde o temprano, ellos o su progenie, terminaron por perder casi todo: títulos, propiedades, estilo de vida, conocimientos..., en particular esto último, conocimientos. Un mundo inmerso en el caos no es uno en el que se copien libros ni se mantengan bibliotecas. No es un mundo en el que los hombres de saber dispongan de tiempo para hacerse más sabios. Tampoco uno en el que el *grammaticus* programe clases regulares para jóvenes estudiosos y en el que el conocimiento se imparta con esmero año tras sosegado año.

Entre el año 410, año del saqueo de Roma por parte de Alarico, y la muerte del último emperador de Occidente en el año 476, el imperio se fue haciendo cada vez más inestable. Los grandes terratenientes, legislando cada vez más por y para sí mismos, ignoraban los decretos del emperador hasta tal punto que había convertido los grandes edificios públicos en canteras para la construcción de sus palacios particulares. La misma Roma, abandonada por los emperadores que se habían establecido en las marismas de Ravena, las más fáciles de defender, vio derrumbarse el esplendor de sus edificaciones públicas a manos de la codicia privada. A pesar de los severos castigos anunciados por el emperador para cualquier funcionario que cooperara en la susodicha destrucción –cincuenta libras en oro de multa para un magistrado, flagelación y pérdida de ambas manos para un subalterno–, el saqueo continuó con desenfreno.

Los rectilíneos caminos romanos, sólidos y bien pavimentados, para nada dispuestos a hacerle concesiones a los caprichos del terreno y que durante siglos habían sido el símbolo de viajes seguros y tranquilos, ahora se habían convertido en la posibilidad de adentrarse en una aventura poco grata. Y no se trataba solo de que hubiera bandas de asaltantes de caminos, conformadas cada vez más por gente arruinada y desposeída; también estaban los *curiosi* imperiales (una combinación de policía de carreteras y guardias de aduana) que

empezaron a sobornar a los viajantes que salían en busca desesperada de lugares más seguros y que con frecuencia impedían el progreso de los caminantes cuando estos no tenían más dinero para pagar el chantaje. Por todo el campo, antaño la imagen misma de la paz romana, se conformaron hermandades de extorsionistas actuando fuera de la ley: la protomafia. Los *curiales* y otros vecinos que pertenecían a esa clase media luchadora y que estaban acostumbrados a enviar a sus hijos a que se amamantaran y criaran entre pastores en el aire puro de las montañas, empezaron a encontrar dificultades para recuperar de vuelta aquellos niños. Raptados y conducidos a inaccesibles refugios en las montañas, tales niños crecían en condiciones brutales y en calidad de esclavos de pastores. El nombre de *pastor* se hizo sinónimo de ladrón, secuestrador, traficante de niños. El miedo de tales secuestros todavía tiene su eco en los niños perdidos y adultos aborrecibles que abundan en la profundidad de los bosques de los cuentos de hadas europeos.

Cuando los ataques bárbaros dejaron de ser una mera posibilidad remota y se pusieron a la orden del día empezó a ocurrir con frecuencia que, durante los asaltos, se perdieran los registros de propiedad y compra, situación que le presentó una oportunidad única a los *discussores* (los *super-curiales*). Estos matones rapaces solían caer, seguidos de un enorme séquito, sobre las fincas que recién habían sido asaltadas para exigirle al desconcertado dueño la entrega inmediata de todas sus facturas. Lo que a continuación ocurría, tal y como se describe en un edicto de puño y letra del emperador; la buena (pero ineficaz) intención de edicto, es suficiente para ponerle los pelos de punta a cualquiera: *«innumerae deinde caedes, saeva custodia, suspendiorum crudelitas, et universa tormenta»* (de allí las innumerables masacres, el presidio salvaje, la crueldad de la horca y todo tipo de torturas).

Las fronteras del imperio se reducían. Para cuando terminaba la tercera década del siglo V las llanuras ricas en granos del norte de África –el granero romano– habían sido tomadas por los vándalos, que con anterioridad ya se habían hecho, a las buenas o a las malas, con buena parte de España y la Galia. A lo largo de todo el siglo varios ejércitos, primero de godos y luego de hunos, camino a occidente tras cruzar el Danubio o diezmando las provincias al oriente, subían y bajaban por la península italiana creando el pánico y dejando una estela de desolación. Al iniciarse el siglo V ya la guarnición romana en la Gran Bretaña iba camino de su desaparición, tal era la necesidad de tropas en otras regiones. Por el año 410, año del saqueo de Alarico, se había retirado del todo exponiendo así a la Gran Bretaña, como nunca

antes, a los expolios de anglogermanos y sajones en la costa del este y los asedios aún más salvajes de los celtas de Irlanda a lo largo de las rugosas e irregulares costas occidentales.

Uno de los rasgos más escalofriantes de este período era la esclavización masiva de hombres y mujeres libres. Agentes inmobiliarios al servicio de los grandes terratenientes solían prestar sus servicios como *redemptores,* pagando para redimir ciudadanos romanos hechos presos durante las redadas bárbaras. Por lo general, su objetivo no era la libertad del prisionero romano, sino su reclutamiento como siervo en el dominio del terrateniente. El precio del rescate era poco a cambio de los servicios de por vida del prisionero liberado. Algunas veces la estratagema era aún más sencilla: en el momento en que ocurría una invasión, se le ofrecía refugio en el gran dominio, solo para descubrir que, una vez las hordas habían pasado, nadie podía volver a salir en libertad.

También los bárbaros estaban dispuestos a esclavizar a quienes pudieran echarle mano. En este negocio de esclavizar no había tribu más feroz ni más temida que los irlandeses. Eran excelentes marinos, tenían unas naves forradas en cuero que manejaban con prodigiosa habilidad. Antes del amanecer, una partida de guerreros embarcada en sus bajíos de forma ovalada atracaba sigilosamente en una pequeña ensenada y luego, con furtivas zancadas, se acercaba a alguna casa de estancia aislada, atrapaba algunos niños dormidos y ya estaba más allá de medio camino de vuelta a Irlanda antes de que nadie se hubiera enterado de nada.

También tenían los irlandeses sus partidas de guerra más numerosas. Un día, cerca del año 401, una flotilla de negros bajeles subió por la costa occidfental de la Gran Bretaña, es probable que haya tomado por el estuario del Severn arriba y, después de atrapar «varios miles» de jóvenes prisioneros (de acuerdo con testigos oculares), se devolvieron con ellos para venderlos en un mercado de esclavos en Irlanda. Aún hoy se preserva el testimonio de uno de los cautivos, un muchacho de dieciséis años llamado Patricio. Él nos cuenta que su padre, Calpurnio, era (Dios los ampare) un *curialis* y que su abuelo, Potitus, había sido sacerdote católico, de modo que se trataba de un jovencito de clase media, un britano romanizado que hubiera esperado recibir educación clásica y seguir una carrera. No sorprende que no quisiera seguir los pasos de su padre: «He vendido mi noble rango y no me avergüenza decirlo ni siento haberlo hecho». Lo que quiera que fueran los planes futuros de este desparpajado jovencito, fueron truncados por la terrible redada irlandesa. Se encuentra ahora «en verdad castigado y humillado por el hombre y la

desnudez y esto día tras día», como esclavo pastor en el distrito irlandés de Antrim, él mismo convertido en propiedad de un rey local llamado Miliucc. Qué fue de Patricio será el tema de un capítulo posterior, después de dejar atrás para siempre el mundo civilizado y de hacer una incursión a las tierras profanas de Irlanda.

Pero, antes de despedirnos del mundo de la antigüedad clásica y acercanos a los más fieros de los fieros bárbaros, debemos formular una última pregunta: ¿Qué se perdió con la caída del Imperio Romano? La vida de Ausonio quizá nos muestra por qué se cayó, pero no hay nada allí como para echarse a llorar. La civilización clásica, aquel mundo que nace en la Atenas de Pericles cinco siglos antes de Cristo y que muere quinientos años después del mismo en el siglo de las invasiones bárbaras, merece una elegía mejor que la que Ausonio puede darnos. ¿Qué murió cuando ya nadie dispuso del tiempo y el ocio para transmitir las cosas esenciales de la tradición clásica, cuando los bárbaros quemaban bibliotecas y los libros se hacía cenizas, cuando las piedras que quedaban en pie se utilizaban en la construcción de casas de campo?

La respuesta la encontramos en la vida de Agustín de Hipona, casi se puede decir que el último gran hombre clásico..., y casi también, el primer hombre medieval.

Unos treinta años antes de que Patricio fuera llevado encadenado a Irlanda, otro adolescente de formación similar –un romano africano cuyo padre era un burócrata menor– viajó más que de buen grado pero no a unas tierras interiores desconocidas, sino a la bulliciosa y agitada capital del África romana. «A Cartago vine», recordará tiempo después Agustín, «en donde un hervidero de amores profanos me cantaron al oído. Y como entonces aún no amaba a nadie pero amaba amar y esto debido a una necesidad profunda, me odié por tanto necesitar. Busqué quienquiera a lo que quiera que se pudiese amar, enamorado del amor. Odiaba la seguridad y los senderos que no ofreciesen peligro. Porque dentro de mí había apetito y necesidad».

Se trata de una prosa clara, conmovedora, descarnada. Pero a pesar de que todavía se deje leer tan bien, el texto de las *Confesiones* de Agustín ya no golpea con la fresca impertinencia que debió hacerlo cuando publicó sus memorias en el año 401 –tal vez el mismo año en el que Patricio fue secuestrado–. Y esto ocurre porque la sensibilidad de Agustín es una a la que, desde entonces, ya nos hemos acostumbrado tanto que no podemos sentir las *Confesiones* como el terremoto que debió ser para los lectores de la vieja antigüedad. Agustín es el primer ser humano que dice «yo» significando lo que hoy

entendemos por ese pronombre. Las *Confesiones* son, por tanto, la primera autobiografía genuina en la historia de la humanidad. Las implicaciones de este fenómenos son tan sorprendentes que, aún hoy, no son fáciles de asimilar. Quizá una buena manera de intentar hacerlo sea volver sobre el texto de las *Confesiones* y dejar que ellas nos hechicen. Pero para poder captar la enormidad del logro de Agustín es menester leer las «autobiografías» que le precedieron.

Basta abrir cualquier antología de grandes pensamientos o sentencias –en particular alguna que, como la *Bartlett,* tenga las entradas en orden cronológico– para dejar que el ojo corra en busca de todas las veces que aparezca el pronombre *yo*. Lo primero que sorprende es la escasez y la falta de fuerza de sus apariciones. Por supuesto que los personajes de Homero ocasionalmente se refieren a sí mismos como «yo». Sócrates incluso llega a hablar de su *daimon,* su espíritu interior. Pero la revelación íntima, personal, a la que estamos tan acostumbrados, no se verá por ningún lado. Aun los poemas líricos tienden a ser más bien objetivos si los comparamos con nuestros actuales parámetros y por eso las excepciones sobresalen: un fragmento («La luna se ha ocultado»)1, que se le atribuye a Safo, y los Salmos, que le atribuyen al rey David.

Cuando nos acercamos a las primeras obras de la antigüedad clásica que se denominaron autobiografías, su tono impersonal no puede menos que desconcertarnos. Marco Aurelio, a quien Gibbon considerara el más ilustrado de los emperadores romanos y el gran filósofo de la antigüedad latina, nos habla en epigramas, como antes lo habían hecho Confucio y el Eclesiastés: «Este ser mío, lo que quiera que sea, consiste en un poco de carne, un poco de aliento y aquella parte que gobierna»..., la cabeza, quería decir. Esta es la confidencia más importante que nos cuenta. Y ¿qué tal la siguiente para hablar de una revelación íntima? «Todo lo que sea armonía para ti, mi Universo, está también en armonía conmigo. Nada que para ti llegue en el momento oportuno será para mí demasiado tarde o temprano.» A pesar de su prosopopeya, los pensamientos del gran emperador no son más íntimos ni personales que la adivinanza escrita en una galletita china.

Entonces llegamos a Agustín, que nos cuenta todo: sus celos en la infancia, su etapa de ladrón cuando muchacho, su tormentosa relación con su dominante madre (Mónica, siempre en lo cierto), sus aventuras amorosas, sus crisis nerviosas, su vergonzoso amor por una anónima mujer campesina de la que finalmente se deshace. La aversión que siente por sí mismo es tan contemporánea como la de un personaje de Camus o de Beckett... y tan concreta: «Cargaba con un alma rota y

ensangrentada y no sabía cómo deshacerme de ella. Busqué todos los placeres: el campo, los deportes, hacer payasadas, la paz de los jardines, los amigos y las buenas compañías, el sexo, la lectura. Mi alma se hundía en el vacío y ella misma vino a rescatarme, porque, ¿cómo podía mi corazón huir de mi corazón? ¿Dónde podía huir de mí mismo?»

Nunca antes nadie había hablado así. Si buscamos a lo largo de la literatura universal desde sus comienzos hasta la llegada de Agustín, veremos cómo con él la conciencia humana da un salto gigantesco hacia adelante; se convierte en autoconciencia. Aquí, por primera vez, un hombre se observa sistemáticamente a sí mismo no como hombre genérico sino como un hombre particular: Agustín. De aquí en adelante podrá hablarse con propiedad de verdadera autobiografía y de su pariente cercana: la narrativa subjetiva y autobiográfica. La narración ficticia siempre había estado ahí en forma de cuentos. Pero ahora, por primera vez, brilla con luz trémula la posibilidad de una narración ficticia psicológica: la historia subjetiva, la historia de un alma. A pesar de que el grito de Agustín, el hombre que exclamó «Yo», no se vuelva a escuchar a menudo con toda su fuerza sino hasta comienzos de la edad moderna, él es el padre no solo de la autobiografía, sino de la novela moderna. También un distinguido precursor de la ciencia de la psicología.

¿Qué le permitió a Agustín ser Agustín? ¿Cuál fue el terreno y cuál la semilla?

Agustín fue uno de los últimos hombres en recibir una formación clásica. Nacido en el año 354 dentro de lo que todos consideraban un mundo estable, será testigo, en su vejez, hacia la década del 420, de los últimos días del *grammaticus*. Agustín escribe en un latín cuyo refinamiento y gracia muy pocos alcanzaron en la Antigüedad. Las tres palabras que, en el famoso pasaje arriba mencionado, repican con los nuevos cambios sutiles – *amor, necesidad, odio* –, lo señalan como alguien que observaba las más altas exigencias de la retórica clásica. Lo que Ausonio cargaba como una medalla, Agustín lo lleva impreso en el corazón; lo que en Ausonio era un efecto para lucirse, en Agustín es una encomiable disciplina del alma.

Agustín nos entrega la primera descripción jamás realizada de cómo un niño se enamora perdidamente de la literatura, un enamoramiento tan tangible que casi parece carnal. Como todo niño de talante creativo en cualquier época, odió las primeras tareas escolares de «lectura, escritura y aritmética» porque no eran más que mera memorización: «uno más uno, dos; dos más dos, cuatro: qué

odiosa recitación». Tampoco le parecieron mejores sus primeras lecciones de griego acompañadas de los «castigos y crueles amenazas» del profesor. Y expresa, de modo sucinto, la queja de innumerables generaciones de estudiantes antes y después de él: «Dominar un idioma extranjero era tan amargo como la hiel porque no lograba entender una sola palabra». Sin embargo, después de la miserable y monótona repetidera, por fin le pasaron literatura de verdad en su propia lengua: «Amaba el latín... lloré la muerte de Dido, ella "buscando con la espada el golpe y la herida profunda"».

La desconsolada Dido, reina de la antigua Cartago, muerta por su propia mano mientras mira levar anclas y zarpar para siempre a su espléndido amante Eneas, es una de las más evocadas, inquietantes y perdurables imágenes del mundo clásico. Lo que tan bien dispuso el corazón de Agustín a la literatura latina fue la *Eneida* de Virgilio, la obra maestra de la literatura romana, a la vez su Biblia y su Shakespeare. La *Eneida* es una época literaria deliberada y consciente y no una épica folclórica como la *Ilíada* griega. Retomando el punto donde Homero nos deja –con la caída de Troya ante las fuerzas aqueas que penetran sus inexpugnables muros mediante el «obsequio» de un enorme caballo con el vientre hueco atiborrado de hombres armados–, Virgilio cuenta las hazañas de su héroe, Eneas, hijo de Venus y de padre troyano. *«Arma virumque cano»* («Canto a las armas y al hombre»), así, con bombos y platillos, comienza Virgilio. Como quienquiera que lea a Virgilio puede saborear con emocionante conocimiento previo, Eneas escapará milagrosamente de una muerte segura en medio de una Troya en llamas, cargando piadosamente sobre sus espaldas a su anciano padre y llevando de la mano a su pequeño hijo. Aventurero y trotamundos, con fausto y pompa, es recibido por la reina de Cartago, quien queda fascinada con su historia. Dido y Eneas están destinados a caer en las garras de un amor apasionado, pero Eneas, al igual que el lector, todo el tiempo sabe que, aunque romperá el corazón y la vida de Dido, él debe seguir adelante con valentía para cumplir su destino: fundar la ciudad de Roma.

Virgilio escribió en tiempos de César Augusto, el primer emperador, y concibió la *Eneida* como una épica nacional, ingeniosamente orquestada para suscitar en el lector una oleada de patriotismo por los heroicos comienzos del imperio. La más joven, y menos curtida civilización latina de Occidente, una vez asimiló política y culturalmente la noble civilización griega de Oriente, necesitaba fundamentar su propia legitimidad para gobernar y arrollar. Para los griegos, los romanos eran jactanciosos y de baja

cuna. Para los romanos, los griegos se pasaban de listos y eran más bien desagradables. (Un romano francote, común y silvestre, al ver a uno de aquellos helenos haciendo alarde de su superioridad, no podía menos que sospechar la perversión oculta detrás de tanta presunción: ¡Por Júpiter! ¿Acaso no son del otro equipo y permiten que esos tutores maricones que arriendan le den por donde sabemos a sus propios hijos?) La relación cultural entre romanos y griegos era similar, en más de un sentido, a la que se establece entre los ingleses y los franceses y entre los estadounidenses y los ingleses: en los tres tipos de relaciones, para una de las partes, la sencillez es virtud y la complejidad vicio; para la otra, la sutileza se tiene en alto y la franqueza (considerada rústica) ofende.

En el nuevo mito que construía Virgilio, Roma estaba moralmente por encima de los taimados griegos y además (¡oh, sorpresa!) era de las dos la civilización más antigua ya que podía rastrear sus orígenes en la legendaria Ilión, o sea, Troya. Virgilio logra hacer de su nuevo mito algo inolvidable articulándolo en un nuevo lenguaje que no tiene nada que envidiarle a lo que Grecia produjo: un latín heroico pero flexible cuyos ecos aún se escuchan a lo largo de los tiempos. Al contar la historia del caballo hueco, mediante el cual los griegos triunfan recurriendo a la duplicidad al no poder hacerlo en franca lid en el campo de batalla, Eneas advierte no solo a Dido, sino a toda la humanidad por venir: *«Timeo Danaos et dona ferentis»* («no me fío de los griegos, aunque nos presenten regalos»).

En Dido hay algo más que una mera insinuación a otra oscura reina africana, la Cleopatra cuya sensualidad «oriental» acabó con Marco Antonio. Pero nuestro héroe, Eneas, es lo suficientemente virtuoso, al final, como para no caer en esa tentación que lo hubiera alejado del cumplimiento de su destino y el de todos los romanos. Claro que Eneas es un hombre de carne y hueso y nada mojigato tampoco, y este par amándose es la ocasión para algunos de los mejores versos de Virgilio. Con todo, el suicidio de Dido, aunque trágico, era necesario. Este es el cabal y antiguo sentido de la tragedia, tanto para griegos como para romanos: la ineludible catástrofe. Y es particularmente a Dido a quien le cabe bien el verso más grande Virgilio:

> *Sunt lacrimae rerum et mentem mortalia tangunt.*
> Estas son las lágrimas que lo que es
> y la realidad de la muerte nos rompe el corazón.

Para Agustín, romano de provincia nacido en el África, Dido debía ser menos exótica que para un italiano. Era, de algún modo, una

encarnación del África y su catástrofe, la catástrofe africana: el África sensual con su gran ciudad de Cartago en donde había nacido Dido. Era la ciudad de Agustín, y a sus diecisiete lascivos años, la ciudad bullía por fuera mientras Agustín bullía por dentro.

La famosa frase «A Cartago vine...» contiene una rima intencional, una de las primeras frases con norte deliberado desde el comienzo en la literatura latina[2]. El nombre de la ciudad, *Cartago,* rima con *sartago,* hervidero. Se trata de un conjunto que busca llamar nuestra atención sobre el borboteo de la ciudad y el borboteo del muchacho, el macrocosmos y el microcosmos. Un poderoso y sutil recurso retórico que sin embargo cualquier escritor anterior hubiera encontrado *indecens,* es decir, rústico y torpe. Pero contrario al desarraigado Ausonio, Agustín, el latinista africano en ciernes que podía identificarse tan plenamente con la pasión de Dido, puede dejar que su ebullición interna aflore de vez en cuando en la forma de ritmos africanos y recursos retóricos. Tras su conversión y consagración como obispo de Hipona deleitará con frecuencia a sus feligreses con una pirotecnia verbal que tenía *«swing»* africano. *«Bona dona»* («benignas ofrendas») se convertirá en una de las frases favoritas de la congregación. En esta primeriza vulgarización del latín ya se anuncia el «latín vulgar», sencillo, rítmico y rimado que más tarde se convertirá en el latín de la Edad Media.

Si Virgilio fue el gran maestro de la lengua y el estilo (o de gramática y retórica, para usar las categorías de la academia medieval), entonces Cicerón fue el gran maestro de la argumentación o polémica (la dialéctica, para utilizar el término medieval). Así como se puede decir *grosso modo*, que Virgilio es el Homero romano, cabe afirmar que Cicerón era el Demóstenes latino. Estos dos dialécticos aún proyectan sus sombras sobre los aciagos días escolares de innumerables estudiantes de latín y griego clásico. El joven C. S. Lewis, satisfecho hasta el delirio mientras se solazaba bajo el sol de mediodía de las guerras homéricas y se regodeaba con la suave luz crepuscular de los versos discretamente eróticos de Catulo o la precisión (también discreta) de Tácito, por fin se vio frente a frente con la oscuridad y la penumbra: «No se podía eludir a los dos grandes pelmazos (Demóstenes y Cicerón)».

Homero y Virgilio son artistas, y sus obras, arte. Cada uno de ellos fue en su tiempo y lugar lo que para nosotros hoy es el cine: jamás una tarea aburrida, siempre algo relajante y, en ocasiones, una actividad ennoblecedora. Demóstenes y Cicerón, en cambio, implican un trabajo arduo, y en los tiempos de Agustín se estudiaban como hitos en el «arte» de persuadir..., algo parecido a lo que hoy en día

podría estudiarse en una escuela de periodismo. Si la *Eneida* es el lenguaje como metáfora, como ritualización sacramental de la experiencia humana, los discursos de Cicerón son el lenguaje como herramienta práctica. Un viejo poema escrito hace más de dos mil años puede, algunas veces, hablarnos hoy con tanta fuerza como lo hacía a la gente de su tiempo. No podemos esperar lo mismo del editorial de un periódico o de un «jingle» publicitario escritos hace dos mil años. De modo que tampoco podemos esperarlo de Cicerón.

Cicerón, nacido en el siglo anterior a Cristo, puso en práctica sus técnicas cuando la república romana, en todo su vigor, le daba la bienvenida a los hombres públicos. Agustín amaba a Cicerón tal y como lo amó el resto del mundo latino que ubicaba al orador romano un solo peldaño por debajo de Virgilio en la lista de los divinos. (Jerónimo, el traductor cascarrabias de la Biblia latina [la Vulgata], despertó una noche bañado en sudor febril: soñó que Cristo lo había condenado a los infiernos por ser más ciceroniano que cristiano.) Los antiguos tenían mayor estima que nosotros por el uso práctico de la palabra, quizá porque estaba mucho más cerca de las costumbres orales del villorrio prehistórico –tan bien representado, por ejemplo, en el discurso de Néstor a los capitanes aqueos en la *Ilíada* y en el discurso de Marco Antonio ante el cuerpo yacente de Julio César–, en donde el destino de un pueblo puede depender de las palabras de un hombre.

Con todo, a nosotros nos incomoda y nos aburre que Cicerón intente darnos clase sobre todos los trucos de su oficio, las muchísimas técnicas que existen para convencer a los demás de que hagan lo que a nosotros nos parece. Para Cicerón «hablar con el corazón» sería la más crasa tontería; no debe hablarse sin cautela: ¿Qué quiero que ocurra? ¿Cómo motivarlos para que sigan mi voluntad? ¿Cómo ocultar las partes débiles de mi razonamiento? ¿Cómo embelesar a mi auditorio para que sus miembros no razonen por sí mismos?

En Cicerón se encuentran las técnicas del político exitoso, los métodos de la publicidad contemporánea, la suma de elementos que conducen a la persuasión. Quizá la figura contemporánea más parecida a él sea Dale Carnegie, quien recomendara que cada palabra, cada gesto debía calcularse para «triunfar» e «influir». Sin que importe cuánto escrúpulo nos produzca semejante consejo, es un hecho que para los antiguos la cosa era perfectamente razonable. Porque, además de aprender a escribir un poema para satisfacción propia, además de aprender a darle un giro feliz a una frase para deleitar a un amigo, allí estaba aquella gran tarea literaria para desplegar en el ancho mundo –la *polis* –, en el que todo hombre educado en algún momento querría

hacer su contribución, hacer pesar su influencia. Y para tener éxito en ese mundo de la política se requería conocer el arte de la persuasión. Ya en Ausonio la educación clásica se había osificado y convertido en mero ornamento, pero en Agustín estaba tan viva y vigorosa como lo estaba en tiempos de Cicerón, y Agustín pasaría sus días poniendo en práctica el elaborado y sutil arsenal de técnicas recomendadas por él para beneficio de una nueva visión del mundo y de una nueva agenda política. Esta será la contribución de Agustín, el ciudadano romano, a la moribunda *Res Publica* romana.

Además del arte de la retórica y la persuasión existía un tercer objetivo que un hombre con una educación liberal podía intentar alcanzar. Un objetivo tras el cual solo alguien con talento se podía embarcar con posibilidad de éxito: el camino de la filosofía. Allende las artes literarias yace, no importa qué tan débilmente se perciba su luz, el ascenso a la verdad, a la sabiduría. En tiempos de Agustín este camino lo iluminaba la obra de un gran maestro: Platón, el filósofo griego discípulo de Sócrates y nacido en la época y lugar que toda persona educada consideraba la edad de oro: la Atenas del siglo V a. C.

Si las artes liberales eran para unos pocos, la filosofía era para más pocos. Muchos de estos hombres educados en las artes liberales ni siquiera iniciaban tal ascenso a la filosofía porque no creían posible poder llegar, con certeza, ni a la verdad ni a la sabiduría. Cicerón era no de estos agnósticos: tras una búsqueda larga en pos de la verdad filosófica, se encontró del lado de los escépticos que solo creían en la incertidumbre en lo que respecta al conocimiento último. Sin embargo, moralmente hablando, Cicerón se inclinaba por la escuela de los estoicos que creían con certidumbre que la virtud conducía a la felicidad. Este agnosticismo moderado de Cicerón en nuestro tiempo no sorprenderá a nadie que se haya percatado de lo conveniente que tal filosofía puede serle a los hijos contemporáneos de Cicerón: publicistas, mercachifles y todos aquellos que quieren obligarnos a hacer lo que de otro modo no haríamos. Como filósofo, Cicerón fue el gran vendedor del «paquete completo» de su tiempo, un pensador nada original pero con chispa, una especie de Will Durant capaz de hacer un programa seriado sobre todas las corrientes y escuelas habidas y por haber de modo que cualquier persona las entendiera lo suficientemente bien como para no quedar mal en una reunión social.

Pero Agustín quería la Verdad, no el éxito barato: semejante olla a prisión que era su psique no iba a transarse por menos. Pronto abandonó el sencillo y emotivo catolicismo de su madre y optó por algo mucho más exclusivo y rebuscado: la religión de Mani, un persa

sincrético que había tomado de aquí y de allí y había salido con algo que no puede menos que parecernos un culto californiano: un poco de simbolismo cristiano, una buena dosis de dualismo zoroástrico y algunos de los tranquilos refinamientos budistas. Tal doctrina recibió el nombre de maniqueísmo. Durante un tiempo lo sacó del atolladero: por un lado, lo absolvía de toda responsabilidad por su lujuria desaforada: en el sistema de Mani, el bien es una fuerza pasiva, incapaz de luchar contra los burdos y carnales males que se le oponen encarnizadamente. Se trataba de un religión que le venía como anillo al dedo a un joven inteligente de la provincia que necesitaba explorar hasta el último rincón oscuro de la ciudad efervescente y cuanto placer oscuro esta pudiera ofrecer..., claro, sintiéndose todo el tiempo por encima del rebaño. Pero no fue suficiente para mantener a raya una mente tan temeraria e inquieta. Al igual que ocurre con los testigos de Jehová o con los mormones, el maniqueísmo estaba lleno de verdades aseveradas que no daban por construir a un sistema intelectual capaz de nutrir un gran intelecto.

No sabemos qué leía Agustín pero sabemos que devoraba libros. Él mismo admite que nunca aprendió bien el griego. Sin embargo, tratándose de Platón, se conseguía traducido sin el menor problema y convenientemente presentado por comentaristas incluso más profundos que Cicerón. Platón flotaba en el aire que Agustín respiraba, era la figura frente a la que, tarde o temprano, un joven reflexivo tenía que medirse.

Agustín, decepcionado con el maniqueísmo y ahora nombrado en su primer trabajo importante como profesor de retórica de Milán, conforma un nuevo (y por supuesto, exclusivo) grupo: una comunidad «monástica» provisional en la que jóvenes hombres y mujeres, de parecer similar, se reúnen para ascender a la verdad con la ayuda de Platón y sus exégetas latinos. Sus honestas intenciones se van a pique cuando, quienes serían sus futuras esposas, se niegan a tanto andar alicaídos. Encima de todo y muy pronto, la madre de Agustín aparece en escena armando, como siempre, toda suerte de huracanes y tormentas emotivas: una especie de *Sturn und Drang* africano a cargo de una sola mujer. Pero que tal comunidad se hubiese establecido aunque solo fuera por un tiempo, nos da una idea de la seriedad y profundidad íntima con la que la búsqueda filosófica podía emprenderse en la Antigüedad, algo mucho más parecido a un *ashram* que a un departamento actual de filosofía. Esta comunidad se convertirá en el semillero donde germinará la filosofía de Agustín.

Sócrates, por lo menos tal y como nos lo presenta Platón, antes de construir una filosofía positiva lo que hizo fue plantear preguntas, que

develaban la estupidez flagrante de las suposiciones que sus interlocutores daban por sentado. Fue Platón, por tanto, quien inventara el método socrático, obligando a sus estudiantes a iniciar su búsqueda de la verdad confesando de antemano su ignorancia. Platón, producto él mismo de este método, razona con sutil habilidad la manera de construir un enorme, espacioso y etéreo edificio: la edificación más monumental de la filosofía antigua.

Platón inicia con su vivencia y percepción personal de una chispa divina detrás de todos los seres que habitan el mundo natural, una chispa que él siente arder particularmente dentro de sí y los otros seres humanos, en otras palabras, el *daimon* socrático. Pero la chispa vive y se vivencia en medio de un mundo de corrupción y muerte, el mundo de la carne. Vale la pena detenernos un instante y permitir ya que ellas nos darán una idea, a la vez, del reto al que se enfrentaba Agustín y de la atmósfera que se respiraba en el *ashram* agustiniano. (Casi todo Platón es impenetrable a la primera lectura. Si le empieza un dolor de cabeza al lector, sáltese el fragmento y simplemente haga un acto de fe en mí). He aquí a Platón en el *Fedro* hablando sobre la chispa, el *daimon,* el alma:

> Es, pues, semejante el alma a cierta fuerza natural que mantiene unidos un carro y su auriga, sostenidos por alas. Los caballos y aurigas de los dioses son todos ellos buenos y constituidos de buenos elementos; los de los demás están mezclados. En primer lugar, tratándose de nosotros, el conductor guía una pareja de caballos; después, de los caballos, el uno es hermoso, bueno y constituido por elementos de la misma índole; el otro está constituido por elementos contrarios y es él mismo contrario. En consecuencia, en nosotros resulta necesariamente dura y difícil la conducción.
>
> Hemos de intentar ahora decir cómo el ser viviente ha venido a llamarse "mortal" e "inmortal". Toda alma está al cuidado de lo que es inanimado, y recorre todo el cielo, revistiendo a veces una forma y a veces otra. Y así, cuando es perfecta y alada vuela por las alturas y administra todo el mundo; en cambio, la que ha perdido las alas es arrastrada hasta que se apodera de algo sólido donde se establece tomando un cuerpo terrestre que parece moverse a sí mismo a causa de la fuerza de aquella, y este todo, alma y cuerpo unidos, se llama ser viviente y tiene el sobrenombre de mortal. En cuanto al inmortal, no hay ningún razonamiento que nos permita explicarlo racionalmente; pero, no habiéndola visto ni comprendido de un modo suficiente, nos forjamos de la divinidad una idea representándonosla como un ser viviente inmortal, con alma y cuerpo naturalmente unidos por toda la eternidad. Esto, no obstante que sea y se exponga como agrade a la divinidad. Pasemos a la causa que hace caer las alas, por la que estas se separan del alma. Es algo de esta naturaleza:
>
> La fuerza del ala consiste, naturalmente, en llevar hacia arriba lo pesado, elevándose por donde habita la raza de los dioses, y así es, en cierto modo, todo lo relacionado con el cuerpo, lo que en más alto grado participa de lo divino. Ahora bien: lo divino es hermoso, sabio, bueno, y todo lo que es de esta índole; esto es, pues, lo que más alimenta y hace crecer las alas; en cambio, lo

vergonzoso, lo malo, y todas las demás cosas contrarias a aquellas, las consume y las hace perecer. Pues bien: el gran jefe del cielo, Zeus, dirigiendo su carro alado, marcha el primero, ordenándolo todo y cuidándolo. Le sigue un ejército de dioses y demonios ordenado en once divisiones, pues Hestia queda en la casa de los dioses, sola. Todos los demás clasificados en el número de los doce y considerados como dioses directores van al frente de la fila que a cada uno ha sido asignada. Son muchos en verdad, y beatíficos, los espectáculos que ofrecen las rutas del interior del cielo que la raza de los bienaventurados recorre llevando a cabo cada uno su propia misión, y los sigue el que persevera en el querer y en el poder, pues la Envidia está fuera del coro de los dioses. Ahora bien: siempre que van al banquete y al festín marchan hacia las regiones escarpadas que conducen a la cima de la bóveda del cielo. Por allí, los carros de los dioses, bien equilibrados y dóciles a las riendas, marchan fácilmente, pero los otros con dificultad, pues el caballo que tiene mala constitución es pesado e inclina hacia la tierra y fatiga al auriga que no lo ha *alimentado* convenientemente. Allí, pues, se enfrenta el alma con la prueba y la lucha suprema. En efecto, las almas llamadas inmortales, cuando llegan a la cima, salen afuera y se detienen firmes sobre la parte superior del cielo, y, en esta posición, las conduce el movimiento circular de la bóveda celeste, mientras ellas contemplan lo que hay fuera del cielo.

El lugar supraceleste, ningún poeta de esta tierra lo ha cantado, ni lo cantará jamás, dignamente. Es, pues, así (se ha de tener, en efecto, la osadía de decir la verdad, y sobre todo cuando se habla de la Verdad): la realidad que verdaderamente es sin color, sin forma, impalpable, que solo puede ser contemplada por la inteligencia, piloto del alma, ocupa este lugar. Así es, pues, como el pensamiento de la divinidad se alimenta de inteligencia y de ciencia sin mezcla, y lo mismo el de toda alma que se preocupa de recibir lo que le conviene, al ver, en el transcurso del tiempo, la realidad, la ama, y contemplando la verdad se alimenta y se siente feliz hasta que el movimiento circular de su revolución la vuelve a llevar al mismo lugar. Y en esta circunvalación contempla la misma justicia, contempla la templanza, contempla la ciencia, no lo que implica devenir, ni la que es diferente según trata de cada una de las cosas diferentes que nosotros ahora llamamos realidades, sino la ciencia que versa sobre lo que es verdaderamente la realidad. Y después de haber contemplado de la misma manera las demás realidades verdaderas y de haberse regalado con ellas, desciende de nuevo al interior del cielo y se va a casa. Una vez allí, el auriga, colocando los caballos junto al pesebre, les sirve ambrosía y después los abreva con néctar.

Tal es, pues, la vida de los dioses. En cuanto a las demás almas, la que mejor sigue a los dioses levanta la cabeza del auriga hacia el lugar exterior y es llevada con ellos en la revolución circular, turbada por los caballos y contemplando a duras penas las realidades: unas veces levanta y otras baja la cabeza, y, por causa de la violencia de los caballos, ve unas realidades y otras no. Las demás, aspirando todas a subir, intentan seguir a los dioses; pero, siendo incapaces de ello, se hunden al ser llevadas en la circunvalación pisoteándose y echándose las unas encima de las otras, e intentando la una colocarse delante de la otra. Así, pues, se produce un tumulto, una lucha y un sudor extremos en que, por impericia de los aurigas, muchas quedan cojas y muchas se estropean las alas. En una palabra, todas ellas, pasando muchos trabajos, se retiran sin haber sido iniciadas en la contemplación de la realidad y, una vez que se han retirado de allí, se alimentan de opinión. La razón de

> este gran celo por ver la llanura de la Verdad es que el pasto adecuado para la mejor parte del alma es precisamente el de aquella pradera, y la naturaleza de las alas por las que el alma adquiere su ligereza se nutre precisamente de él. He aquí ahora la ley de Adrastea: toda alma que, habiendo estado en el cortejo de un dios, haya visto algo de lo verdadero, queda exenta de pruebas hasta la siguiente revolución, y, si puede hacerlo siempre, queda siempre indemne; pero cuando, por haber sido incapaz de seguirle, no ha visto la verdad y, víctima de cualquier vicisitud, se ha llenado de olvido y de maldad, con lo que se ha vuelto pesada, y una vez que se ha hecho pesada, ha perdido las alas y ha caído a tierra, entonces es ley que esta alma no se implante en ninguna naturaleza animal en la primera generación, sino que, la que más ha visto, vaya al germen de un hombre destinado a ser amigo de la sabiduría, o de la belleza, o amigo de las musas y entendido en amor; la segunda, al de un rey que se somete a las leyes, o guerrero y apto para el mando; la tercera, al de un político o al de un buen administrador o negociante; la cuarta, al de un gimnasta amigo de las fatigas físicas o al de alguno destinado a curar los cuerpos; la quinta, tendrá una vida de adivino o una vida de iniciación; a la sexta se adaptará bien un versificador o cualquier otro de los relacionados con la imitación; a la séptima, el artesano o el trabajador de la tierra; a la octava, el sofista o el demagogo, y a la novena, el tirano.

Platón es el más grande estilista griego, un hilo de gracia en alusiones y referencias cruza sus bien tejidas oraciones. Es inconfundible, su estilo no se parece al de nadie y no deja lugar a dudas, no solo de la grandeza de su intelecto, sino del misticismo genuino de su espíritu. Desde el principio nos dice que hablará en metáforas, pero es imposible no creer que en efecto él ha visto el mundo detrás del velo. Tiene tanto en común con la sabiduría oriental –con el budismo y el taoísmo– como con toda la subsiguiente filosofía occidental. Se trata, simplemente, del gran filósofo y la dificultad que encontramos para entenderlo no se debe a una superficial confusión sino a su verdadera profundidad. Nadie entenderá a Platón si lo lee con premura o solo una vez.

Igual fue para Agustín, de ahí la necesidad del *ashram,* de la quietud y la compañía filosófica. El espíritu de Agustín resuena con las graves cuerdas de Platón: el alma inquieta, exiliada, buscando por todos lados su verdadero hogar, dándose un festín en las cloacas mientras vagamente recuerda el néctar y la ambrosía de los altos cielos. Platón tiene razón y sus descripciones de los milagrosos destellos dorados de añoranza incrustados en la basura de la realidad son las más profundas de toda la Antigüedad clásica..., el desajuste, la desarticulación del universo. ¿Fuera de él –se pregunta Agustín– quién otro siquiera habla de estas cosas? Y entonces encuentra la respuesta: Pablo de Tarso, el flaco y nervudo judío calvo cuyas incómodas e inoportunas cartas, firmadas por «Pablo», los cristianos venían usando como escritura sagrada: «Porque la carne codicia al espíritu y el

espíritu a su vez lucha contra la carne: y son contrarios el uno y el otro: de modo que no podéis hacer como quisierais».

Con toda seguridad esto no es más que una absurda coincidencia: ¿qué puede tener en común un sudoroso don nadie, corriendo de aquí para allá por la cuenca del Mediterráneo, con el más grande de los filósofos? Y sin embargo, Agustín empieza a leer en serio a Pablo. Incluso contempla la posibilidad de que Platón se equivocó en algo, que ascender a la verdad no es una tarea que el filósofo asume y logra por su propio esfuerzo. ¿Acaso el gran Platón equiparó equivocadamente conocimiento y virtud? Porque si la carne y el espíritu están en guerra, ¿no será que todo empeño humano está condenado al fracaso..., incluso con la ayuda de los más elevados filósofos? ¿No será que Pablo está más cerca de dar en el blanco cuando dice, refiriéndose a las almas que no han nacido (las mismas almas que describe Platón en su metáfora de los aurigas), lo siguiente?: «A las que [Dios] conocía de antemano y también predestinó a conformarse a imagen de su Hijo, para que Este pudiera ser el primogénito entre muchos hermanos. Es más, a quienes así predestinó también dio en llamar, y a quien así llamó también justificó y a quien justificó también glorificó». En otras palabras, si nosotros, seres humanos salpicados de barro, vamos algún día a ascender a la verdad, solo nos será posible gracias a que Dios, una fuerza inefablemente superior a nuestro ser desgarrado, así nos predestinó y nos invitó a subir. Jamás podremos hacerlo por nuestros propios medios.

Una vez hecha esta conexión, Agustín se derrumba: lo que describe cuando llega a este punto en sus *Confesiones* es una monumental crisis nerviosa. ¿Y todo por una idea? Sí, para Agustín las ideas no flotan por ahí, separadas de su contexto humano. Todo lo personaliza, hasta las más enrarecidas expresiones filosóficas. De no haber recibido la educación que recibió, se hubiera convertido en un inútil autodestructivo y provinciano, siempre quemándose con este o aqueste fuego. La disciplina de la educación lo transforma en un espécimen poco común: no en un académico desnaturalizado ni tampoco en un sabiondo amanerado de clase alta, sino en un hombre sensible que se toma las ideas en serio. Como en los casos de Tolstoi y de Joyce, ambos hombres desenfrenados pero educados, la alborotada sangre de la tierra que lo vio nacer jamás dejará de correr por su venas y animará todos y cada uno de sus pensamientos.

Un día, mientras hablaba con su compañero de búsqueda, Alipio, empieza a llorar desconsoladamente. Esta «poderosa cascada de lágrimas», como él la llama, lo coge por sorpresa, surge de ningún

lado: «del fondo secreto de mi alma». Avergonzado, huye de la casa al jardín y se arroja bajo un árbol de higos, «para darle rienda suelta a mis lágrimas». De allí en adelante gime al borde del absurdo por ninguna razón que pueda explicar: «Y Tú, Señor, ¿Cuánto tiempo? ¡Cuánto tiempo, Señor! ¿Tu furia no terminará nunca?»

Al otro lado del jardín, en una casa vecina, escucha la voz de un niño que canta disparates que él mismo se ha inventado: *«Tolle, lege, tolle, lege»* («Toma, lee, toma, lee»). Como nunca antes había oído tal canción infantil, resuelve que se trata de una señal dirigida a él. Vuelve a casa y recoge de la mesa (donde aún está perplejo Alipio) el libro que había estado leyendo antes, una edición de las epístolas de Pablo. Haciendo honor a la costumbre milenaria de los antiguos, abre el libro al azar con la intención de recibir un mensaje divino escrito en la primera oración sobre la que se posen sus ojos. La oración que lee es la siguiente: «Ni en riñas ni en borracheras, ni en casas de citas y libertinaje, ni en luchas y envidias sino en las manos de nuestro Señor Jesucristo y sin provisión para la carne con la cual saciar en adelante la lujuria».

Agustín ha sido atrapado. Se somete a la muerte de la carne a través del bautismo y al Dios cristiano.

Hemos utilizado a Agustín como un lente para observar a la Antigüedad clásica. Lo que está a punto de perderse durante el siglo que sigue de invasiones bárbaras es la literatura, el contenido de la civilización clásica. De haber sido total y completa la destrucción –si toda biblioteca hubiera sido desmantelada y todo libro quemado– es posible que hubiéramos perdido a Homero, a Virgilio y toda la poesía clásica; a Heródoto, a Tácito y toda la historia clásica; a Demóstenes, a Cicerón y toda la oratoria clásica; a Platón y a Aristóteles y toda la filosofía griega; a Plotino y Porfidio y todos los exégetas posteriores. Hubiéramos perdido el sabor y el olor de una civilización entera. Doce siglos de belleza lírica, de dolor trágico, de indagación intelectual, de erudición, de sofística y de amor por la sabiduría –el súmmum del discurso antiguo civilizado–, todo se hubiera ido al sumidero de la historia. Todo, excepto un par de versos de Safo y casi toda la obra de los trágicos griegos –Esquilo, Sófocles y Eurípides– en efecto se fueron por ese sumidero. Y casi perdimos toda la literatura latina.

De cualquier modo, perdimos el *espíritu* de la civilización clásica. «Hay épocas en las que», escribe Kenneth Clark en su *Civilización,* «el hombre toma conciencia de algo que ocurre dentro de sí –cuerpo y alma–, algo ajeno a la lucha cotidiana por sobrevivir y a la lucha nocturna, noche a noche, contra el pavor. Y encuentra la necesidad de

desarrollar las cualidades del pensamiento y la sensibilidad de modo que mediante ellas se pueda acercar cuanto le sea posible a un ideal perfecto: la razón, la justicia, la belleza física, todas en equilibrio. El hombre ha podido satisfacer esta necesidad de varios modos: a través del mito, la danza y la música, los sistemas filosóficos y a través del orden que logra imponer sobre el mundo tangible». Entramos pues, sin embargo, a un siglo en donde la lucha por la supervivencia y contra el pavor toman la supremacía de nuevo y lo que queda de la civilización clásica se encontrará, en adelante, no en la vida sino entre las cubiertas de los libros.

Lo que en verdad se pierde cuando una civilización se cansa y se ve disminuida es la confianza, una confianza construida sobre el orden y el equilibrio que el ocio permite. De nuevo, Clark: «La civilización requiere un mínimo de prosperidad material, la suficiente para que sea posible un poco de tiempo libre, de ocio. Pero, mucho más, requiere confianza, confianza en la sociedad en la que se vive, fe en su filosofía, en sus leyes y confianza en el poder intelectual de uno mismo: vigor, energía, vitalidad; todas las grandes civilizaciones –o las épocas civilizadoras– han sido respaldadas por el peso de esa energía. La gente algunas veces piensa que una civilización la constituyen almas finas y sensibles, la buena conversación y todo eso. Estas cosas pueden ser uno de los resultados agradables de la civilización, pero no son lo que la constituyen y la crean. Una sociedad puede darse estos placeres y sin embargo estar muerta, tiesa, rígida».

Que la causa de la caída de la civilización clásica fuese una realidad política insoluble o una íntima enfermedad del espíritu, en último término, no tiene importancia. La vida detrás de las obras que hemos examinado –la nobleza apasionada de Virgilio, la fría racionalidad de Cicerón, las reflexiones celestiales de Platón–, toda esa llama de civilización está a punto de extinguirse. Las obras mismas se salvarán milagrosamente. Pero llegarán al nuevo universo del medioevo, aunque como objetos tan extraños, que bien hubieran podido ser cosas que algunos extraterrestres olvidaron detrás. Un ejemplo basta para ilustrar lo extraños que eran los libros para el hombre medieval. La palabra *gramática* –el primer paso en el proceso de lo que era una formación clásica y que moldeó a todos los hombres ilustrados de Platón a Agustín– sería entendida por una de las tribus bárbaras como *«glamour»*. En otras palabras, quien poseyera el conocimiento de la gramática –quien pudiera leer– era poseedor de una magia inexplicable.

De modo que la civilización viva murió para luego ser reensamblada y ponderada por académicos de épocas posteriores a

partir de los textos que, milagrosamente, se habían preservado en las páginas de tales libros. Existe, sin embargo, una tradición que sobrevivirá a la transición: se trata del aún vivo derecho romano.

Ya nos hemos topado con el derecho romano... convertido en letra muerta, promulgado por el emperador y burlado, primero, por los poderosos y después, poco a poco, por todo el que lograba hacerlo. En la misma medida en que la ley imperial se debilita, el ceremonial que la rodea se hace más y más barroco. En los últimos días del imperio un edicto del Divino se escribía en oro sobre papel púrpura, se recibía con manos cubiertas al modo de un cura que manipula vasijas sagradas, se ponía en alto para que las huestes reunidas lo adoraran y, una vez estas se había postrado ante la ley, lo ignoraban.

Sin embargo, esta imagen por sí sola puede conducir a error. Así como vimos que los antiguos guardaban un mayor respeto que nosotros por el discurso práctico, público, así también le tenían un temor mucho más grande al caos. Los britanos, galos, africanos y eslavos que hacía mucho tiempo habían asumido en masa los parámetros romanos renunciando a sus lealtades tribales y haciéndose ciudadanos romanos, había ganado mucho. Al cambiar la identidad tribal por la penumbra de la ciudadanía, ganaron la protección de la Paz romana y su pronosticabilidad. Una vez mengua la violencia súbita e inesperada de toda índole, estas gentes podían mirar hacia el futuro de un modo que nunca habían podido hacerlo antes: podían planificar, prosperar, esperar vivir una vida larga.

Pero mientras la cultura romana moría y se reemplazaba por una nueva y vibrante expansión bárbara, la gente olvidó muchas cosas como leer, pensar y construir con magnificiencia aunque recordaban y lamentaban la paz perdida. Podemos llamarla gente de la edad de las tinieblas si se quiere, pero no podemos menospreciar el deseo de estos hombres de la alta Edad Media por el imperio de la ley. Es más, un cargo sobrevivió intacto a este tránsito de la *polis* clásica a la medieval: el del arzobispado católico.

Al final de aquel mundo antiguo, en tanto se desintegraban los gobiernos municipales y provinciales y los designados imperiales abandonaban sus cargos, quedó un funcionario con el que se podía contar incluso hasta la muerte: el *episkopos,* una palabra griega que significaba «supervisar» o «superintendente». En los Hechos de los Apóstoles y en las cartas de Pablo se hace mención ocasional de los obispos como funcionarios de la Iglesia, apenas distinguibles de los presbíteros (del griego *presbyteroi* o ancianos). La mayoría de las congregaciones cristianas parecen haber sido dirigidas por una combinación de obispos y presbíteros, hombres de la localidad –y, en

sus comienzos, también por mujeres– escogidos por los feligreses por períodos específicos para que se encargaran de ciertos asuntos prácticos. A la muerte de los apóstoles (*apostoloi,* o enviados), que habían sido los principales propagadores del mensaje de Jesús, el papel que desempeñaba el obispo se aumentó. Para comienzos de la segunda centuria vemos que al obispo se le dirigen en términos de mayor envergadura –como sucesores de los apóstoles y símbolo de la unidad de la congregación pertinente–, pero aún se trataba de alguien designado por dicha comunidad. Como el símbolo de unidad que eran, su obligación consistía en consultar a la comunidad en todo asunto de importancia. «Desde el inicio de mi episcopado», le confesaba a su clero el aristocrático Cipriano de Cartago, el monumental obispo africano del siglo III, «he resuelto no hacer nada *motu proprio* sin el consejo y consentimiento de la gente».

Al final de la vida de Agustín una consulta de este tipo se estaba convirtiendo en la excepción. La democracia depende de un electorado bien informado y los obispos ya no podían depender de la opinión de sus rebaños –analfabetos cada vez menos informados y más atribulados–, así como, con toda probabilidad, tampoco debían ver con malos ojos crecer su propio poder a expensas del pueblo. En muchos distritos ya eran para entonces la única autoridad de la que se pueda hablar, el último vestigio de la ley y del orden romano. Empezaron a nombrarse unos a otros y así nació –cinco siglos después de la muerte de Jesús– la jerarquía que empezó a autoperpetuarse y que hoy por hoy rige la Iglesia católica.

La *polis* romana siempre había dependido más de los hombres vivos que de la ley escrita. Las leyes debían interpretarse y ejecutarse; los hombres de prestigio y bienes tenían mucha libertad para interpretarlas. Ahora, los obispos, junto con los reyezuelos y príncipes de ese nuevo orden mundial, se convertirían en los únicos hombres de prestigio y propiedad. El «rey» o cacique local era muy probablemente un bárbaro con su peculiar noción de la justicia y poca o ninguna de lo que pudiera ser el orden. Se convirtió en tarea del obispo (con frecuencia la única persona que todavía poseía algún libro de algún tipo y, excepto por sus escribas, el único que sabía leer y escribir) la de «civilizar» al mandatario, introducirlo del modo más diplomático posible a algunos principios elementales de justicia y buen gobierno. De modo que el poder del obispo, algunas veces él mismo el único «príncipe» a la redonda, continuó aumentando.

Agustín murió al tiempo que los vándalos asediaban las puertas de la ciudad en la que él era obispo, de modo que no tuvo oportunidad de ver las desordenadas tormentas que desató este nuevo orden

mundial en su punto más álgido. Aun así, durante sus últimos años, no faltaron las tensiones y la controversia. Tras su conversión, Agustín esperaba continuar con su serena búsqueda de la verdad en medio de una comunidad de amigos de similar parecer. Pero la rigidez de su carácter, que en tiempos más pacíficos hubiera retardado sus progresos eclesiásticos, le daba la pinta de un obispo dispuesto a una misión –un pastor valiente que jamás abandonaría a su rebaño– de manera que solo fue cuestión de tiempo que la Iglesia lo reclutara. Llegado el momento, fue Hipona, segunda ciudad del África romana, quien lo llamara.

Si la antigua Iglesia de oriente (o griega) cuenta por entonces con muchos «patriarcas» –teólogos que le daban expresión a las formulaciones clásicas de la fe en el mundo grecorromano–, la antigua Iglesia de occidente (o latina) sola tenía uno del que se pudiera hablar: Agustín. De su diálogo íntimo con Platón y Pablo, extrajo la doctrina del pecado original: el pecado de Adán y Eva, pasado de generación en generación a través del acto carnal de la procreación. «Así como en Adán todo muere, en Cristo todo volverá a la vida»: estas palabras de Pablo, Agustín las interpreta como una descripción de la solidaridad necesaria de la raza humana, tanto en la caída desesperanzada en el pecado como en la gracia de la redención en la resurrección. Formula la doctrina de la gracia, el regalo de Dios libremente otorgado a hombres que no lo merecen. Incluso formula una explicación de la Trinidad: Dios es Uno –como en el Antiguo Testamento, la escritura sagrada del pueblo judío– pero en el corazón mismo de la realidad está la relación, la conexión entre amigos, ya que Dios el Uno es Tres: el Padre que ama al Hijo, el Hijo engendrado por el amor del Padre desde toda la eternidad, y el Espíritu Santo: el amor entre Padre e Hijo es tan fuerte que forma a la tercera «persona» de esta trinidad divina.

En el año 410 Roma, la Ciudad Eterna, cae en manos de Alarico, el godo. Las acusaciones morales que la cada vez más reducida comunidad pagana le hacía a la mayoría cristiana llegaron a su punto culminante. Agustín no podía apreciar hasta qué punto las críticas paganas pronto estarían fuera de lugar. Hizo acopio de sus fuerzas para escribir su última obra maestra, *La ciudad de Dios,* en la que divide en dos la realidad humana: Babilonia o la ciudad del hombre condenada a la corrupción y la muerte, y la Nueva Jerusalén o ciudad de Dios que florecerá por toda la eternidad por encima de todo conflicto. Roma, aunque mejor que la mayoría de las instituciones políticas humanas, está condenada a perecer como todo aquello que pertenece a la esfera de lo corruptible.

Los enemigos de Agustín son muchos. Se les ve con Pelagio, un monje britano descomunalmente gordo que postula que la gracia de Dios no siempre es necesaria; que el hombre, por sí solo, puede hacer el bien con la ayuda de su razón y buena voluntad. Pelagio es una especie de Norman Vincent Peale, que cree que quien en verdad lo desee es capaz de salir adelante por sus propios medios. Se trata de un caso en el que la consigna de Pelagio –¡Sed lo que podías ser!– se enfrenta a la de Agustín –Tal y como soy, sin pretexto alguno–. Pelagio es, además, un elitista que cree que algunos hombres –los decentes y bien educados– son mejores que los otros. Agustín se huele la falacia platónica, aquella en donde virtud y conocimiento se equiparan, y procede a atacar sin misericordia. Gana fácil.

Está rodeado, como todos los obispos católicos africanos en su tiempo, de donatistas, unos herejes que no aceptan que la gracia de los sacramentos pueda otorgarse a través de los oficios dignos de un sacerdote a pesar de que en todo lo demás se parecen a sus hermanos católicos. Para Agustín, los sacramentos de la Iglesia son profundamente necesarios; sin su ayuda, todos los hombres, dada su ineludible debilidad, sucumbirían ante el pecado. La eficacia de los sacramentos no puede depender del carácter del sacerdote que los administra. Agustín, armado de su poder civil, persigue a los donatistas y los mete en cintura dentro de las murallas católicas. Acto seguido, escribe la primera justificación católica de la persecución estatal en contra de aquellos que se hallan en error: el error no tiene derechos; no creer en la conversión forzosa es negar el poder de Dios; y Dios debe fustigar al hijo que recibe... *«per molestias eruditio»* («la verdadera educación comienza con el castigo físico»). Palabras en boca de quien condenara los «castigos y crueles amenazas» de su salón de clase en la infancia. Agustín, el último gran hombre de la Antigüedad latina, se está pasando de la raya. La doctrina que aquí enuncia tendrá su eco a través de las épocas en las más crueles infamias ejecutadas con la más alta de las justificaciones. Agustín, padre de tantas cosas, también es padre de la Inquisición.

Ya viejo, se ve desafiado por Juliano de Eclanum, joven obispo casado y de formación aristocrática, una especie de pelagiano que encuentra muy desagradables las teorías agustinianas sobre el pecado original o por lo menos algunas de sus implicaciones. Agustín, que, como vimos, creía que Dios nos había predestinado a todos y cada uno de nosotros desde toda la eternidad, encontraba por tanto necesario asumir que Dios condenaría al fuego de los infiernos a todos aquellos que no hubieran sido bautizados, aun a las criaturas que morían sin

recibir ese sacramento. Agustín justifica la justicia divina porque es inescrutable. Juliano alega que el Dios de Agustín es un cruel tirano. Agustín asume que el pecado original se transmite a través de los fluidos de la procreación y que el acto sexual, ya que implica una pérdida de control racional, es siempre, por lo menos, un pecado venial en el que se debe consentir lo menos que sea posible. (Recuérdese lo importante que era el control –lo contrario al caos– para la Antigüedad clásica: el argumento de Agustín bien hubiera podido ser el de un estoico, un budista o un cristiano). Juliano se encarga de informarle a Agustín que él tiene relaciones sexuales con su mujer cuando y donde quiera que le venga en gana. Agustín explota:

> En verdad, verdad: ¿esa es su costumbre? De modo que no le recomendaría a las parejas casadas dominar ese mal. Me refiero, por supuesto, a su bien favorito. De modo que ya los quisiera saltando a la cama cuando así les apetezca, siempre que los pique el deseo. Lejos de ellos aplazar la comezón hasta la hora de dormir: adelante con vuestra "legítima unión de los cuerpos" siempre que vuestro "bien natural" se excita. Si tal es el tipo de vida conyugal que usted practica, ¡no la saque a relucir en la polémica!

He aquí a Agustín en su peor estilo ciceroniano, discutiendo sin el menor cuidado por la ecuanimidad o la verdad, discutiendo por ganar, esgrimiendo razonamientos infames y difamatorios, *ad hominem.* No se debe olvidar que el mundo antiguo, el de Occidente tanto como el de Oriente, con frecuencia encontraba en la pasión sexual –particularmente en la mujer– un objeto de burla cuando no de desprecio. Agustín va más allá y, hacia el final de sus días, el libertino converso llega a considerar el abrazo de la mujer «sórdido, sucio y horrible». Juliano propone una nueva perspectiva, resultado de su propia experiencia. Pero se trata de un hombre racional que no será evaluado en su justa medida sino hasta la aparición, en el siglo XIII, del pensamiento de Tomás de Aquino.

Agustín, el hombre sensible, aquí deja ver los límites de la sensibilidad cuando la mente se ha cerrado a todo aquello que se opone a sus ya establecidas proposiciones. Agustín vivió en una época anterior a crucifijos, confesionarios y estatuas de la Virgen María, pero es posible imaginar que hubiera estado de acuerdo con todos. El *corpus* ensangrentado es el del mismo Agustín, desgarrado como Cristo entre el cielo y la tierra. La sombra de los confesionarios hubiera sido un puesto ideal para darle salida a la intensa simpatía que tenía por los pecadores: en contra de la remilgada posición de Pelagio, que consideraba que el hombre es responsable de sus actos, Agustín insistía en que «muchos pecados eran cometidos por hombres

gimiendo y llorando en su desesperación». María, madre de todos los curas célibes que le habían dado la espalda al amor carnal, hubiera sido la proyección celestial perfecta de su propia madre dominante.

Agustín, concedida su grandeza, en la vejez se ha convertido en el tipo de clérigo maligno lleno de piedad por aquellos que le temen y de furibundo odio hacia aquellos que han osado contradecirlo y así conspira, hace causa común con Babilonia o con cualquier otra crueldad respaldada por el Estado que, en nombre del Orden, sofoque a la oposición. No hay país en el mundo, hoy por hoy, que no posea un par de ejemplos de este tipo.

Entre tanto, en una isla que da sobre el Atlántico y en la que nunca se había oído hablar de Agustín ni de sus batallas...

Notas al pie

1 Se han ocultado la luna y las pléyades:
es medianoche
y el tiempo pasa, sí, pasa
y yazgo sola.

2 En realidad creo que es la segunda vez que ocurre. La primera se encuentra en la traducción al latín que hizo San Jerónimo de la epístola de Pablo a Tito: «Bonum certamen certari, cursum consumani, fidem servari». (He dado la noble batalla, llegué a la meta, he conservado la fe.) Sin embargo, este ritmo interno, antes que deliberado, más pudo parecerle a Jerónimo inevitable.

III

Un mundo oscuro y cambiante

Irlanda profana

Existe una llanura en el noroeste de Irlanda que se conoce como Rathcroghan[1]. La palabra medieval, *rath,* indica que allí alguna vez existió una morada notable y bien fortificada. Durante la prehistoria de Irlanda –antes de que hubiera una lengua escrita– este lugar se denominaba Cruachan Ai, y allí se erguía el palacio real desde donde se gobernaba la provincia de Connacht. Se trataba de una edificación rústica construida por artesanos con materiales del lugar y, sin embargo, es probable que un ojo contemporáneo encontrara de su agrado el sitio: redondo, ligero, de dos pisos, sostenido por columnas de madera tallada que creaban un pequeño laberinto de habitaciones sólidas, con paredes de madera roja de tejo y, en su centro, el vestíbulo y dormitorio real, «cubierto por mamparas de cobre con barras de plata y aves de oro sobre ellas y joyas preciosas que hacían las veces de ojos en las cabezas de las aves» (como hace mucho tiempo se describiera dicho palacio). Por increíble que parezca, aún tenemos registro de una conversación que alguna vez tuvo lugar en este dormitorio. Es casi como si nos fuera posible escuchar a hurtadillas un intercambio de palabras que ocurrió, *grosso modo*, hace dos mil años.

> El tálamo real está tendido, dos siluetas de buen tamaño allí recostadas conversan juguetonamente en medio de sus almohadas, como cualquier hombre y mujer al final del día. Ailil, el rey, cavila en voz alta: –Es cierto lo que dicen, amor: regalada es la vida de la esposa de un hombre con fortuna.
>
> –Cierto en verdad –replica Medb, la reina–. ¿Qué te llevó a pensar en eso?
>
> –Pensé en lo mucho mejor que vives hoy comparado con el día en que te desposé.
>
> –Vivía bastante bien sin ti.
>
> –En ese caso tu fortuna era una de la que yo no tenía noticia ni de la que se rumorara mucho... excepto por tus bienes de mujer y los enemigos vecinos que se hacían con botines y tesoros.

Medb no le da mucha importancia al curso que la conversación está tomando y le recuerda a Ailil que el padre de ella era el cimero rey de Irlanda –Eochaid Feidlech el Firme– y también le recuerda, en

caso de que lo haya olvidado, la genealogía de la que ella desciende. De las seis hijas de Eochaid, Medb era la «más altiva y altanera».

> –Las superé en gracia, en liberalidad, en batallas y en torneos. Tenía mil quinientos soldados a sueldo real, todos hijos de desterrados y el mismo número de hombres nativos nacidos libres y por cada soldado a sueldo tenía diez hombres más y nueve más y ocho y siete y seis y cinco y cuatro y tres y dos y uno. Esto por solo hablar de la servidumbre doméstica.

Evidentemente herida, prosigue su embate haciéndole saber a Ailil quién llevó a quién a la cama.

> –Mi padre me otorgó toda una provincia de Irlanda, *esta* provincia que se gobierna desde Cruachan y que da mi nombre: «Medb de Cruachan». [Sigue con un recuento de los reyes de Irlanda que la cortejaron] a los que no seguí. Porque exigí el más robusto regalo de bodas que mujer alguna había osado pedir a un hombre en Irlanda: nada de mezquindad, nada de celos, nada de miedo. [Había resuelto que Ailil poseía estas cualidades y optó por él.] Cuando nos comprometimos le traje el mejor regalo de bodas que una prometida puede traer: prendas que alcanzarían para una decena de hombres, una cuadriga del valor de tres veces siete siervas, el ancho de tu cara en oro macizo y el peso de tu brazo izquierdo en oro molido. De modo que si alguien te hace pasar vergüenza o da disgusto o crea problema, el derecho a recompensa es mío porque eres un mantenido.

Ailil, enardecido, responde que tiene dos hermanos por reyes y que él «*los deja* gobernar porque son mayores no por ser mejores que yo ni en gracia ni en liberalidad. En toda Irlanda jamás oí de una provincia gobernada por una mujer, excepto esta, motivo por el cual vine y me hice rey aquí».

> –Aun así –dice entre dientes Medb–, mi fortuna sigue siendo mayor que la tuya.
>
> –Me sorprendes. Nadie –dice con gesto grandilocuente– posee más que yo, lo sé.

En ese caso no hay más remedio que proceder con el inventario. Aquella misma noche.

> Las más humildes de sus posesiones fueron traídas para ver cuál de los dos tenía más propiedades y joyas y cosas de valor; sus baldes y cubas y ollas y trastes de fierro, jarras, cubetas y vasijas con asas. Luego sacaron sus anillos, brazaletes, dedales y tesoros en oro y sus telas y géneros de añil, azul, negro, verde y amarillo, de gris sencillo y colores varios, terracota a cuadros y a rayas. Sus rebaños de ovejas fueron traídos de campos, llanuras y praderas. Se midieron y cotejaron y encontraron que igualaban en número y tamaño. Incluso el gran carnero líder del rebaño de Medb, que por sí solo tenía el valor de una sierva, encontró su contraparte en el rebaño de Ailil.
>
> De prados y corrales trajeron sus rebaños y recuas de caballos. Y el mejor

semental del criadero de Medb, que por sí solo tenía el valor de una sierva, también tuvo su igual en las cuadras de Ailil. Sus enormes piaras de cerdos fueron traídas de bosques, barrancos y vertederos. Se midieron, anotaron y cotejaron y Medb tenía un bello cerdo macho pero Ailil tenía uno igual. Luego, de bosques y baldíos trajeron sus hordas de rebaños de ganado cerrero. También se cotejaron, anotaron y midieron y los encontraron iguales en número y tamaño. Pero había un gran toro en el rebaño de Ailil, que fuera ternero de una de las vacas de Medb –Finnbennach se llamaba, el de los blancos cuernos–, y Finnbennach, que negose a ser arreado por mujer, pasose al rebaño del rey. Medb no pudo encontrar en su rebaño toro igual y su ánimo cayó por los suelos como si no tuviera un solo penique a su haber.

¿De dónde salió este extraordinario encuentro? ¿Podemos confiar en él?

He citado extractos de la primera escena de la épica irlandesa en prosa titulada *Tain Bo Cuailnge, El abigeato de Cooley*. Existen varias versiones, ninguna de ellas completa, y la más antigua data del siglo VIII. Esta escena está tomada de un manuscrito del siglo XII, traducido del irlandés antiguo con prodigiosa autoridad por el poeta contemporáneo irlandés Thomas Kinsella. La versión manuscrita, sin embargo, deriva de una versión oral más antigua que parece se remonta a los tiempos de Cristo. Y aunque a duras penas podemos alegar que se trata de una transcripción literal de la remota conversación real, la tradición oral-escrita da fe de que dicho diálogo bien pudo haber sido el motor que impulsa el resto del acontecer épico que nos cuenta el *Tain*.

Medb hace llamar al mensajero jefe, Mac Roth, y le pregunta dónde puede encontrarse un animal igual al toro de Ailil.

–Sé dónde encontrar al toro y aun mejor –le dice Mac Roth–, en la provincia del Ulster, en la comarca de Cuailnge, en casa de Daire Mac Fiachna. Donn Cuailnge se llama el toro, el toro pardo de Cuailnge.

–Ve allí, Mac Roth –ordena Medb–. Pídele a Daire que me preste a Donn Guailnge por un año. Al final del año recibirá cincuenta vaquillas de un año en pago y de vuelta el toro pardo de Cuailnge. Y puedes también ofrecerle, Mac Roth, en el caso de que los campesinos de su tierra no miren bien salir de su preciada yoja, el Donn Cuailnge: si Daire viene en persona con el toro le daré una porción del Llano de Ai tan grande como sus propias tierras, un carro de guerra que bien vale tres veces siete siervas y encima de todo le ofrezco mis cordiales muslos.

¡No sorprende al lector que Daire acepte gustoso semejante trato! Infortunadamente, la generosa hospitalidad de Daire para con la comitiva de Mac Roth da al traste con el arreglo porque «se les ofrecieron las mejores viandas y se les suministró sin interrupción con tan alegre pitanza que terminaron bulliciosos y borrachos». La comitiva se enfrasca entonces en un duelo verbal sobre si los hombres

de Medb hubieran podido o no tomar el pardo toro del Ulster por la fuerza de no haber aceptado Daire la transacción. El auxiliar de Daire entra al salón justo en el momento en el que uno de la partida alardea: «¡De cualquier modo lo hubiéramos tomado, con o sin su autorización!»

Así, se cancela el trato. «Y no es mi costumbre», dice consumido por la ira Daire tras haberse enterado de los alardes de borrachos, «asesinar mensajeros o viajantes o cualquier otra suerte de caminantes porque de lo contrario ninguno de ustedes saldría de este lugar con vida».

Cuando Mac Roth le cuenta el insuceso a Medb, esta contesta de buen talante: «Ni hace falta, Mac Roth, darle más vueltas al asunto. Es bien sabido que si no lo entregan por las buenas entonces será por las malas. Por la fuerza será tomado». Medb reúne un vasto ejército que a sus órdenes se dirige a Cuailnge para capturar el toro pardo. En el camino se topan, no con los ejércitos del Ulster, que por alguna misteriosa razón se hacen a un lado, sino con un solitario campeón, el joven Cuchulainn.

Lo primero que quizá piense cualquier lector moderno que se acerque al *Tain* es lo tosco y extraño que resulta su mundo, a la vez simple pero lleno de bárbaro esplendor. Aquí no hay deliberación ni sutileza, finura ni ambigüedad. De inmediato nos percatamos de que estamos muy lejos de Virgilio, de Cicerón, de Platón y de toda la tradición literaria del mundo clásico, excepción hecha, tal vez, de Homero. Los personajes del *Tain* no tienen reflexiones profundas, casi parece que ni siquiera piensan. Pero actúan y con tal desparpajo y salero que su humanidad convence.

Y qué desparpajo el de Medb. Qué distinta reina a Dido. No la podemos imaginar languidecer por un ser amado... ni por nada. Si Agustín fue el primer hombre en tomar conciencia de sí, Medb –en el otro extremo del espectro de la autoconciencia– es un ser que antecede a la reflexión, es prerreflexiva. Su rápido discurso es, sin embargo, sumamente irlandés. Es fácil imaginar su primera frase aguda («¿Qué te lleva a pensar en eso?») salir de las bocas de más de un personaje en el teatro irlandés actual, cosa que da pie a una sorprendente continuidad: la que va de la Irlanda prehistórica a la de hoy.

La franqueza erótica de estos caracteres no se parece a nada en la literatura clásica, ni siquiera en la épica rural de Homero. Para encontrar algo comparable sería menester remontarnos hasta la *Épica de Gilgamesh* sumeria. La oferta que «de mis cordiales muslos» hace Medb, la hace con toda la tranquilidad del mundo. Igual, es

perfectamente obvio que Medb no padece necesidad, la mera frase se le amargaría en la boca. Por el contrario, en la literatura irlandesa temprana tanto hombres como mujeres admiran unos a otros sus buenas dotes y se invitan a pasar a la cama sin la menor formalidad.

En otra historia, Derdriu, Deirdre de los lamentos, se cruza con Noisiu sobre las murallas de Emain Macha, sede principal de los reyes del Ulster. Jamás se han visto el uno al otro. De Derdriu, druida del rey, Cathbad había profetizado que:

> Altas reinas suspirarán de envidia
> con esos labios de rojo encendido
> abriéndose para mostrar nacarados dientes
> y ver su cuerpo perfecto y puro.

A pesar de que Noisiu sabe que Medb está prometida al viejo rey y que sobre ella pesa una maldición, no puede contenerse:

> –Es lo que se dice una novilla fina la que cruza allí.
> –Y así debiera ser –responde Derdriu–. Las novillas crecen bien en donde faltan toros.
> –Tú tienes al toro de la provincia entera solo para ti, el rey del Ulster.
> –De los dos me quedo con un toro joven y brioso como tú.

Adivinen lo que ocurre.

Del mismo modo, en otra historia del ciclo del *Tain* existe registro de la siguiente conversación entre el joven Cuchulainn, el Aquiles irlandés, y Emer, la joven a quien este corteja:

> –¡Reciba tu camino una bendición –exclama Emer al verlo venir.
> –Quiera que las niñas de tus ojos solo vean el bien –replica Cuchulainn. Luego, arrastrando los ojos vestido abajo, agrega–: Dulce país veo. Allí podría reposar mi espada.

Los trabajos que el héroe debe realizar antes de que dicho dulce país esté dispuesto a abrirse a él, los enumera Emer misma, no su padre, como sería el caso en un cuento de hadas del continente europeo:

> –Ningún hombre viajará por este país en tanto no haya muerto cien hombres en cada vado desde el de Scenmenn sobre el río Ailbine hasta el de Banchuing [...] donde el espumoso Brea hace saltar al Fedelm.
> –En ese dulce país reposará mi espada.
> –Ningún hombre viajará por este país mientras no haya realizado la proeza del salto del salmón cargando encima dos veces su peso en oro y derribe con un solo golpe de mano tres grupos de nueve hombres sin herir al que está en medio de cada nueve.
> –En ese dulce país reposará mi espada.
> –Ningún hombre viajará por este país que no haya pasado en vela desde el

> Samain [la noche de todas las ánimas], cuando descansa el verano, hasta Imbolc [el dos de febrero que coincide con la Presentación del Niño en el templo, *Candlemas* en inglés], cuando la primavera empieza y las ovejas se ordeñan; de Imbolc hasta Beltaine [el primero de mayo] cuando comienza el verano y de Beltaine hasta Bron Trogain, el lastimoso otoño de la Tierra.
>
> –Dicho y hecho.

Bueno, quizá no sean civilizados pero con seguridad no les faltaba confianza en sí mismos, y esta confianza es uno de los elementos más placenteros de la literatura irlandesa temprana. No cuesta el menor esfuerzo imaginar a esta gente, hombres y mujeres, cabalgando sin sosiego sobre sus caballos, haciendo correr sangre enemiga, dando robustos saltos al bailar y copulando vigorosamente a lo largo de la húmeda noche irlandesa. Aun sus penas y muertes se las quitan de encima con su sacudón de hombros a pesar de que comprenden la tragedia y la asumen con tantas convulsiones frenéticas como cualquier otro pueblo. «A los grandes gaélicos de Irlanda» les escribe G. K. Chesterton:

> Son los hombres que Dios hizo dementes
> Todas sus guerras son una fiesta
> Y todos sus cantos amargas penas.

Los irlandeses hacen parte de un grupo étnico más amplio conocido como los celtas, de los que el mundo occidental oyó hablar por vez primera por allá en el siglo VII antes de nuestra era –apenas siglo y medio después de la legendaria fundación de la Ciudad de Roma– cuando, al igual que los bárbaros germanos mucho tiempo después, los primeros cruzaron el Rin. Una rama del árbol celta se estableció en lo que hoy es Francia y se convirtieron en los galos que Julio César conquistara en el siglo anterior a Cristo y en cuya fase romanizada produjeran al afectado Ausonio. Una tribu emparentada con ellos ocupó la península ibérica y se hicieron grandes marinos mercantes..., en efecto, rastros de edificaciones levantadas por estos celtas ibéricos se han encontrado tan lejos como lo está New Hampshire, lo que los convertiría en los primeros europeos en llegar a las Américas. En el siglo III antes de Cristo fueron celtas los que invadieron el mundo griego, entrando hacia el sur hasta Delfos y estableciéndose en la Turquía de hoy, donde, conocidos como los gálatas (véase la similitud de sonidos consonantes en «celta», «galo», «gálata»), fueron los destinatarios de las epístolas de Pablo. Descendientes de los celtas galos cruzaron a la Gran Bretaña casi 400 años antes de nuestra era, y allí se convirtieron en los britanos que nueve siglos más tarde, en tiempos de Agustín y Patricio, serían expulsados poco a poco por los anglos y los sajones hacia la península

de Cornualles y hacia el país de Gales, donde se conocerían como córnicos y galeses, respectivamente. Es precisamente de estos celtas británicos de donde surgirán las leyendas del rey Arturo y los caballeros de la mesa redonda. Ecos del idioma que hablaban aún se escuchan en el galés y en el bretón modernos, lenguas que pertenecen al mismo grupo lingüístico que el galo.

Cerca del año 350 antes de nuestra era, unos cincuenta años antes de que las tribus celtas empezaran su invasión de la Gran Bretaña, ya habían llegado a Irlanda. Cierto, algunos debieron llegar allí pasando antes por la Gran Bretaña, pero lo más probable es que fueran los celtas ibéricos quienes adquirieran la supremacía y cuya lengua era ligeramente distinta a la que hablaban los invasores de la Gran Bretaña. Estos últimos se convirtieron con el paso del tiempo en los irlandeses. La lengua que hablaban pertenece, no a la rama británica de donde viene el galés y el bretón, sino antes bien a una rama celta que los lingüistas distinguen como godélico y cuyos vástagos hoy por hoy constituyen las últimas lenguas gaélicas vivas, a saber, el gaélico irlandés y escocés. Irlanda misma es el único estado nacional gaélico del mundo, ya que todos los otros celtas terminaron por asimilarse a entidades políticas más grandes.

Según el mito fundacional irlandés, los hijos de Mil, sobrevivientes del Diluvio Universal y, por tanto, descendientes de Noé, llegaron a Irlanda desde España y se la arrebataron a una tribu llamada Tuatha De Danaan, el pueblo de la diosa Danu. El parentesco con Noé no puede ser más que el resultado de la manipulación posterior del material original por parte de los monjes: de algún modo los irlandeses tenían que tener su conexión bíblica. Pero no hay motivo para poner en duda la conexión ibérica. Existe, también, evidencia histórica de la existencia de los Tuatha De Danaan: se sabe que Irlanda ya estaba habitada con anterioridad a la llegada de los celtas en el siglo IV a. C. y que un pueblo anterior construyó los montículos y túmulos bellamente tallados que aún hoy se encuentran desperdigados por toda Irlanda. De acuerdo al mito fundacional, los Tuatha De Danaan eran artesanos y constructores prodigiosamente hábiles. Estos seres originalmente más altos y como de otro mundo terminan por convertirse en los «pequeños hombrecitos», en las hadas y los duendes que pululan en las leyendas irlandesas tardías y cuyos espíritus rondan las tumbas y montículos que antes había edificado. Esto de «pequeños hombrecitos» es, por supuesto, un eufemismo parecido a la prehistórica frase *le bon dieu,* que solo pretendía ocultar el terror de quien habla frente a algo que le era poco conocido y mucho más grande que él mismo. Es probable que este rutilante fenómeno de los

pequeños hombrecitos no sea más que el rescoldo de la culpa irlandesa por haber explotado a unos aborígenes más ingeniosos que ellos mismos.

Ya desde este punto inicial de su desarrollo los irlandeses estaban embriagados con el poder de la palabra. Toda familia de la nobleza irlandesa tenía su propia lista de poetas ancestrales. Los hijos de Mil marchaban acompañados de su poeta particular, Amhairghin, quien al descender del barco que lo trajo a las costas de Irlanda proclama:

> Soy estuario que entra al mar.
> Soy ola del océano.
> Soy ruido del mar.
> Soy poderoso buey.
> Soy halcón sobre el acantilado.
> Soy una gota de rocío al sol.
> Soy hermosa flor.
> Soy jabalí en mi bravura.
> Soy salmón en el agua.
> Soy lago en la llanura.
> Soy la fuerza del arte.

Uno de los problemas que se tiene con este material irlandés prehistórico es que no es posible fecharlo con precisión. Desde la invasión celta, durante el siglo IV a. C. hasta la invasión de los libios nueve siglos más tarde, cuando se empieza a recoger y escribir la tradición oral, observamos una Irlanda sin tiempo. Es posible pensar que el poema de Amhairghin, por lo menos en su forma actual, no se remonta hasta la invasión celta pero no nos es posible establecer qué tan antiguo es. Quizá se pueda fechar la acción que nos narra el *Tain* al siglo I de nuestra era o un par de siglos más tarde, pero es imposible saber cuándo se incorporó este o aquel episodio a la narración principal.

Lo poco que sabemos permite sugerir que Irlanda era, durante todo este período, una tierra fuera del tiempo y que, en efecto, fue muy poco lo que cambió en lo que va de Amhairghin a Agustín. Se trata de una cultura sin escritura, aristocrática, seminómada en la edad de hierro. Su principal fuente de riqueza era la cría de animales y la práctica de la esclavitud, actividades cuya importancia es imposible no percibir en el inventario real que nos profiere el *Tain.* Se sabe que este tipo de culturas pueden llegar a existir cientos de años sin que sufran cambios notables. Generalmente las transformaciones ocurren gracias a influencias externas antes que a la dinámica interna y, en el caso de Irlanda, maravillosamente aislada en el océano Atlántico, lejos del tráfico de la civilización, fueron muy pocas las influencias externas que padeció. De modo que es perfectamente viable asumir que el

mundo de Medb y Ailil no se diferenciaba en mucho de aquella otra Irlanda más temprana que habían levantado los invasores celtas y que dicho mundo, en la mayoría de sus aspectos, permaneció intacto hasta la caída de Roma. En esta isla atemporal hubiéramos entrado en contacto con una cultura muy parecida a la que los celtas habían construido en la Gran Bretaña y al norte del continente europeo antes de que fueran sometidos a los siglos de influencia romana. En este lugar y tiempo, es probable que existiera un entorno en algo parecido a aquellas culturas prerromanas como lo fueran la Grecia homérica, la India del *Mababharata* y la Sumeria con su dotación de caballos y carros de guerra y su valoración de las acciones heroicas.

Los irlandeses, al igual que todos los celtas, se desnudaban antes de entrar en batalla, y así, desnudos, espada y escudo en mano, provistos solo de sus sandalias y su torce (un collar de oro retorcido), arremetían. Una susodicha torce se aprecia adornando el cuello del *Galo moribundo,* una estatua griega del siglo III a. C. La dura piel del galo ha sido perforada por una herida al corazón entre dos de sus costillas y espera la muerte mientras se desangra. Recostado sobre el suelo, se intenta erguir en un último esfuerzo de la voluntad. Su cara trasluce un drama a la vez digno y desconsolado, en tanto que «proyecta su mirada fría sobre la vida y la muerte». Cuando los romanos se enfrentaron por vez primera con esos guerreros desnudos y dementes se horrorizaron. No solo arremetían desnudos sino que aullaban y, al parecer poseídos por demonios, eran alentados por una fuerza y un brío descomunal. Al son de infernales gaitas le presentaban a la vibrante y desacostumbrada sensibilidad romana un espectáculo en multimedia digno de los peores horrores del infierno.

Los héroes irlandeses sabían muy bien que algo los poseía cuando se enfrentaban a un enemigo y que su mera presencia física sufría una transformación importante. A este fenómeno lo conocían como el «espasmo que deforma». Cuando los ejércitos de Connacht, en el *Tain,* se enfrentan al héroe del Ulster, Cuchulainn, de apenas diecisiete años, lo describen así:

> El primer espasmo se apoderó de Cuchulainn y lo transformó en una cosa monstruosa, horrible y sin forma, algo nunca antes visto. Sus canillas y articulaciones todas, cada nudillo, toda arista, cada uno de sus órganos de pies a cabeza tembló como un árbol en medio del diluvio o un junco en el torrente. Su cuerpo se retorció bajo la piel de modo que sus pies y espinillas y rodillas quedaron vueltas atrás y sus talones y pantorrillas vueltas al frente. La bola de tendones de sus pantorrillas tomaron el lugar de la espinilla, cada nudo del tamaño de un puño de guerrero. En su cabeza, los nervios de las sienes se unieron a nuca y cuello, cada inmensa, poderosa, inconmensurable ligadura tan grande como la cabeza de una criatura al mes de nacida. Rostro y rasgos

> tornáronse en un cuenco rojo: uno de sus ojos se hundió tan hondo en su cabeza que ni la más profunda draga pudiera entrar por sus mejillas para sacarlo de la profundidad de su cráneo; el otro ojo le rodaba por la mejilla; la boca, una mueca distorsionada: cachetes como arrancados de las mandíbulas hacia atrás hasta dejar ver, al fondo de su garganta, pulmones e hígado como palpitando en la boca y el gaznate; la quijada inferior cerrose contra la superior con leonino golpe y escupitajos furiosos como vellones de carnero grande que salían de la garganta le rodaban por la boca. El corazón latía fuerte en su pecho como el aullido de un perro guardián al otear su alimento o el gruñido de un león rodeado de osos. Vapores y llamaradas malignas de fuego –las antorchas de Badb– centelleaban rojas entre brumas de nubes que hirvientes subían de su cabeza, tal la fuerza de su ira. Sus cabellos se retorcían como un manojo de espino carmesí atrapado en una grieta... si se sacudiera un manzano real cargado de frutas sobre su testa, pocas o ninguna de estas manzanas tocarían tierra porque antes quedarían ensartadas en las cerdas de ira de su cabellera. El halo del héroe, ancho y amplio como la piedra de afilar de un guerrero, se alzaba de su ceño y sobresalía como un hocico y como loco blandía sus corazas, azuzaba al auriga y hostigaba a los invitados. Entonces, encumbrado y grueso, firme y fuerte, tan alto como el mástil de una noble nave, del centro de su cráneo saltó un recto chorro de negra sangre humeante como el humo en el que una posada real recibe a un rey cuando este llega al caer de un día de invierno.

En pocas palabras, un contrincante formidable. La exageración rampante es un rasgo común a toda la literatura épica irlandesa, una convención que el público al cual iba dirigida gozaba tanto como el público que hoy escucha las transmisiones radiales de fútbol goza las exageraciones del locutor pertinente. Al igual que en tantos otros pasajes del *Tain,* este recrea un retablo en miniatura de la época con aquel símil, tan homérico, con el que describe el cálido albergue que da la bienvenida en una noche de invierno. Más allá, atisbamos también el temple emocional de este pueblo y la altura que alcanzaban sus sentimientos en tanto vivían sus vidas. No pongo en duda ni por un solo instante la verdad de la sensación del «espasmo que deforma», tanto para el sujeto que lo sufre como para el ejército enemigo que lo observa. Cualquier persona que haya sido presa de intensa ira (u objeto de ella) comprende las distorsiones que describe este pasaje. Como también puede hacerlo, creo yo, quienquiera que haya padecido el terror: qué ritual tan perfecto para lidiar con el terror que sufre el propio guerrero cuando siente el corazón latiendo en su pecho y lo ve transformarse en «el aullido de un perro guardián al otear su alimento», transformándose él mismo así, de mortal corriente en máquina asesina:

> Cuchulainn entonces, se apresta en medio de todos ellos y más adentro y siega murallas de cuerpos enemigos dando tres vueltas completas alrededor del ejército enemigo atacando con inquina. Caían suela contra suela y cuello

> acéfalo contra cuello acéfalo, tan grande el destrozo. Y dio tres vueltas más del mismo modo y dejó un lecho de seis en fondo de ellos en un círculo alrededor de campo... No hay cuenta ni cálculo estimado de las huestes que allí cayeron ni jamás podrá hacerse... En esta gran masacre sobre la llanura de Murtheimne, Cuchlainn dio muerte a ciento treinta reyes así como a hordas innumerables de perros y caballos, mujeres y niños y chusma de toda ralea. Ningún hombre de cada tres escapó sin perder el muslo o la cabeza o un ojo o cargando alguna mácula por el resto de sus días. Y cuando la batalla llegó a su fin, Cuchulainn salió sin mancha ni rasguño, ni él ni su criado ni sus caballos.

Con mucha frecuencia Cuchulainn nos recuerda un héroe de tira cómica. El único público que hoy en día se asombraría con hazañas como estas sería el que se compone de muchachos en la preadolescencia..., pero cabe recordar que en aquellas historias tempranas, como lo es el *Tain,* entramos en contacto con la infancia de la imaginación humana. Hasta el atuendo del héroe parece sugerir tal relación. Veamos, por ejemplo, la descripción de la cuadriga de Cuchulainn:

> Una vez el espasmo había recorrido entero al encumbrado héroe, Cuchulainn montó en su carro de guerra con horma de segur, erizado de púas de fierro y delgadas cuchillas, con garfios y puntas e intrépidas lanzas al frente, con aparatos para rasgar y clavos para desgarrar en todos sus ejes y correas y lazos y cuerdas. El cuerpo del carro, sobrio, liviano y erecto, propicio para las hazañas de un campeón, con espacio suficiente para las ocho armas del magnífico guerrero, rápido como el viento o como golondrina veloz o como fugaz venado que cruza la llanura extensa. Dos sementales briosos y arteros tiraban de él, cabezas desnudas al frente, cuerpos esbeltos de finos cuartos traseros y ruano pecho, firmes los cascos y los arreos, gusto de ver en medio de los ejes del estilizado carro. Uno de los dos caballos era ágil y de paso ligero, alto y recio de cruz, largo de cuerpo y de grandes cascos. El otro de crin larga y resplandeciente, esbelto y ligero de espolones y cascos. De este modo, entonces, cabalgaba en busca de sus enemigos.

¡Cómo le hubiera gustado a aquella gente el Batimóvil! Sin embargo, así como se dejaban hipnotizar por los alardes físicos, no parecían tener nociones de cálculo. Las cifras de los muertos –y los vivos– eran bastante exageradas: jamás intentan nada que pueda llamarse un conteo. Su manera de contar es muy parecida a la que realizaban los patriarcas de antaño que aparecen en el Génesis. Todo lo que le interesa resaltar al narrador es que las cifras de los muertos fueron muy altas... o que Matusalén vivió muchos años.

A lo largo de todos los primeros siglos de nuestra era los asentamientos humanos fueron mucho más pequeños de lo que son hoy. La población de una gran ciudad o de algún pequeño país podía contarse en miles, y entre un lugar habitado y otro se extendían grandes regiones deshabitadas, tierras de nadie llenas de peligros para

el viajero convencional pero a la vez refugio de desamparados. Cuando Medb y Ailil mandan traer sus cerdos y ganados, estos son traídos de «bosques y baldíos», las tierras de nadie, los espacios entre los lugares.

Ningún otro personaje del *Tain* está esbozado con tanta perspicacia como la propia Medb. Tan llena de vida y color que hasta el propio Cuchulainn palidece a su lado. Cuando Fingin, el curandero, se acerca al malherido Cethern, señala la herida más grande: «Una vana y arrogante mujer te hizo esa herida».

«Creo que tienes razón, contesta Cethern. «Una alta y hermosa mujer de rostro largo y rasgos suaves vino a mí. Tenía rubia la cabellera y dos aves de oro adornaban sus hombros. Venía cubierta de un manto púrpura y cinco palmos de ancho oro a su espalda. Tenía consigo una ligera y afilada lanza y con su puño de mujer aferraba sobre la cabeza una espada de fierro, una figura maciza».

La «maciza figura» de Medb domina en el *Tain* como ninguna otra mujer lo hace en épica alguna conocida. En la *Ilíada,* Helena hace su breve actuación especial. En la *Eneida* Dido desempeña un interesante papel secundario. Pero las mujeres en la literatura clásica que empujan la historia hacia adelante se encuentran en la tragedia griega: Clitemnestra, Antígona, Medea. (De alguna manera el *Tain* a veces parece más próximo a la tragedia que a la épica homérica: está lleno de diálogo y escaso de poesía, la que solo surge ocasionalmente y en su mayor parte para recitar conjuros arcaicos bastante parecidos a los que el coro recita en la tragedia griega.) La tragedia griega del siglo V a. C. tiene su origen en las prácticas litúrgicas de un pueblo dedicado a la agricultura y su fin era resaltar los conflictos inherentes a su vida social, de aquí la necesidad de personajes femeninos significativos. Pero es imposible imaginar en la época heroica griega –es decir, tres o cuatro siglos antes del surgimiento de la tragedia, época en la que el temprano desarrollo de los griegos mejor se puede comparar con los tiempos del *Tain* – una mujer de pie en el campo de batalla troyano o viajando con Odiseo. De igual modo es difícil imaginar una mujer viajando con Eneas. La pretendida moral que nos ofrece al final el *Tain,* la profiere el más o menos omnisciente Fergus: «Fuimos tras las ancas de una mujer insensata. Es lo que suele ocurrir cuando un rebaño sigue a una yegua: se extravía y se arruina». Medb no vuelve a aparecer después de esta sentencia, pero aun estas «últimas palabras» parecen eclipsarse detrás de su personalidad.

Además, Medb no es una excepción en esta literatura. En el arte de la guerra Cuchulainn fue adiestrado por tres mujeres, cada una más extraordinaria que la anterior. El dios de la guerra, que se menciona

brevemente en el *Tain,* se ve opacado por la presencia de tres diosas de la guerra que aparecen con regularidad en escena y agitan el asunto. Una de ellas es Badb, la que se menciona en la descripción del «espasmo» de Cuchulainn. Derdriu, la prometida de Conchobor, rey de Ulster, huye con Noisiu y sus hermanos –los hijos de Uisliu– solo para ser luego perseguida y capturada al tiempo que Noisiu es muerto. A pesar de que Derdriu se resigna a Conchobor, nunca más vuelve a sonreír. Conchobor, movido por el rencor, decide compartirla con Eogan Mac Durthacht, el rey de Fernmag, que para ganarse los favores de Conchobor había dado muerte a Noisiu, no en franca lid sino mediante engaño.

> Al día siguiente partieron a la feria de Macha. Ella iba detrás de Eogan sobre la cuadriga. Había jurado que jamas la compartirían dos hombres vivos.
>
> –Así está bien, Derdriu –dijo Conchobor–. Entre Eogan y yo estás como una oveja entre dos carneros.
>
> Frente a ella se alzaba una enorme mole de piedra. Dejó aplastar su cabeza contra la roca y saltó en mil pedazos y murió.

Suicidio, de acuerdo, pero en nada parecido al de Dido. Aquí se trata de mujeres todas que, vivas o muertas, manifiestan el poder de su voluntad y la fuerza de sus pasiones. A continuación un aparte del lamento de Derdriu por Noisiu que ella profiere a los músicos de la corte que han venido a consolarla:

> Dulce a tus ojos el paso enardecido
> de los hombres de asalto que vuelven a Emain.
> Más nobles aún los tres ufanos
> hijos de Uisliu camino a casa:
>
> Noisiu, que portaba el mejor guarapo
> –lo bañaré junto al fuego–
> Ardan, porta un cerdo o algún venado,
> Anle, con su carga al hombro.
>
> El hijo de Nes [esto es, el rey Conchobor], orgullo de batallas, bebe, dices tú, el más selecto guarapo.
> Más selecto aún –un mar a rebosar–
> he bebido con frecuencia.
>
> El humilde Noisiu preparará
> una fogata en el bosque para cocinar.
> Más dulce que cualquier carne
> el hijo de Uisliu, dulce como miel.
>
> Aunque sean hoy para ti dulces tiempos
> con gaitas y trompetas,

juro hoy que no puedo olvidar
que he conocido aires mejores.

[...]

Noisiu: su sepulcro levantado
y acompañado con lamentos.
El más encumbrado héroe, yo derramé
la mortal bebida cuando él hubo muerto.

Amé sus cortos rizos de oro
y magnífica forma, de árbol elevado,
¡Ay, de mí! No quisiera vigilar el día de hoy
ni esperar al hijo de Uisliu.
Amé al humilde y bravo guerrero,
amé su sano y firme deseo
lo amé al quebrar el día mientras se vestía
en las márgenes del bosque.

Aquellos azules ojos con los que deshizo mujeres
e intimidó enemigos, amé
entonces, al final de nuestro camino en la fronda,
su canto en la oscuridad del bosque.

Ahora no duermo
ni adorno mis uñas.
¿Qué debo hacer con bienvenidas?
El hijo de Indel no vendrá.

La tenaz persistencia de ciertos patrones de conducta y de ciertas emociones en la tradición literaria irlandesa raya en lo increíble. A continuación un aparte de otro lamento compuesto por otra mujer en honor a su marido asesinado... ¡dieciocho siglos después de Derdriu!

Mi amor y mi alegría
el día que te vi por vez primera
junto a la casa del mercado
ojos no tuve para nada más
y amor solo por ti.

[...]

Me lo diste todo.
De blanco pintaste salones
y habitaciones para mí.
Prendiste hornos y asadores,
hiciste panes

y tendiste camas para mí;
para que me holgara a tropel
hasta la hora del ordeño
y más allá si así lo quisiera yo.

Mi amor y mi fortuna
que maligno sino
para un gigante
–darle ataúd y mortaja–
a un héroe de corazón desprendido
que pescaba en los arroyos
y bebía en salones luminosos
entre mujeres de pechos blancos.

[...]

Mi jinete de ojos luminosos.
¿Qué paso ayer contigo?
Te pensé con mi corazón
cuando te compraba tus finas ropas,
un hombre que el mundo no podía asesinar así.

Lo que ocurrió con el jinete de ojos luminosos fue que, una noche, en 1773, un inglés codicioso lo asesinó de un tiro porque el jinete se negó a vender su espléndida yegua por la suma mezquina de cinco libras. Para entonces, ya los usurpadores ingleses habían promulgado el código penal anticatólico. Entre otras muchas injusticias, tal código le prohibía a un irlandés católico poseer un caballo cuyo precio superara la cifra mencionada. El hombre asesinado se llamaba Art O'Leary, oficial del ejército de María Teresa de Austria y descendiente de una de las últimas familias nobles que todavía habían logrado sobrevivir en Irlanda. Como católico, no podía ser oficial del ejército de Irlanda. Quin escribe el poema, su mujer, era Dark Eileen O'Connell, tía de Daniel O'Connell, quien cincuenta y siete años más tarde impusiera la emancipación católica al Parlamento inglés, convirtiéndose así en una especie de Martin Luther King pero irlandés y católico. El lamento de la poetisa es quizá el último gran poema escrito en el idioma irlandés, justo cuando el orden gaélico y la vieja nobleza que podía remontarse hasta los tiempos de Medb y Ailil se hundía bajo el embate de la opresión inglesa.

¿Acaso los dos lamentos no se parecen extraordinariamente tanto en imaginería como en sentimiento? Derdriu pertenece a épocas más sencillas: su exaltada admiración por el cuerpo de su amante, que asa presas de caza para ella en aquel refugio en el bosque, es franca y pura. Dark Eileeen es más refinada: su marido le prepara un hogar

completo (con algo de la delicadeza que tienen las canciones infantiles inglesas y el sentimiento erótico se expresa de modo menos directo). En ambos poemas se lanza una cautelosa mirada sobre las otras mujeres. Pero la verdadera fuerza de la conexión que existe entre Eileen y la prehistórica Derdriu se hace particularmente evidente cuando se intenta, en vano, buscar por toda la literatura inglesa del siglo XVIII escrita por *mujeres* cualquier cosa tan franca y apasionada como «El lamento por Art O'Leary». Eileen no se destruye, como sí lo hace su antigua homóloga, pero proviene de la misma dura y recia madera:

> Lo sabe Jesús Cristo
> sin cubrirme la cabeza
> sin hábito a mi espalda
> sin zapato que me calce
> sin aparejos en mi casa
> sin bridas para la yegua
> pero pagaré para que se haga justicia.
> Y cruzaré los mares
> para llevar mi súplica al rey2, y si este resultase sordo
> con aquel bribón de sangre negra
> que asesinó a mi hombre.

Los huesos de Art O'Leary descansan en la nave en ruinas de la abadía de Kilcrea, en el condado de Cork. El siguiente epitafio, tallado sobre su tumba en inglés moderno, nos lleva de vuelta a la Irlanda prehistórica:

¡OH, ARTHUR O'LEARY!
GENEROSO, HERMOSO, OSADO

MUERTO EN PLENA FLOR

YACE EN ESTA HUMILDE TUMBA

Los tres adjetivos, «generoso, hermoso, osado», que se utilizan para describir al hombre asesinado, son una suma del código ético de la edad de hierro, un código que brilla en toda la literatura temprana (ya se trate del *Gilgamesh,* la *Ilíada* o el *Tain*) y que de alguna manera sobrevivió misteriosamente en Irlanda mucho después de que ya había caído en el olvido en civilizaciones más sofisticadas... y, hasta cierto punto, aún hoy prevalece.

Recuérdese el jactanciosos autorretrato de Medb: «Las superé [a mis hermanas] en gracia, en liberalidad, en batallas y en torneos».

«Gracia»: por tanto, *hermosa.* «Liberalidad»: por tanto, *generosa.* «En batallas y torneos»: por tanto, *osada* y *valerosa.* Considérense los altos parámetros que le exigía a su marido: «nada de mezquindad, nada de celos, nada de miedo». «La mezquindad» es el antónimo de la *generosidad;* «el miedo» es lo opuesto al *valor.* Y aunque «los celos» no son precisamente el opuesto a la *hermosura,* sí están eternamente ligados a ella en un conflicto sin esperanza: la hermosura de un esposa provocará de modo ineludible los celos ciegos del marido inseguro..., celos, no de su mujer, sino de sus posibles rivales.

Pero existe también una virtud que no se nombra, oculta tras estas trinidades: la lealtad y la fidelidad. Sin ella, es muy poco probable que Dark Eileen hubiese mandado tallar las palabras «generoso, fiel, osado»: bien sabido era que O'Leary, un hombre hermoso de unos veintipocos años, solía gozar de la vida y, como Eileen misma escribió, «bebía en luminosos salones entre mujeres de pechos blancos». La fidelidad tampoco es una virtud que Medb pudiese loar con mucha credibilidad (a pesar de su existencia subterránea que se insinúa en el motivo de los celos). En la edad heroica de muchas comunidades, incluyendo la irlandesa, la lealtad cumplía la función de virtud fundacional. Pero no se trata del emblema de la unión heterosexual. Es, más bien, lo que cimienta la amistad entre personas del mismo sexo. En el *Gilgamesh* está la inquebrantable amistad que se guardan Gilgamesh y Enkidú. En la *Ilíada,* los lazos más allá de la muerte que se establecen entre Aquiles y Patroclo. En el *Taín,* la única relación que se nos presenta como ideal es la que se da entre los dos guerreros Cuchalainn y Ferdia, hermanastros que, aunque obligados a pelear entre sí gracias a los engaños de Medb, se aman hasta el final. Así pues, se dirige Cuchulainn a Ferdia:

> Amigos entrañables, compañeros del bosque,
> hicimos una cama y dormimos el mismo sueño
> tras la refiega en tierras extranjeras.
> Pupilos de Scathach, juntos los dos
> partimos a explorar el bosque.
>
> [...]
>
> No ha habido hombre que alguna vez comiera,
> no ha nacido hombre,
> no ha habido dichoso rey o reina,
> por quien yo a ti daño te hiciera.

Una vez ha matado a Ferdia, Cuchulainn le habla al cuerpo:

Cuando lejos estábamos con Scathach
aprendiendo de la victoria allende los mares
pareciera que nuestra amistad perduraría
sin quebrarse hasta el día de la final condena.

Amé tu modo de sonrojarte
y amé tu magnífica figura perfecta.
Amé tu límpida y azul mirada
tu modo de hablar, tus artes [,]

[...]

tu rubia cabellera rizada
como una hermosa joya,
tu suave cinturón en forma de hoja
que en la cintura llevabas.

Has caído en manos del sabueso[3]
Y lloro por ello, novillo tierno.
No te salvó el escudo
que te trajo a la refriega.

Las similitudes en la lírica entre los lamentos de Derdriu, Cuchulainn y Dark Eileen, apenas si se le pueden escapar al lector. Pero solo en el canto fúnebre de Cuchulainn se canta al valor de la fidelidad sin fin: «amigos entrañables» cuya «amistad perduraría sin quebrarse hasta el día de la final condena». Resulta dolorosa la ironía de quien habla, que había prometido a su hermanastro que «no ha habido hombre... por quien yo a ti daño te hiciera».

Las cosas fijas, estáticas, no cabían todas en la mente de este pueblo, como al fin y al cabo terminamos por comprenderlo. Sabían, como pocos antes o después de ellos, lo fugaz que es la vida y lo absurdo que resulta aferrarse a las personas o a las cosas. Iban tras la hazaña gloriosa, el gesto heroico: luchar, fornicar, beber, el arte, la poesía por la intensidad del sentimiento, la música para acompañar las fiestas heroicas en las que se bebía mucho y con las que clausuraban el día, adornos cautivadores y bienes para sí mismos. Todas cosas dignas de ser buscadas y la primera de ellas, en particular, la que trae el honor que las grandes almas buscan. Sin embargo, en medio de este torbellino furioso de energía, existe un punto de serena distancia. Cuando, en pleno calor de la batalla, el mensajero ensangrentado le comunica a Medb, con timidez, que Cuchulainn ha decapitado a su hijo, ella contesta, «Este asunto no es un paseo» o, como diríamos hoy, ¿no pensaste que se trataba de un picnic, verdad? El rostro del *Galo moribundo* habla por todos ellos: cada uno de nosotros va a morir,

desnudo y solitario, en algún campo de batalla que no escogimos. Es muy probable que nuestra mutua promesa de fidelidad eterna, aunque seria y solemne, no logre sobrevivir a las trampas que nos deparará el destino... todas aquellas bombas y explosiones que acosan la vida humana. Lo único con lo que podemos contar son la belleza y la virtud de acero del héroe de corta vida: su lealtad a la causa y a sus camaradas, su valentía ante las más sobrecogedoras vicisitudes de la vida, la generosidad descomunal con la que prodiga sus bienes y con la que derrama su sangre. Tras el asesinato de John F. Kennedy se cuenta que alguien le oyó decir a Daniel Patrick Moynihan que ser irlandés era saber que, en últimas, el mundo nos romperá el corazón.

Tal perspectiva y tal temperamento son muy buenos para componer canciones maravillosas y escribir emocionantes historias, pero no para lograr la paz interior y la armonía social. A pesar de lo interesante que hubiera sido poder llegar a conocer a Medb y Ailil, a Derdriu y a Noisiu, es muy probable que no diríamos lo mismo si hubiéramos tenido que trabajar a sus órdenes. Esta última perspectiva, la del siervo a órdenes de alguien, es sobre la que ahora volveremos nuestros ojos: la perspectiva de Patricio, el niño que fue raptado para que pastoreara ovejas en una inhóspita colina en Antrim.

Notas al pie

1 Para la pronunciación de algunas palabras en irlandés, consulte la guía de pronunciación al final de este libro.

2 Lo que con toda seguridad iba a ocurrir sabiendo, como sabemos, que el rey era Jorge III.

3 El nombre Cuchulainn significa el sabueso de Culann.

IV

Buenas nuevas de muy lejos

El primer misionero

Ningún señor es héroe para su mayordomo. Muchísimo menos lo sería un guerrero irlandés de la edad de hierro para su esclavo británico, un muchacho que había pasado sus primeros dieciséis años de vida en medio de las comodidades y la vida previsible que otorgaba la *civitas* romana.

Si Cuchulainn segó la vida de «ciento treinta reyes» en la llanura de Murtheimne, entonces Irlanda debía de tener cientos de tales reyes... Patricio estuvo ligado a uno de ellos. Su nombre era Miliucc y de él no sabemos nada, excepto que gobernaba sobre algunas colinas de Antrim, entre el lago Neagh y las montañas de Sliabh Mis. *Ri,* la palabra en irlandés para significar rey, es afín al latín *rex,* pero –por lo menos para nosotros– tales reyes parecerían más minúsculos caciques, mandamases regionales que acaudillaban un poco más de un par de docenas de clanes emparentados dedicados a la trata de ganado. Cuatreros, tal vez sería más preciso decir, ya que en ese medio reinaba poco la ley como no fuera la del más fuerte. Después de todo, los expolios épicos del *Tain* no son más que eso, la proliferación extendida de un modo de vida común: el abigeato, practicado por parte de una familia noble contra otra, estaba a la orden del día.

La vida de un pastor-esclavo no podía ser feliz. Despojado de toda civilización, Patricio tenía por protector a un hombre que no tenía muy en alto su propia vida, mucho menos las de los demás. El trabajo que realizaban estos pastores implicaba amargas soledades, meses enteros solitarios en las montañas. La compañía ocasional, que quizá se viera uno inclinado a buscar, podía resultar problemática. Desprovisto de todo comercio con otros seres humanos, a Patricio le debió tomar mucho tiempo dominar la lengua y las costumbres de su exilio, de modo que acercársele a extraños en el monte

definitivamente debía de dar pavor.

Sabemos de dos compañeros que siempre lo acompañaron, el hambre y la desnudez, y que estas condiciones no dejaban de atormentarlo. De estos escasos datos –Patricio no es un hombre de muchas palabras– podemos inferir que el muchacho era de constitución fuerte y que muy probablemente de niño recibió amor y una buena alimentación, de lo contrario no hubiera sobrevivido.

Como muchos otros en circunstancias imposibles, comenzó a orar. Nunca hasta entonces le había prestado atención a las lecciones de religión. Nos cuenta que en realidad no creía en Dios y que los curas le parecían tontos. Pero ahora no tenía más remedio que volver su rostro al Dios de sus padres. Todo esto recuerda aquellos informes de los rehenes contemporáneos que cuentan cómo se sobreponen a años de cautiverio. «Cuidar rebaños era mi trabajo diario y solía orar de modo permanente durante las horas del día. El amor y el temor de Dios me envolvía más y más... y creció la fe y mi espíritu resucitó hasta que un día me vi rezando hasta cien oraciones y luego otras tantas al llegar la noche aunque me hallase en bosques o en montañas. Despertaba y oraba antes de clarear el día, nevase, helase o lloviese, tampoco moraba en mí la pereza (como hoy sí lo hace) porque entonces el Espíritu ardía en mí.»

Patricio soportó seis años de esta desconsoladora soledad, y para cuando esta llegaba a su fin había dejado de ser un muchacho despreocupado para convertirse en algo que con toda seguridad, de otro modo, jamás hubiera llegado a ser: un santo varón, es más, un visionario para el que ya no existía más una separación firme entre este mundo y el otro. La última noche que pasó como esclavo de Miliucc tuvo en sueños su primera vivencia sobrenatural. Oyó una voz misteriosa que le decía: «Tus penurias han sido recompensadas: volverás a casa».

Patricio se sentó, sorprendido. La voz continuó: «Mira, tu nave espera».

La hacienda de Miliucc quedaba tierra adentro, para nada cerca del mar, pero aun así Patricio se pone en camino, a dónde, no lo sabía. Caminó cerca de doscientas millas a través de territorios que nunca había pisado. Nadie lo detuvo, nadie lo siguió hasta que alcanzó una ensenada al sureste, tal vez cerca de Wexford, en donde vio su barco. A medida que avanzaba hacia su destino debió crecer en él la seguridad de que Dios lo protegía ya que era virtualmente imposible que un esclavo fugitivo pudiera llegar tan lejos sin que nadie lo interceptara. «Me acompañaba la fuerza de Dios... y no tenía nada que temer», concluye de modo sencillo Patricio.

Los marinos estibaban una carga de perros sabuesos irlandeses para vender en el continente, donde pagaban un buen precio por ellos. Patricio se le acercó al capitán, que lo observaba con desconfianza, y le mostró que tenía cómo pagar su pasaje (¡de dónde lo sacó nunca lo sabremos!), pero este le dijo cortante: «Pierdes tu tiempo si pretendes navegar con nosotros».

Fue el instante de mayor peligro para Patricio: de ser reconocido en una población costera como esclavo fugitivo, no podía esperar muchos minutos más de libertad. «Al escuchar su respuesta, los dejé para volver a la choza en la que me estaba quedando y en el camino comencé a orar y antes de haber terminado mi rezo escuché que uno de los marinos daba voces hacia mí: "¡Ven, pronto! ¡Te llaman!" De inmediato me di vuelta y fui hacia ellos, que me decían: "Sube a bordo, confiamos en ti".» Incluso llegaron a ofrecerle sus tetillas para que chupara de ellas, la antigua manera irlandesa de hacer las paces. Patricio, demasiado romano para tales lances, se contiene, dice «por temor de Dios», pero mentes más lúcidas que Patricio han sucumbido a esa confusión que puede darse entre las costumbres romanas y la fe cristiana. Los marinos se sacudieron de hombros: «Puedes hacerte amigo nuestro como te venga en gana». Patricio saltó a bordo y zarparon de inmediato.

Les tomó tres días el cruce al continente y apenas habían abandonado la nave para encaminarse tierra adentro, encontraron solo devastación – *«desertum»,* lo llama Patricio– a través de la cual caminaron con dificultad durante dos semanas. ¿Dónde en el continente europeo hay un desierto que le tome dos semanas cruzar a una manada de marinos curtidos? En ninguna parte. Pero bien pudo haber sido aquel el año 407, el mismo en el que cientos de miles de germanos hambrientos cruzaron las aguas congeladas del Rin sembrando el terror y la destrucción por casi toda la Galia. Es poco probable que unos marinos irlandeses tuvieran noticia de esta invasión, de modo que el grupito de exportadores de perros de caza tal vez arribó tras los escombros que iban dejando los grupúsculos de asalto germanos. De cualquier modo, no se topan con ser humano ni comida alguna. Los perros, al igual que los hombres, están a punto de perecer, «tumbados y medio muertos a lado y lado del camino».

«¿Qué te parece, cristiano?», dice en tono de burla el capitán. «Dices que tu Dios es grande y todopoderoso, ¿entonces, por qué no rezas por nosotros? Nos estamos muriendo de hambre y es muy probable que no encontremos ni un alma.» Es difícil saber si el capitán se dirigió a Patricio en irlandés o en latín; lo cierto es que aunque el latín de Patricio era endemoniadamente precario, por decir lo menos,

tenía oído para el diálogo. A continuación transcribo el original que nos da una buena idea de cómo la gente común y silvestre utilizaba la lengua de Cicerón: *«Quid est, Christiane? Tu dicis deus tuus magnus et omnipotens est; quare ergo non potes pro nobis orare? Quia nos a fame periclitamur; difficile est enim ut aliquem hominem umquam videamus!»*

«Volved, desde el fondo de vuestro corazón, vuestros ojos al Señor mi Dios», les ordena el iluminado, «ya que nada es imposible para Él. Y hoy os enviará alimento suficiente en el camino para saciaros ya que él posee en abundancia en todo lugar». La sinceridad del joven hombre impresiona a los debilitados marinos que, inclinando sus cabezas, intentan un instante de fe. El estruendo de una estampida les llama la atención. Al levantar sus miradas, ven venir una piara de cerdos camino abajo, en su dirección. ¡No cualquier comida, sino la mejor de las comidas!

Le toma un par de años pero Patricio logra, finalmente, volver a su hogar en la Gran Bretaña, donde es «bienvenido como un hijo» por sus padres, que le ruegan no los vuelva a abandonar. A pesar de toda la extraña dificultad que pueda ofrecer una prosa no muy elegante, Patricio algunas veces es capaz de brindarnos los detalles más precisos como en efecto lo hace en este retrato de su preocupada familia. Pero ya no se trata del adolescente romano despreocupado e indolente. Endurecido física y psicológicamente por experiencias que no puede compartir, irremediablemente atrasado respecto a sus iguales en lo que a educación concierne, le es imposible adaptarse. Una noche, en casa de sus padres, lo visita en visiones un hombre que conoció en Irlanda: Victoricus, «con innumerables cartas» en la mano. Le alcanza a Patricio una de ellas y él procede a leer el encabezamiento: VOX HIBERIONACUM, la voz de Irlanda. En ese instante escucha las voces de una multitud, junto a un bosque que Patricio recuerda se hallaba «cerca al mar occidental»[1], que exclama: «Te rogamos que vuelvas y estés entre nosotros de nuevo». «Herido en el corazón», interrumpe su lectura y despierta.

A pesar de ingentes esfuerzos no logra alejar a los irlandeses de su pensamiento. Las visiones se hacen más y más frecuentes y Cristo empieza a hablar desde el fondo de su ser: «Aquel que dio su vida por ti es quien ahora habla desde ti». Patricio, el esclavo fugitivo, está a punto de ser llamado a filas de nuevo... como san Patricio esta vez, apóstol de los irlandeses.

Patricio jamás podrá compensar la educación formal que no recibió mientras pastoreaba ovejas en Antrim. Su desconocimiento del buen latín ensombrecería toda su vida, haciéndole imposible comunicarse,

de igual a igual, con los hombres distinguidos. A veces se pregunta uno, al leer su *Confesión* (así, en singular, distinto al plural de Agustín), si el pobre hombre llegó a tener una lengua que le fuese propia. Es probable que, como en la casa de Agustín, la lengua «nativa» se le dejara a la servidumbre, mientras que la familia departía en latín. Apenas si había recibido los rudimentos del latín cuando fue arrojado a otra lengua: el irlandés, de algún modo parecido al galés pero, desde aquel entonces, notablemente diferentes.

Cuando ya no aguanta más, deja a su familia de nuevo y sigue sus voces a la Galia, es probable que a la isla monasterio de Lérins, costa afuera de lo que hoy es Cannes, en donde solicita estudiar teología con miras a ordenarse. Patricio no se queja, de modo que solo podemos imaginar su padecimiento mientras realizaba sus estudios y cuántas veces quizá deseó padecer el hambre y el frío en Antrim en vez de la horrorosa monotonía de unos estudios para los que estaba tan mal preparado. La noche antes de ser odenado como diácono le confiesa a un amigo un humillante pecado que había cometido a los quince años y es perdonado. En aquellos tiempos, y a lo largo de buena parte de la historia del cristianismo, «confesión» significaba una declaración pública del estado del alma y, como venía haciéndose cada vez más común, simplemente a un amigo que a su vez podía ratificar el perdón de Dios. Dicha confesión en privado volvería a rondar la conciencia de Patricio en su vejez.

Finalmente se ordena como sacerdote y luego como obispo, quizá el primer obispo misionero de la historia. Se entiende que los apóstoles de Jesús comenzaron a predicar la Buena Nueva o Evangelio tras la venida del Espíritu Santo durante la fiesta de Pentecostés, en Jerusalén, y que pretendían hacerla llegar «a los confines de la Tierra». No se sabe muy bien qué tan lejos llegaron la mayoría de ellos, pero sí parece ser cierto que Pedro murió crucificado de cabeza en Roma. Tomás, por lo menos eso cuenta la leyenda, llegó incluso hasta la India. Pero el primer misionero cristiano del que tenemos amplia documentación es Pablo, no uno de los doce apóstoles originales pero igual, apóstol, en sus propias palabras, «designado no por los hombres», es decir, designado por una visión. Quizá con Patricio se trate de la segunda de tales designaciones. Lo que sorprende no es que Patricio hubiese sentido tan urgente vocación misionera, sino que durante los cuatro siglos que separan a Pablo de Patricio no exista ninguno otro.

Para un ciudadano romano el lugar para estar era una ciudad o una villa romana. El *pagus,* el campo sin cultivar, era sinónimo de incomodidades y privaciones. Quienes vivían en el *pagus* (los *pagani* o

paganos), eran vistos como campesinos bastos, rústicos, de poco fiar, amenazantes. Los cristianos romanos incorporaron este prejuicio sin cuestionarlo. Agustín, desde sus profundidades, comprendió que el platónico ascenso ahistórico a la sabiduría a través del conocimiento y de la holgada contemplación era irrealizable y que por tanto debía ser remplazado por el viaje bíblico a través del tiempo, a través de la vida de cada individuo y de la vida de toda la humanidad. Con todo, los términos *iter* (viaje) y *peregrinatio* (peregrinación) le producían escalofríos. Como obispo de Hipone casi nunca visitó los distritos rurales sobre los que nominalmente ejercía su dominio. Una vez que lo hizo, casi cae en una emboscada que le tendieron los circuncelios, una secta de donatistas radicales, especie de mezcla cristiana entre *Act Up* y el Partido de Dios. Nunca repitió sus viajes de juventud a Roma y Milán y no le hubiera pasado ni remotamente por la cabeza ir allende el Ecumene: el territorio gobernado por Roma. Más allá del Ecumene, del Imperium, reinaba el más colosal de los caos: «Aquí habitan monstruos», advertían los mapas medievales de los territorios desprovistos de cartografía.

A la hora de la verdad, ni siquiera Pablo, el gran apóstol misionero, a pesar de que soportó todas las inclemencias que implicaba viajar en tiempos clásicos para divulgar el Evangelio, se aventuró allende el ecumene grecorromano. Tomás, supuesto apóstol de la India, tal vez hizo su proselitismo entre alguna antigua civilización fuertemente ligada al mundo griego. De modo que puede decirse que Patricio fue el primero, el primer misionero entre bárbaros allende los brazos de la ley romana. El paso que dio fue, a su modo, tan osado como el de Colón y cientos de miles de veces más humano. Él mismo estaba consciente de la naturaleza radical de su empeño. «El Evangelio», les recordaba a quienes lo acusaban en su vejez, «ha sido llevado a lugares más allá de los cuales no hay nadie», nada fuera del océano. Tampoco estaba ciego a los peligros, ya que aún en sus postrimeros años escribía: «todos los días estoy dispuesto a ser asesinado, traicionado, esclavizado..., que sea lo que sea. Pero no le temo a estas cosas porque está la promesa del cielo; porque me he puesto en manos de Dios todopoderoso».

> San Patricio fue un caballero
> y fue hijo de gente *decente*

reza una coplita de una revista musical del siglo XIX y fue, en efecto, un hombre bueno y valiente, uno de esos hombres nobles por naturaleza que a veces da la humanidad. Entre gente sencilla y directa, que podía apreciar sin reservas su decencia integral, el éxito

de su misión estaba asegurado.

El amor por su pueblo adoptado reluce en todos sus escritos, y no se trata de una simple benevolencia «cristiana», sino de un verdadero amor por seres individuales tal y como son. Nos cuenta de «una bendita mujer, irlandesa de nacimiento, noble, extremadamente bella *(pulcherrima)* –una adulta de verdad– a quien yo bauticé». ¿Quién se puede imaginar semejante admiración tan franca por una mujer salida de la pluma de Agustín? ¿Quién, entre la mayoría de toda la larga lista de los santos del calendario, fue capaz de semejante singularidad en la observación?

Vive preocupado por su gente, y no solo de su bienestar espiritual, sino físico. Nunca olvidó el horror de la esclavitud: «Pero son las mujeres sometidas a la esclavitud quienes más sufren y también las que mejor mantienen los ánimos en alto a pesar de las amenazas y las intimidaciones que padecen. El Señor bendice con gracia a sus siervas y, aunque les esté prohibido, ellas lo siguen con entereza». Patricio se ha hecho irlandés, un hombre capaz de creer en la fuerza y la determinación de la mujer mucho más allá de lo que pudiera cualquier hombre educado en la tradición clásica.

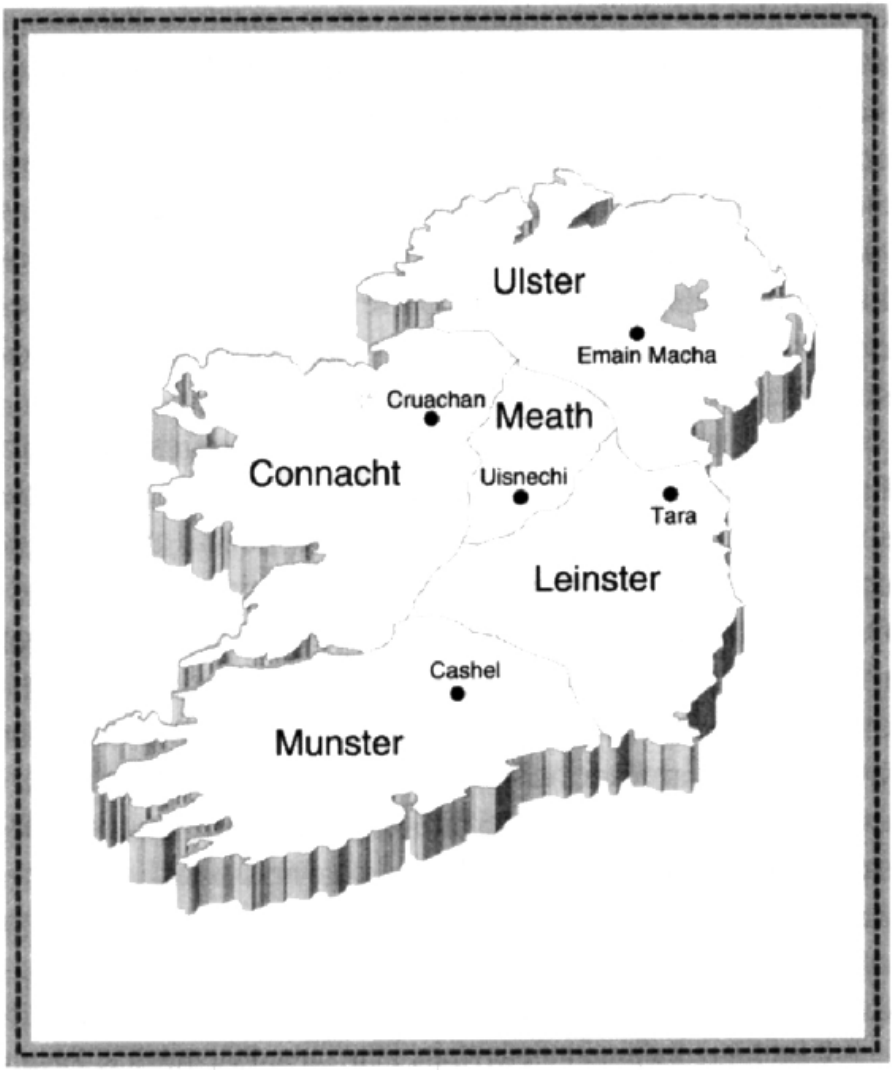
Al final de sus días quizá pudo ver una Irlanda que había sido transformada gracias a sus enseñanzas. Por lo menos de acuerdo a la tradición, estableció obispos en el norte, el centro y el este de Irlanda: él mismo fue obispo primado de Ard Macha (hoy Armagh), a una colina de distancia de Emain Macha, sede de los reyes del Ulster, descendientes de quien acosara a Derdriu, Conchobor. Colocó también un obispo cerca de Tara, residencia del alto rey (escogido, teóricamente, por rotación entre los reyes de las provincias), y al lado de las capitales de Leinster del norte y del sur. Llegó incluso a crear una diócesis tan lejos al occidente como lo es Cruachan, antiguo Connacht, la capital de Medb, a pesar de que Munster, al sur, seguiría siendo un territorio pagano durante una generación más. Esto de ligar los obispados y diócesis a los reyes locales, Patricio lo adoptó con toda seguridad del modelo con el que la Iglesia se había organizado en el continente. Mientras que Agustín hubiera visto esta práctica como el arreglo ideal para congraciarse y ganarse favores y así, sutil y gradualmente, aumentar el poder de la Iglesia, Patricio no pudo alentar tales intenciones porque en la antigua Irlanda no había *civitates,* no había centros urbanos de ninguna índole, se trataba de granjas esparcidas y aisladas. Lo que Patricio pretendía al colocar sus obispos cerca de los reyes, era vigilar a quienes podían ser los salteadores y cuatreros más poderosos para así limitar sus desmanes.

Con los irlandeses, incluyendo a los reyes, su éxito fue rotundo. Ya

en vida o muy poco tiempo después de su muerte el tráfico de esclavos se había acabado y otras formas de violencia, como el asesinato y las guerras intertribales, habían disminuido. En su intento por reformar las costumbres sexuales de los irlandeses su éxito fue menor, a pesar de que estableció monasterios y conventos autóctonos cuyos internos buscaban recordarle a los irlandeses, mediante el ejemplo, que las virtudes de la fidelidad, el valor y la generosidad practicadas a lo largo de la vida eran en efecto posibles para cualquier ser humano común y silvestre y que la espada no era el único modo de estructurar una sociedad.

Las relaciones de Patricio con sus hermanos británicos fueron menos felices. Reyezuelos en alza a lo largo de las costas occidentales de la Gran Bretaña, en su prisa por ocupar el vacío de poder que dejaba la partida de las legiones romanas, empezaron a apoderarse de nuevos territorios para sí mismos y se dedicaron a la piratería, una actividad que los britanos cristianos hacía mucho tiempo habían abandonado. Las huestes de uno de estos reyes, Coroticus, cayeron sobre la ahora pacífica costa del norte de Irlanda y, tras grande carnicería y botín, arrastraron con miles de los conversos de Patricio, «la señal de la cruz todavía fresca en sus frentes», dice enardecido el apóstol.

Envía una delegación de sacerdotes a la corte de Coroticus con la esperanza de rescatar a los cautivos, pero al llegar allí se ríen con sorna. Sin haber logrado una entrevista con el rey y ya desesperado, Patricio escribe una carta abierta a los cristianos britanos en su intento por ejercer presión sobre Coroticus. Es un alarido de duelo por su pueblo: «¡Patricidio! ¡Fratricidio! ¡Lobos voraces devorando el pueblo del Señor como si fuera pan!... Os lo suplico de corazón, no es correcto rendirle homenaje a tales hombres, ni comer ni beber en su compañía, así como tampoco está bien recibir sus limosnas mientras no hayan hecho estricta penitencia, con correr de lágrimas, en desagravio a Dios y en tanto no hayan liberado a los siervos del Señor y las siervas que han sido bautizadas y por quienes Cristo fue muerto y crucificado».



Irlanda a comienzos del siglo V d. C.

Es obvio que cuando Patricio escribe sobre este «crimen tan horrible y atroz», la ira está avivada por el recuerdo de su espantosa experiencia. En este estadio del desarrollo humano solo un exesclavo pudo haber condenado el tráfico de los mismos con tanta vehemencia. La mención de las limosnas nos advierte que el destinatario sobre el que Patricio quiere tener más efecto son los obispos britanos..., razón por la cual alude una y otra vez al bautismo de su gente. Si estos obispos se sacuden un poco y excomulgan a Coroticus, solo sería una cuestión de tiempo antes de que una bien organizada conspiración para aislarlo socialmente diera por tierra con la obstinación del rey.

No sabemos si el ardid de Patricio tuvo éxito. Pero lo que sí sabemos es que, en medio de su agonía, vio con mucha claridad cuál podía ser el obstáculo a su propósito: «Lloraré en voz alta de la más profunda pena y dolor. ¡Oh, amados y amadísimos hermanos en hijos míos que he engendrado en Cristo (no puedo saber cuántos), ¿qué puedo hacer por vosotros? No soy digno de procurar ayuda ni a Dios ni a los hombres. La infamia de los infames ha prevalecido sobre nosotros. Es como si nos hubiéramos convertido en extraños. ¿Será posible que no crean que hemos recibido un bautismo o que tenemos un solo Dios y Padre? ¿Acaso a sus ojos haber nacido en Irlanda es motivo de vergüenza?»

Los cristianos britanos no reconocían a los cristianos de Irlanda ni como cristianos ni como seres humanos cabales..., porque no eran romanos. Patricio, que al volver a la Gran Bretaña ya había padecido numerosos rechazos dada su rara condición semiforánea, conoce muy bien el esnobismo que caracterizaba a los romanos cultos, quienes, para entonces, mediados del siglo V, tenían ya el derecho de asumir que romano y cristiano eran designaciones que significaban una sola y misma cosa. Patricio, trabajando desde los márgenes de la geografía europea y de la conciencia humana, había llegado mucho más lejos de lo que se hubiera esperado de alguien de su condición. Ya no es romano ni britano..., para nada. Cuando exclama adolorido: «¿Acaso... haber nacido en Irlanda es motivo de vergüenza?», sabemos que ha dejado atrás para siempre el mundo de la vieja civilización para identificarse plenamente como irlandés.

Sus hermanos británicos no se explican su conducta y buscan segundas intenciones. Se fue a Irlanda con el propósito de timar a los cándidos irlandeses... ¿No han oído que cobra dinero por obispados y bautizos? ¿Acaso no saben que empezó como porquero, un triste y cochino porquerizo? ¿Sabían que la cosa ha sido un escándalo, que casi le cuesta la ordenación, que en su juventud...? Es justamente contra toda esta maledicencia despiadada que Patricio escribe su franca *Confesión,* en defensa de su vida de servicio y de cara a todas aquellas dudas que quienes él llama *«dominicati rhetorici»,* los curas britanos con una formación clásica, divulgaban públicamente. De algún modo, incluso aquella remota confesión en privado que hizo la víspera de su ordenación, se utilizaba ahora en su contra convertida en chisme de libre circulación.

Yo sospecho que el pecado fue homicidio. Tenía quince años..., ¿y de cuántos pecados dispone un muchacho de quince años para que todavía lo atormente más allá de la mitad de su vida, en particular una vida tan variada y dura como lo fue la de Patricio? (Patricio

cometió su pecado, digamos, en el año 400, lo secuestran al año siguiente y escapa, tal vez, en el 407. Pero no se ordena sino hasta cerca del 430, ya que a Irlanda no vuelve antes del 432, lo que nos permite suponer que rondaba, por lo menos, la edad de cuarenta y siete años.) A pesar de la preocupación tardía de Agustín, los pecados sexuales no guardaban mayor relevancia para la mayoría de la gente en aquellos días. Robo a gran escala es mucho menos probable si se piensa en los cuidados que le brindara su ambiente familiar. Pero homicidio, particularmente el de un esclavo o un siervo, sería un acto que no hubiera tenido mayor implicación social ni hubiera sido de mayor consecuencia para el asesino... hasta cuando este se encuentre, por aquellas cosas de la vida, recibiendo el mismo trato brutal. Sea lo que fuere, la iracunda de este hombre usualmente plácido y tranquilo solo brota a la superficie cuando se trata de la esclavitud o de una carnicería humana.

A pesar de la ceguera de sus contemporáneos, sobre la grandeza de Patricio no cabe la menor duda: fue el primer hombre en la historia humana que se opuso de manera inequívoca al esclavismo. Y no se oirá otra voz semejante sino en el siglo XVII. En su tiempo, solo los irlandeses lo valoraron por lo que era. Por fuera de Irlanda se conoció tan poco como Agustín se conoció en la misma Irlanda. Es muy probable que el mismo Patricio no hubiese tenido noticia de Agustín, quien muriera dos años antes de que Patricio fuera nombrado obispo. En el caso de que sí hubiera oído hablar de Agustín, con toda seguridad no lo leyó. En aquel entonces cualquier noticia podía tomarse un año para llegar de un extremo al otro del imperio que se desmoronaba; a los libros les podía tomar una o dos décadas, a veces hasta media centuria. Pero Patricio deja ver que comprendía tan bien como Agustín el doble concepto de Ciudad del Hombre y Ciudad de Dios, cuando trata a Coroticus y sus secuaces como «perros y brujos y asesinos y mentirosos juradores en vano... que distribuyen niñas bautizadas por dinero y todo por un triste reino temporal más fugaz que una nube o el humo arrastrado por el viento». Pero en cambio, al referirse a sus bienamados hijos guerreros masacrados, habla así: «¡Oh! queridos míos... puedo veros camino a esa tierra en la que no hay noche ni pesar ni muerte... Allí reinaréis junto a los apóstoles y profetas y mártires. Alcanzaréis el reino eterno, como Él lo prometió cuando dijo: “Vendrán del oriente y del occidente y se sentarán con Abraham e Isaac y Jacob en el reino de los cielos”».

Quizá Patricio logró una comprensión afectiva de la verdad cristiana más profunda que Agustín. Este último volvió los ojos a su corazón y encontró allí la inefable angustia de todo individuo, lo que

le permitió expresar coherentemente una teoría del pecado sin igual: el lado oscuro del cristianismo. Patricio en cambio oró, hizo las paces con Dios y luego miró no solo dentro de su propio corazón, sino en el corazón de los demás. Lo que vio lo convenció tan luminosamente, que comprendió que incluso los traficantes de esclavos pueden convertirse en libertadores, que los asesinos pueden actuar como conciliadores, que los bárbaros pueden tomar su lugar en la corte celestial.

Al hacerse irlandés, Patricio ligó su mundo al de ellos, su fe a la vida de ellos. Para Agustín y la Iglesia romana del siglo V, el bautismo, la ceremonia con el agua mística en la que los catecúmenos desnudos morían al pecado, era el fundamento de una vida cristiana. Patricio encontró con el bautismo un modo de sumergirse en las profundidades de la psique irlandesa y de reconfortar y transformar su imaginación, haciéndola más humana y más noble sin que dejara de ser irlandesa.

Ya nunca más las aguas bautismales serían un mero y exclusivo signo positivo de una nueva vida en Dios. La nueva vida abundaba en bruto por todas partes y toda la creación de Dios era buena. Los druidas, los sacerdotes irlandeses paganos que alegaban poder controlar los elementos, se sintieron amenazados por Patricio, que sabía que con una humilde oración era posible incluso hacer que se materializara alimento en un desierto..., porque todo el mundo era obra de su Dios-Creador.

Muy pocas de las muchas leyendas que existen en torno a Patricio se pueden corroborar. Con toda seguridad no ahuyentó a todas las culebras de Irlanda. No hay modo de saber si utilizó la hoja de trébol para explicar la Trinidad. Es probable que sí haya tenido un altercado con un rey, quizá el gran rey en Tara, y es probable que la discusión hubiese girado en torno al derecho de Patricio para conmemorar la resurrección de Cristo haciendo una gran fogata..., la misma que hoy se ha convertido en un rasgo característico de la liturgia de Pascua. Incluso esa gran oración en idioma irlandés, a veces conocida como «La coraza de san Patricio», porque se pensaba que lo protegió de los poderes enemigos, también conocida como «el grito del venado», porque se decía que, al rezarla, Patricio tomaba la forma de venado a los ojos de quienes querían hacerle daño, en fin, tal oración no puede atribuírsele de modo categórico. Algunos elementos del lenguaje de la oración parecen ubicarla hacia los siglos VII y VIII. Pero, por otro lado, lo que sí es Patricio hasta los tuétanos es la aseveración rotunda de que el universo mismo es el Gran Sacramento, maravillosamente diseñado por su bondadoso Creador para bendición y socorro de los

seres humanos que la oración expresa. Tratándose, como se trata, de la más temprana expresión poética europea en una lengua vernácula, la oración de san Patricio es, en su actitud, la obra de un druida cristiano, de un hombre a la vez de fe y de magia. Su sentimiento es lo menos agustiniano posible, pero es justamente el tipo de sentimiento que más tarde alentará la mejor poesía medieval. Si no fue Patricio quien la escribiera (por lo menos en su actual conformación), con toda seguridad se inspiró en él, ya que, en este conjunto cósmico, el paria balbuceante que llora por sus esclavos, que ayuda a los humildes en necesidad y que ama la aurora y el mar, por fin encuentra su propia voz. Adecuadamente se trata de una voz de Irlanda:

Hoy me alzo
con poderosa fuerza e invoco a la Trinidad
con trinitaria fe
profesando la unidad
del Creador de todo lo creado.

Hoy me alzo
con la fuerza del nacimiento de Cristo gracias a su bautismo, con la fuerza de su crucifixión y muerte,
con la fuerza de su resurrección y ascensión, con la fuerza de su descenso el día del juicio.

Hoy me alzo
con la fuerza del amor del querubín,
obediente a los ángeles,
al servicio de arcángeles,
en la esperanza de la resurrección para encontrar consuelo con los rezos de los patriarcas,
las predicciones de los profetas,
las enseñanzas de los apóstoles,
la fe de los confesores,
la inocencia de las santas vírgenes,
los hechos de los hombres de bien.

Hoy me alzo
con la fuerza de los cielos:
la luz del Sol,
el brillo de la Luna,
el esplendor del fuego,
la velocidad del trueno,
la rapidez del viento,
la profundidad de los mares,
la permanencia de la tierra,
la firmeza de la roca.

Hoy me alzo

con la fuerza de Dios que me guía:
su grandeza que me apoya,
su sabiduría que me guía,
su ojo que me cuida,
su oído que me escucha,
su palabra que me habla,
su mano que me defiende,
su camino para seguirlo,
su escudo para protegerme,
su eucaristía para librarme
de las trampas del demonio,
de la tentación de los vicios,
de aquellos que me desean el mal
lejos o cerca
solo o en compañía.

Invoco hoy todos estos poderes para que se alcen entre mí y estos males, contra todos los crueles e infames poderes que deseen el mal para mi cuerpo y alma,

contra las invocaciones de los falsos profetas, contra las nefastas leyes de la paganía,

contra las falsas leyes de la herejía,

contra las artes de la idolatría,

contra los hechizos de brujas y nigromantes y hechiceros, contra todo conocimiento que corrompa el cuerpo y el alma.

Cristo que me proteja hoy
contra el veneno, contra el fuego,
contra morir ahogado, ser herido
para que así venga a mí abundante consuelo.

Cristo conmigo, Cristo antes que mí, Cristo tras de mí, Cristo en mí, Cristo bajo mí, Cristo sobre mí, Cristo a mi diestra, Cristo a mi siniestra,

Cristo cuando duermo, Cristo cuando descanso, Cristo cuando me levanto,

Cristo en el corazón de todo hombre que piense en mí, Cristo en la boca de quien hable de mí,

Cristo en todos los ojos que me ven,

Cristo en todo oído que me oiga.

Hoy me alzo
Con poderosa fuerza e invoco a la Trinidad
con trinitaria fe
profesando la unidad
del Creador de todo lo creado.

Notas al pie

1 Yo interpreto tal mar como el Mar de Irlanda, es decir, «occidental» para los

britanos que eran a quienes Patricio se dirigía en su *Confesión.* Otros, que tienen sus reservas respecto a las leyendas que rodean a Miliucc (un rey en Antrim), ubican el bosque en Mayo e imaginan que Patricio cumplió su condena en el occidente de Irlanda.

Sin embargo, esto parece poco probable si se piensa en la región de Irlanda a la que él volvió. Todo el material relativo a Patricio está lleno de tales dificultades, por ejemplo: los marineros que rescataron a Patricio quizá no transportaban perros (todo depende del manuscrito que se siga) aunque casi con toda seguridad sí llevaban algo de carga. Del mismo modo, muchos opinan que el «desierto» estaba en la Gran Bretaña y que Patricio y su grupito caminaron en una única dirección, ¡durante veintiocho días consecutivos! Las fechas sobre la vida y viajes de Patricio también se discuten. Para más información ver la Bibliografía.

V

Un mundo pleno de luz

La Santa Irlanda

Patricio consagró los últimos treita años de su vida (más o menos desde bien entrado en los cuarenta hasta los setenta y pico) a sus hijos guerreros, para que pudieran «alcanzar los reinos imperecederos» invirtiendo en ello toda la energía e intensidad que antes habían venido dedicando a matarse y esclavizarse unos a otros y a arrebatarse entre sí sus reinos. Al escribir la oración con la que encabeza su carta abierta a los cristianos britanos, se hacía eco a aquella misteriosa proclama de Jesús que casi parece haber sido pronunciada pensando en los irlandeses: «Desde los tiempos de Juan Bautista hasta los días de hoy el reino de los cielos ha padecido violencia y ha tolerado a los violentos»[1]. De acuerdo con el Evangelio los apasionados, los desmedidos, los que pierden el control tienen más posibilidades de alcanzar el reino de los cielos que los discretos, los calculadores, todos aquellos a los que este mundo les da su visto bueno. Patricio, en efecto, parece haberse inclinado por el mismo tipo de bichos raros, de excéntricos que atraían a Jesús, y esta mera inclinación lo convierte en un capítulo aparte en la historia de los padres de la Iglesia.

Los treinta años que abarcan la misión de Patricio a mediados del siglo V cubren un período de cambios tan abruptos y rápidos que tal vez Europa no volverá a ver un período igual. Para el año 416, año probable de la muerte de Patricio, el Imperio Romano se sumerge a pasos agigantados en el caos, y estamos a escasos quince años de la muerte del último emperador de Occidente. Los cambios en este momento son tan dramáticos que no sorprende la fijeza con la que los historiadores han puesto sus ojos en ellos o que, por la misma razón, no se hayan percatado de las transformaciones igualmente dramáticas que entre tanto ocurrían en la periferia de ese mismo imperio ya que, mientras los territorios romanos pasaban de la paz al caos, las tierras

de Irlanda lo hacían con más rapidez del caos a la paz.

¿Cómo lo hizo Patricio? Ya se habló de su franqueza y calor humano. Pero estas son cualidades que sirven para menguar la hostilidad y la desconfianza; en sí mismas, no sirven para ganar adeptos entre gente de carácter fuerte. Podemos, además, estar seguros de que los irlandeses encontraron a Patricio admirable medido con sus más exigentes parámetros: su coraje –es decir, su reticencia a tenerles miedo– debió impresionarlos *ipso facto*. Luego, a medida que su misión se extendía a lo largo de los años y que empezaron a ver cómo este era sin lugar a dudas un compromiso para toda la vida, su lealtad a toda prueba y su generosidad sobrenatural debió conmoverlos profundamente. Había convertido sus virtudes cristianas de fe, esperanza y caridad. Pero, a través de esta singular manifestación de virtud, debió haber hecho muchos amigos, y no necesariamente convertirlos; no por lo menos en el caso de gente tan terca como los irlandeses.

El Imperio Romano a comienzos del siglo V a. C.

Por todo el mundo romano el cristianismo había ido de la mano de la romanización. No se puede entender su propagación sin pensar en la romanización simultánea. Así como los pueblossometidos habían querido hacerse romanos, pronto comprendieron que querían ser cristianos también. Del siglo IV en adelante la instrucción cristiana

podía verse como un atajo para romanizarse, así como hasta hace poco en los Estados Unidos de América hacerse miembro de la Iglesia episcopal era una manera rápida de hacerse respetable. Tan pronto como el emperador le confirió al cristianismo un puesto de honor, la mayoría de los romanos no tuvieron el menor problema para interpretar tal signo y comprender así que hacerse miembros de la nueva iglesia redundaba en su beneficio. Ahora, si bien sería cínico y ahistórico concluir que las conversiones al cristianismo en el mundo antiguo tardío fueron el resultado exclusivo de un oportunismo político y social, también sería ingenuo pensar que el cristianismo se propagó como se propagó por el imperio gracias solo a su evidente superioridad espiritual. Con toda seguridad aquellos cristianos de los tres primeros siglos de nuestra era, para quienes adherir al cristianismo podía con mucha facilidad convertirse en su sentencia de muerte, fueron gente devota y excepcional. Pero, a partir de Constantino, la gran mayoría de los cristianos conversos eran personas bastante superficiales. A pesar de la enorme influencia de Agustín en la historia subsiguiente, el caso del distante, insulso y calculador Ausonio es mucho más típico del cristiano del imperio tardío que el concienzudo obispo de Hipona.

Patricio, incapaz de ofrecer mejoras materiales a los posibles conversos, se vio obligado a encontrar algún modo de conectar su mensaje a las preocupaciones más profundas de su grey. Se trataba de un reto frente al que nadie se había enfrentado desde aquellos primerizos días cuando el cristianismo era reciente y tanto las mujeres como los esclavos habían acudido en gran número a engrosar sus filas pensando en una forma de vida que elevaba su dignidad como seres humanos. Para poder redescubrir la increíble conexión que Patricio estableció entre las historias del Evangelio y la vida irlandesa, es menester hurgar en las profundidades de la conciencia colectiva de los irlandeses en esta peculiar coyuntura de su historia.

Digo su conciencia y quizá sea mejor y más importante decir su subconsciente ya que, si somos capaces de hacer una buena lectura de los sueños de un pueblo, allí encontraremos sus más profundos temores y sus más altas aspiraciones. Algo sabemos sobre los sueños de los irlandeses porque nos es posible reconstruir su mitología, en otras palabras, la historia de sus sueños colectivos, a partir de las leyendas orales (como el *Tain*) del período precristiano que más tarde se transcribieron y de los artefactos que han excavado los arqueólogos. Como ni las leyendas ni los artefactos nos pueden brindar la mitología entera, el cielo completo del sueño irlandés, debemos entonces leer este material como si se tratara de los fragmentos que componen un

gran papiro.

Afirmar que los dioses irlandeses no eran los más amigables del mundo sería un eufemismo. Es más, en efecto, son muy pocos los ídolos que se han desenterrado de túmulos y tremedales que no le provocasen las más horribles pesadillas a un niño y le pusiesen los pelos de punta a un adulto. Nada de Apolos y Afroditas de tersas pieles y proporciones justas por allí. Los hallazgos arqueológicos en los yacimientos celtas encontrados más allá de Irlanda solo sirven para subrayar la monstruosidad de su panteón, así como también lo hacen las pocas veces que aparecen los dioses en el *Tain.* Cuando, por ejemplo, los guerreros de Connacht acampan camino a Cuailnge, Dubthach, el druida, entona una profecía mientras los soldados proceden con su cena. La visión que evoca, aunque deliberadamente oscura, es la de una inminente batalla, una que terminara con «carne humana por doquier», una frase que poco bien podía hacerle a la digestión de las tropas. En tanto duermen, la diosa de la guerra, «Nemain, los asedia. No hallaron paz aquella noche, su sueño interrumpido por los gritos salvajes de Dubthach. Muchos de ellos se pusieron en marcha y buena parte del ejército permaneció consternado hasta que Medb vino y los tranquilizó».

Medb misma es una especie de diosa. Su nombre se relaciona con la palabra *mead* en inglés, una especie de guarapo de miel, y a su vez constituye una raíz en muchas de las lenguas indoeuropeas significando algo así como «aquella que embriaga»..., quizá justamente la manera como lograba sumir en el sueño a las tropas. Una ciega borrachera era el habitual preludio al sueño del guerrero.

La noche anterior a la última batalla entre Connacht y Ulster, una diosa siniestra que adoptaba muchas formas y conocida como la Morrigan habló «en la media luz que separaba a los dos campos», describiendo con sangriento detalle los horrores que traería la mañana. Aquella noche, dos diosas de la guerra, Nemain y Badb, «se dirigieron a los hombres de Irlanda cerca de los campos de Gairech e Irgairech y un centenar de soldados murieron de susto. Fue una mala noche para ellos», concluye el narrador con circunspecta mesura.

De modo que una oscura profecía podía ahuyentar el sueño que solo el mucho beber podía recuperar y un tenue crepitar en la penumbra o un grito en medio de la noche podía matar a cien hombres. Tras las bravuconadas de esta sociedad de guerreros, siempre blandiendo sus armas destructoras de cuerpos, retumba un tembloroso temor tan intenso que es capaz de matar. La consciente indiferencia ante la muerte que caracteriza a todos los héroes del *Tain* encubre un terror ante tan inconsciente que ninguna retórica pública

es capaz de borrar.

Patricio le ofreció a estos niños guerreros, en su persona, una alternativa viva: es posible ser valiente, esperar «todos los días..., ser asesinado, traicionado, esclavizado, lo que quiera que venga en mi camino» y aun así ser un hombre de paz y en paz, un hombre sin necesidad de espada y que no desea hacer daño, un hombre para el que el miedo agudo a la muerte ha sido mitigado. Él fue quien dijo: «No temo ninguna de estas cosas gracias a la promesa del cielo, porque me he puesto en las manos del Señor Todopoderoso». La paz de Patricio es genuina: emanaba de su ser como una fragancia. Y en una tierra húmeda y lluviosa en donde la gente vivía y dormía los unos cerca de los otros, cualquiera se hubiera percatado, tarde o temprano, de si el sueño de Patricio lo propiciaba la diosa de la embriaguez o era interrumpido por la diosa del terror. Patricio dormía a pierna suelta y sobrio.

Así como un abismo separaba el coraje consciente del terror inconsciente en la psique irlandesa, podemos discernir otras dualidades conscientes-inconscientes que nos dan claves excelentes para entender el verdadero temperamento de esta raza de, en apariencia, despreocupados guerreros. Piénsese, por ejemplo, en aquel fenómeno tan celta del cambio de formas, un efecto que los irlandeses parecieran dar por hecho tanto como nosotros damos por hecho la estructura molecular: así estaba constituido el mundo. El cambio de formas era la capacidad que un ser tenía para convertirse en otra cosa e iba mucho más allá del espasmo metamórfico que se desdoblaba. Ya vimos un espléndido ejemplo de tales transformaciones en la lírica fundacional de Amhairghin: primero es estuario, luego ola, luego el embate del mar, luego buey, luego halcón y así sucesivamente. Aunque quizá un lector contemporáneo pueda interpretar todo esto como una metáfora, los irlandeses creían en serio que los dioses, los druidas, los poetas y todos aquellos en contacto con el mundo de la magia podían, literalmente, cambiar de formas. En *El viaje de Bran, hijo de Febal, a la tierra de los vivos,* el brujo Tuan Mac Cairill le canta a su vida proteica:

> Halcón hoy, jabalí ayer,
> ¡hermosa fluctuación!...
> Fui entre piaras jabalí,
> aunque hoy esté entre bandadas de pájaros.
> Sé lo que será de todo esto:
> ¡mi forma cambiará una vez más!

Pero, sin importar qué le hubiera parecido a la imaginación irlandesa consciente esta maravillosa fluidez, ella tenía su lado oscuro

también ya que de manera subconsciente sugería que no seguía un patrón predecible, que la realidad era arbitraria e inconsistente. Esta peculiar visión del mundo conlleva una espantosa implicación personal: que mi yo no tiene identidad fija y que por tanto soy, como el resto de la realidad, esencialmente algo que fluye, esencialmente no esencial. Obvio que los irlandeses no tenían modo para expresarlo así. Se necesita la sensación de una identidad para poder quejarse de su ausencia. Con todo, esta a la vez maravillosa y horrible fluidez ronda todas y cada una de las frases de esta antigua literatura.

Sumado a esta manera de percibir la fluidez inestable de la realidad, iba la manera de entender el mundo como un lugar lleno de trampas ocultas, como un bosque lleno de encubiertas celadas mediante las cuales dioses cazadores atrapan pequeñas alimañas. En otra historia, *La destrucción del hostal de Da Derga,* el héroe, Conaire, cuyo padre ave-hombre era una de estas personas que cambia de forma, recibe la advertencia por parte de un ave que se transforma en un hombre para que no cace aves y se le presenta como «Nemglan, rey de las aves de su padre». Nemglan le dice a Conaire que debe viajar a Tara, ya que allí se hará rey, pero que durante su reinado:

> Las aves serán privilegiadas y deberás respetar siempre la siguiente norma: no debes en tu camino pasar por Tara a tu derecha ni por Bergia a tu izquierda: no debes cazar las bestias encorvadas de Cerna; y no debes alejarte nunca de Tara por más de nueve noches; y no pasarás la noche en una casa desde la que se vea la lumbre del fuego después del ocaso y que alcances a ver desde fuera lo que hay dentro; y no deben entrar antes que ti tres hombres pelirrojos en casa de otro pelirrojo y así no habrá saqueos durante tu reinado; la visita de una mujer a tu casa no debe ocurrir una vez puesto el sol y no debes resolver una disputa entre dos de tus súbditos.

En pocas palabras, el reino de Conaire está condenado porque no hay modo de que pueda respetar con éxito tal cantidad de tabúes. En efecto, fuerzas hostiles se encargaron de que se violaran todos y cada uno de ellos precipitando la inevitable caída de Conaire.

No existe un solo héroe en la antigua literatura irlandesa que no termine por ser presa de este o aquel tabú... *geis,* los irlandeses lo llaman (*gessa* en plural), una palabra que tal vez pueda traducirse como «cumplimiento» u «observancia». Dichas observancias de la edad de hierro nos son conocidas gracias a los explosivos y trampas que abundan en la mitología griega: el tendón de Aquiles, su único punto vulnerable, termina por acarrearle funestas consecuencias; las profecías sobre el destino de Edipo –quien mataría a su padre y se acostaría con su madre– terminan siendo ineludibles a pesar de que hizo todo lo posible por evitarlas. Pero en las leyendas irlandesas es

como si hubiera una trampa detrás de cualquier cruce de caminos y dioses embaucadores al acecho detrás de cada árbol. En semejante mundo, donde nadie podría evitar la desgracia por mucho tiempo, la elección del joven Cuchulainn por una vida corta y una fama eterna es perfectamente razonable. Una vez más la cara de palo del *Galo moribundo* parece mirarnos.

Patricio era capaz, con su imaginación, de ponerse en la situación de los irlandeses. Para él, tanto como para ellos, el mundo es un lugar lleno de magia. Es posible invocar a los elementos, las luces del cielo, las olas del mar, las aves y los animales y todos ellos vendrán en nuestra ayuda tal y como ocurre en el conjuro de «La coraza del pecho». La diferencia entre la magia de Patricio y la de los druidas es que en el mundo de Patricio todas las criaturas y los sucesos provienen de la mano de un buen Dios que ama a los hombres y que desea su éxito. Pero tal éxito es de naturaleza escatológica, de aquí que no excluya el sufrimiento. Es más, toda la naturaleza, todo el universo creado conspira para bien de la humanidad, enseña, socorre, salva.

Patricio podía hablar con convicción sobre estas cosas. Podía asegurar que todo sufrimiento, sin importar qué tan triste y desesperado, llegaría a su fin y probaría que había valido la pena. Podía insistir en que, al final, todos escucharíamos las siguientes palabras: «Tu hambre será saciada: vas camino de casa. Mira, la nave espera». Podía hablar convincentemente de la superabundancia de su Dios que, en respuesta a la oración humilde, alimenta a su rebaño perdido con maná del cielo y a una tripulación de marinos perdidos y hambrientos con una piara de cerdos de carne y hueso. Para Patricio, así como para Gerard Manley Hopkins el poeta místico del siglo XIX, también profundamente influido por la sensibilidad celta.

> El mundo está pleno de la grandeza de Dios.
> Refulgirá como un florete sacudido

como también refulgen los agraciados pajaritos y encantadores animales complejos que abundan en la orfebrería celta.

La clave que explica la confianza de Patricio, una suerte de confianza sólida y resonante sobre la que se puede construir una civilización, una confianza sin ambages de la que no se tenía noticia desde las edades de oro de Grecia y Roma, descansa justamente en la fe que Patricio tiene en «el Creador de la Creación», frase con la que se abre y cierra «La coraza del pecho». Nuestro Padre que está en los cielos, creador de todas las cosas, incluso aquellas que han torcido o dañado su camino, nos librará a nosotros, sus hijos, de todo mal. Pero

nuestro Padre no solo está allá en el remoto cielo, sino que vive entre nosotros. Porque Él creó todo su Verbo, que estaba con él en el comienzo, que encarnó en Jesús hombre y brilla en todas sus criaturas:

> Veo su sangre sobre la rosa
> y en las estrellas la gloria de sus ojos.
> Su cuerpo reluce en las nieves perpetuas.
> Su llanto cae de los cielos.
> Veo su rostro en cada flor;
> los truenos y el canto de las aves.
> Son su voz, y esculpidas con su fuerza
> Su palabra está escrita en las rocas.
> Sus pies han hollado todos los caminos.
> Su fuerte corazón agita el incesante mar.
> Su corona de espinas se envuelve en cada espina, cada árbol es su Cruz.

Así, este mundo mágico, aunque lleno de aventura y sorpresa, ya no está lleno de horror. Al contrario, Cristo ha pisado antes todos los caminos pisados por nosotros y en todo cruce de caminos y en todo árbol habla la Plabra de Dios. Solo debemos guardar silencio y escuchar, como Patricio aprendió a hacerlo durante los prolongados silencios de su «noviciado» como pastor en las colinas de Sliabh Mis.

Este percibir el mundo como algo sagrado, como El Libro de Dios –como un misterio que sana, atiborrado de mensajes divinos– jamás hubiera podido surgir de una civilización grecorromana tejida con el profundo pesimismo de la Antigüedad clásica y su platónica sospecha de que el cuerpo era impuro y el mundo un lugar desprovisto de significado. Ni siquiera Agustín, cuya síntesis de las actitudes paganas y cristianas tal vez sea la más asombrosa creación filosófica realizada durante los primeros cinco siglos del cristianismo, se acerca a la originalidad de Patricio. Cierto, las teorías de Agustín sobre el pecado obsesionarán a la Edad Media y aún hoy alcanzamos a sentir sus sombras. Pero es sobre el espíritu de celebración que se expresa en «La coraza del pecho» de donde surgirá el arte y la poesía que caracteriza al mundo occidental, a saber, el enorme poder simbólico de la liturgia medieval, los ángeles sonrientes del arte gótico, los diablos risibles, la dulzura de poetas como Francisco de Asís (cuyo «Canto al Sol» podría confundirse con un poema celta), como Dante (quien hablara del «amor que mueve al Sol y los otros astros»), y como Chaucer (cuyo «Creador de toda criatura» casi parece un verso tomado de «La coraza»). Y este espíritu no murió con la Edad Media, ya que sigue siendo un hilo conductor de la tradición poética británica e irlandesa hasta nuestros días, desde las amables visiones de George Herbert y Thomas Traherne hasta los éxtasis exaltados de Gerard Manley

Hopkins, desde el misticismo de Joseph Plunkett, quien escribiera el verso «Veo su sangre sobre la rosa» no en el siglo V sino en el XX2, hasta el druidismo cristiano de Seamus Heaney, quien hasta el día de hoy sigue tallando poemas que podrían incluso frenar en seco a la misma Derdriu.

En esta tradición se le tiene confianza a los objetos que se perciben como señales de Dios. Pero aun así, también en ella está implícito un deleite sensual con los esplendores de la creación con el que los cristianos romanos no se hubieran sentido nada a gusto. Me parece muy probable que si Agustín hubiera tenido la oportunidad de leer «La coraza del pecho», algo le hubiera olido a herejía. Aun en la *Confesión* y la *Carta,* que nadie duda fueron escritas por el puño y letra de Patricio, hay algunos énfasis y omisiones que hubieran puesto a Agustín muy nervioso. En la historia de Patricio, por ejemplo, ¿acaso se ve algún comentario en el que se traten de modo despectivo las tentaciones de la carne? Fuera de aquel ambiguo incidente en el que los marineros le ofrecen las tetillas para que Patricio las bese, los únicos otros pasajes en los que pueda decirse que se acerca de algún modo al asunto de la sexualidad son aquellos en los que Patricio toma nota de las «más hermosas» princesas irlandesas a las que bautiza y el horror que le produce el que sus conversas hayan podido terminar convertidas en esclavas sexuales de los soldados de Coroticus. Patricio guarda tanto silencio sobre la sexualidad como lo guardan los Evangelios.

Es posible que simplemente, en su afán por bautizar –limpiar– la imaginación irlandesa, la obsesión de Patricio respecto al sexo fuera menos intensa que la de sus hermanos en la Europa continental y que por tanto no viera la necesidad de poner énfasis en el tema. Previa a su trabajo misionero, los arreglos sexuales en Irlanda eran relativamente improvisados. «Matrimonios» de prueba por un año, parejas múltiples y relaciones homosexuales entre las tropas en campaña estaban a la orden del día. A pesar del éxito rotundo de Patricio en lo que atañe a las costumbres guerreras de las tribus irlandesas, no se puede decir que sus costumbres sexuales hubiesen cambiado mayor cosa. Incluso los monasterios que fundó no eran particularmente reconocidos por una rígida devoción a la práctica de la castidad. Para finales del siglo XII, nos informa Geraldus Cambrensis, los reyes del clan Conail continuaban celebrando sus investiduras al gran estilo de sus antepasados realizando una cópula pública con una yegua blanca.

Nada de esto debe sorprendernos si asumimos que fueron varios los aspectos característicos de la cultura irlandesa que Patricio se

había tomado a pecho y sobre los cuales quiso construir su nuevo cristianismo. Entre estos aspectos habría que incluir el coraje irlandés que Patricio admiraba sobremanera, pero aun más debió impresionarlo (para bien) su misticismo natural que de antemano decía que el mundo era un lugar sagrado, todo el mundo, no solo partes de él. Fue esta última robusta intuición sobre la que Patricio organizó la coreografía de esa danza sagrada que fue la vida sacramental de los irlandeses, unos sacramentos que no se limitaban a los actos simbólicos de la liturgia de la Iglesia, sino que se abrían a todo el universo creado. Todo era sagrado, incluso el cuerpo.

La aventura de Patricio en el mundo onírico de los irlandeses debió llegar a un punto crítico en el momento en el que se enfrentó, cara a cara, con un fenómeno: el sacrificio humano. Todos los pueblos en su infancia han sacrificado seres humanos. Baste recordar el sacrificio que le ofrece Agamenón a la iracunda Artemisa: su bien más preciado, la niña de sus ojos literalmente, su hija Ifigenia. Claro que se trata en este caso de una historia de la edad de hierro griega, algo que hubiera sido tan extraño en el universo romanizado en el que vivió Patricio como para nosotros pueden ser las ejecuciones públicas. Hoy por hoy, nos tocaría hacer mucho esfuerzo para detectar cualquier elemento latente detrás del cual esté implícito un sacrificio –cortar flores, los árboles de Navidad, las velas encendidas durante una vigilia y tal vez la misa sean los últimos vestigios de sacrificio ritual–, pero en el mundo romano el sacrificio de animales todavía era común. Se trataba del sacrificio de animales muy similares a los que se describen en las antiguas escrituras judías y que todavía se practicaban en el templo; en tanto Jesús padecía su Calvario, la sangre tierna de unos corderos oscurece el río que cruzaba la ciudad de Jerusalén.

Todo parece indicar que se llega a un punto en el desarrollo de todas las culturas en el que el sacrificio humano se hace impensable y a partir del cual el sacrificio animal sustituye al humano. Es probable que la historia de Isaac en el Génesis constituya uno de esos puntos en la historia judaica, cuando el Dios de Abraham le dice que no es necesario sacrificar a su único hijo y que puede cambiarlo por un carnero. De cualquier modo, lo que es cierto es que los irlandeses no habían llegado a este punto y todavía les ofrecían sacrificios humanos a sus dioses para cuando Patricio comenzaba su trabajo misionero. Sacrificaban prisioneros de guerra a los dioses de la guerra y criaturas recién nacidas a los dioses de las cosechas. Como creían que la cabeza humana era el asiento del alma, orgullosamente exhibían las cabezas de sus enemigos en los templos y en las empalizadas. Incluso llegaban a colgárselas de sus cinturones como adorno o a utilizarlas como

balones de fútbol cuando celebraban una victoria, y eran muy dados a utilizar las tapas de los cráneos como cuencos para beber en algunas ceremonias. También esculpían cabezas, algunas reducidas y decapitadas y otras enormes de impasibles y autoritarios dioses. Un motivo favorito era la cabeza de un dios de tres caras, el tres era su número mágico y con frecuencia los dioses y las diosas se manifestaban en ternas.

¿Por qué hacemos estas cosas los seres humanos? No es difícil encontrar el mecanismo psicológico que opera detrás del fenómeno ya que es muy probable que no exista un solo lector, ni siquiera el más furibundo ateo, que no haya ofrecido de vez en cuando una oración a cambio de una retribución: si paso el examen, vuelvo a misa; si haces que mi mujer no se entere de mi infidelidad, la próxima prima la dono a una caridad. La teología, la visión de dios que está detras de estas peticiones, es la de un timador arbitrario, la de un mal padre que por tanto se puede persuadir, adular y manipular. Si la creencia en un dios así es lo suficientemente fuerte y primitiva, es fácil ver cómo se llega al sacrificio humano: *¡Mira, te lo ofrezco, tómalo a él y no a mí!* La divinidad impasible exige la sangre de alguien. *¡Que no sea la mía!* A veces llego a creer que algunos de los crímenes que nos parecen más inexplicables, los asesinatos en serie, la pequeña criatura asesinada por otros dos niños en Liverpool, podrían explicarse gracias a este impulso prehistórico. Con toda seguridad los más atroces crímenes de guerra, como las sangrientas tragedias que hoy se propician en Bosnia y Ruanda, son la respuesta humana que obedece a este impulso subterráneo. Ahora, si observamos los rostros de los dioses celtas, ya no podemos albergar la menor duda de que solo con sangre se podían aplacar.

Sin embargo, nos estaríamos engañando respecto a la compleja historia del sentimiento religioso si pensamos que todo sacrificio, incluido el humano, se puede reducir a este motivo primario. A lo largo de la historia distintas civilizaciones han llegado a hacerse muy distintas reflexiones. Por ejemplo, los griegos pensaban que el cosmos era eterno mientras que nosotros sospechamos que tuvo un comienzo. A los patriarcas judíos jamás se les ocurrió pensar en un alma, cosa que para los griegos era fundamental en su modo de pensar. Pero, contrario al pensamiento humano, el *sentimiento* humano, como su cuerpo, no ha cambiado para nada. Lo que quiera que sintieran los irlandeses, hoy lo sentimos nosotros. A pesar de todo el horror que suscitase el cosmos celta y la sed de sangre de sus dioses, ninguna sociedad humana podría sostenerse durante mucho tiempo si entendiese la noción de sacrificio siguiendo la línea que sigue la tribu

salvaje en *King Kong,* donde le ofrecen aterrorizadas bellezas a la Bestia.

Esta caricatura es desmentida por la evidencia más concreta que hasta ahora hemos encontrado en lo que concierne al sacrificio humano: los cuerpos prehistóricos del hombre de Tolland, el de Grauballe y el de Borremose, excavados en la década de los cincuenta en Dinamarca, y el aún más intrigante y reciente descubrimiento realizado en un tremedal en Inglaterra. Es probable que los cuerpos daneses sean celtas; el inglés, un hombre descubierto en 1984 y que exhumaron en una turbera en Lindow Moss, una turbera antigua al sur de Manchester, es celta con seguridad y quizá también irlandés. El increíble estado de preservación en el que se encontraron todos estos cuerpos se debe a las propiedades químicas de la turba que curtió las pieles casi sin daño, de modo que es posible apreciar hasta el último detalle físico, incluso las arrugas alrededor de los ojos, como si estuviesen vivos. Todos estos cuerpos fueron sacrificados y todos sus rostros están en paz. En otras palabras, todos partieron voluntariamente al otro mundo, casi diríase que aceptaron con alegría su sacrificio ritual, como Isaac, confiando hasta el final en la bondad del sacerdote que practicaba el sacrificio y, quizá más importante, en la bondad última de su dios padre.

Como la religión en nuestros días, el impulso religioso irlandés debió manifestarse de dos maneras distintas. Aquellos, religiosamente hablando, más primitivos, estarían muy contentos ofreciendo otros seres como sacrificio a unos dioses que concebían horribles y voraces, la proyección de sus propias y retorcidas psiques y modos de vida. Todavía los vemos por ahí en aquellas personas religiosas que de la manera más rígica anteponen los principios a la gente y cuyos iconos (hablando de la cristiandad) probablemente son sosas madonas desprovistas de senos o Cristos nórdicos de ojos vidriosos. En el otro extremo está la gente como el Hombre de Lindow, que voluntariamente muere por su pueblo. Entre los dos extremos, diría yo, estaría la gran mayoría de irlandeses devotos a veces dejando que sus instintos más primarios prevalezcan y a veces inspirados por los ideales más nobles que ofrece su religión.

Que el Hombre de Lindow fue sacrificado es casi absolutamente seguro. No tiene callos en las manos, las uñas las tiene bellamente arregladas, de modo que se trata de un aristócrata, aunque, curiosamente, no pudo haber sido un guerrero porque su cuerpo no muestra la menor cicatriz de una herida de guerra. Es más, si se hacen a un lado las marcas que dejaron su elaborada ejecución, no parece tener ninguna mácula. De acuerdo con los arqueólogos británicos

Anne Ross y Don Robins, se trataba de un príncipe druida venido de Irlanda cerca del año 60 de nuestra era, justo cuando los romanos afianzaban su dominio y expurgaban el druidismo. Se ofreció como sacrificio a sus dioses para derrotar a los romanos. Ross y Robin creen incluso saber su nombre, Lovernius, el hombre zorro. En efecto, tenía una cabellera roja oscura y barbas abundantes (como un druida, distinto al guerrero de profusos bigotes) y llevaba en su brazo izquierdo un brazalete de piel de zorro, único adorno de su cuerpo desnudo.

El aparato digestivo de estas víctimas propiciatorias ha sido examinado para ver qué nos puede decir su última comida respecto a su circunstancia. En el caso de los cuerpos daneses las tres últimas cenas fueron un popurrí espantoso de granos mezclados con muchísimas yerbas apenas comestibles, una especie de cereal prehistórico vomitivo. La conclusión más obvia para que esta cena fuese así, es que los pueblos a los que pertenecían los daneses pasaban por una época de hambruna y, próximos a la inanición, hacían rendir su menguada provisión de cereal mezclándolo con cualquier cosa que cumpliera ese propósito. Es fácil comprender la disponibilidad de la víctima a ofrecer su vida a la diosa de la tierra para que ella se digne alimentar a su familia.

Pero el irlandés Lovernius es harina de otro costal. En su esófago se encontraron apenas unos trozos de una masa ennegrecida, una última cena más bien extraña. Sin embargo, Ross y Robins nos recuerdan que un pedazo de pan ácimo chamuscado ha sido entre las comunidades celtas desde hace mucho tiempo un signo de una víctima propiciatoria. Todavía en este siglo los niños en algunos remotos villorios escoceses se reunían en los páramos el primero de mayo, antigua fiesta de Beltaine, encendían una fogata y se repartían una torta en pedazos iguales entre todos los participantes. «Tiznaban con carbón vegetal uno de los trozos hasta que quedase completamente negro y los colocaban todos dentro de un sombrero. Luego, vendados, procedían a sacar cada uno un pedazo. Quienquiera que sacase el pedazo negro era designado como el *devoto* y se procedía a sacrificarlo de modo simbólico en ofrenda a Baal (el dios cuya fiesta se celebraba el día de Beltaine). Este tenía que saltar tres veces por encima de las llamas.» Es fácil imaginar que alguna vez tal sacrificio no fue simbólico en modo alguno.

La prueba más terminante de que los cuerpos exhumados fueron sacrificados es la historia que los mismos cuerpos nos cuentan sobre cómo murieron. Cada uno de ellos se sometió, desnudo, a una triple muerte ritual. En el caso del Hombre de Lindow, por ejemplo, el

cráneo le fue achatado con tres golpes de hacha, el cuello lo agarrotaron con un rejo de tres nudos y fue luego rápidamente desangrado con un corte preciso realizado en la yugular. He ahí una antigua víctima propiciatoria, una ofrenda realizada en la más profunda humana necesidad. Sin mácula, criado para morir, probablemente primogénito, aislado, regalado para el dios, alimento para el dios, bálsamo para el pueblo, purificación, el que todo lo repara: los pecados conocidos y desconocidos, de intención o de omisión. He aquí el cordero de dios, he aquí el que quita todos los pecados.

Patricio declaró que tales sacrificios ya no eran necesarios. Cristo murió una vez por todos nosotros. Apostaría a que citaba a Pablo, su modelo, quien en su epístola a los filipenses recitara el siguiente misterioso poema sobre el sacrificio, el himno cristiano más antiguo del que se tenga registro:

> El cual, siendo de condición divina,
> no retuvo ávidamente
> el ser igual a Dios.
>
> Sino que se despojó de sí mismo
> tomando condición de siervo
> haciéndose semejante a los hombres.
> Y se humilló a sí mismo,
> obedeciendo hasta la muerte
> y muerte de cruz.
>
> Por lo cual Dios le exaltó
> y le otorgó el Nombre,
> que está sobre todo nombre.
>
> Para que al nombre de Jesús
> toda rodilla se doble
> en los cielos, en la tierra y en los abismos,
> y toda lengua confiese
> que Cristo Jesús es SEÑOR
> para Gloria de Dios Padre.

Sí, habrán dicho los irlandeses, he ahí una historia que responde a vuestras más profundas necesidades y lo hace tan bien que nosotros mismos no hubiéramos podido siquiera soñarlo. Podemos abandonar nuestros cuchillos y nuestros altares. Ya no los necesitamos. El Dios de los Tres Rostros nos ha entregado a su propio Hijo y la sangre de este cordero nos ha purificado. Dios no nos odia, nos ama. No hay amor más grande que aquel del hombre que entrega su vida por sus amigos. Eso es lo que la Palabra de Dios, hecha carne, hizo por nosotros. De

ahora en adelante todos somos sacrificados pero sin derramar sangre. Este Dios quiere nuestras vidas, no nuestras muertes. Con todo, *seremos* sacrificados ya que Pablo le suma a su himno el siguiente consejo para todos: «Y la paz de Dios... custodiará vuestros corazones y vuestros pensamientos en Cristo Jesús».

Los celtas nos han dejado dos copones, quizá los dos más famosos copones de toda la historia, que de modo maravilloso revelan la historia de la transformación que sufrió la imaginación irlandesa en lo que va de sus inciertos orígenes paganos a su paz bautismal. El primero es el caldero de Gundestrup, encontrado en un pantano danés donde fue arrojado como ofrenda piadosa por algún devoto celta uno o dos siglos antes de Cristo. Sabemos que se trataba de una ofrenda porque estaba recién fraguado y, fiel a la costumbre celta, fue roto en pedazos antes de ser ofrecido: no hubo jamás la menor intención de darle un uso normal, humano. (Todos los objetos de los sacrificios, incluso el pan de la comunión, deben hacerse a un lado o ser todos de algún modo, deben ser consumidos o transformados para que sean auténticos. Esto hace parte de la «lógica» ritual del sacrificio.) El caldero es una impresionante obra de orfebrería, su superficie cubierta de vitales dioses y guerreros. En una de sus franjas se representa un gigantesco dios-cocinero echando estremecidos seres humanos en una cuba como si fueran langostas. Otra, sin embargo, muestra un dios armado de cuernos –una figura con frecuencia conocida como Cernunnos, una divinidad que se ha encontrado representada en monedas desde la India hasta las Islas Británicas–, un dios de las bestias rodeado de cabras, venados, serpientes, delfines y otros miembros del reino animal, así como de trifolios de plantas y flores. De modo que aquí tenemos, en contraste con la violencia de los guerreros y de los dioses carnívoros y caníbales, una especie de san Francisco prehistórico gobernando su apacible reino. La imagen casi que alcanza a constituirse en un puente entre los iracundos dioses celtas, que exigían sacrificios, y el Dios cristiano que se ofrece a sí mismo.

El otro receptáculo es el Cáliz de Ardagh, encontrado en un campo en Limerick y que data de finales del siglo VII o comienzos del VIII, cerca de la misma época en la que «La coraza» alcanza su forma actual. Se trata de una extraordinaria pieza de orfebrería de la alta Edad Media, a la vez bárbara y refinada, sólida y etérea, audaz y contenida. Al igual que el Caldero se forjó con un propósito ritual, pero con un mensaje más feliz respecto al sacrificio y dedicado a un Dios que ya no pide que lo alimentemos para así hacernos uno con la divinidad. La transacción se ha invertido: él se ofrece a nosotros como

alimento espiritual. En esta nueva «economía», nosotros somos los que bebemos la Sangre de Dios y todos nos hacemos uno compartiendo la misma copa, el único destino. El caldero de plata se realizó en acción de gracias por algún gran favor recibido: no pretendía ser visto por ojos humanos porque se fabricó para gusto y placer exclusivo del dios del pantano. El cáliz de plata, en cambio, pretendía dar alegría y refrescar a los seres humanos que vaciaran su contenido místico. Su elegante equilibrio, sus delicadas filigranas en oro, sus esmaltes en azul y grana invitan desde lejos. Al acercarse al cáliz, el comulgante podía apreciar mejor el sutil trabajo humano con el que habría sido elaborado. Al llevarlo a sus labios lo sorprendería ver, grabados en un franja debajo de las asas, los nombres casi invisibles de los doce apóstoles. Mientras bebía el vino, durante la comunión, la persona levantaría el cáliz exponiendo su base brevemente hacia el cielo y allí reside uno de sus rasgos más estremecedores: la intrincada superficie inferior de la base diseñada para ser vista solo por Dios. Este secreto placer conecta el cáliz al caldero y a todos los ancestros paganos de los irlandeses. Solo que el acto pagano de dar placer al dios ahora lo ha absorbido del todo una nueva imaginación y todo lo que a ella le sigue. El orfebre sigue siendo un «artesano», un poeta o un druida, pero ya no uno de aquellos frente a cuyos poderes y artes malignos Patricio se tenía que proteger:

> Contra las artes de la idolatría
> Contra hechizos de brujas y artesanos y magos
> Contra todo conocimiento que corrompe la carne y el alma humanos.

El placer de Dios y el del hombre ahora son uno y el mismo, y la tierra está atravesada por destellos del cielo y el cáliz se ha convertido así en las gracias que ofrece el druida artesano cristiano, su *deo gratias*.

Así se hicieron cristianos en Irlanda.

Notas al pie

1 La frase «ha tolerado a los violentos» le fascinó a la narradora irlandés-americana Flannery O'Connor, quien la utilizó como título para una de sus novelas. El apellido O'Connor la emparenta con una familia real irlandesa que desciende de Conchobor (se pronuncia «Connor»), el rey prehistórico del Ulster, padrastro de Cuchulainn y «esposo» de la reticente Derdriu. En el mundo occidental, la antigüedad de los linajes irlandeses solo es superada por la de los judíos.

2 Plunkett, un poeta visionario miembro de una familia que pertenecía a la nobleza irlandesa y descendiente por línea materna del mártir isabelino y arzobispo de Armagh, Oliver Plunkett, fue ejecutado por los británicos en 1916 por el papel

que desempeñó en la llamada Easter Rising, una de las revueltas sangrientas que finalmente culminan con la independencia de Irlanda en 1922. Otra poetisa muy distinta, Edith Sitwell, escribió un poema equiparable más tarde en el siglo, «Still Falls de Rain» [Sigue cayendo la lluvia], en el que imagina una lluvia incesante durante un bombardeo aéreo en 1940 como una bendición de Cristo.

VI

Lo que se encontró

De cómo los irlandeses salvaron la civilización

Patricio fue un hombre obstinado y endurecido que no encontró el propósito de su vida hasta haber vivido la mitad de ella. Tenía un genio que podía enardecerse peligrosamente dondequiera que percibiese una injusticia, no ejercida contra él sino contra otros, en particular si se trataba de una persona indefensa. Pero era depositario de esa alegría y buen humor que con frecuenca tiene la gente humilde. Gozaba con este mundo y con la variedad de seres humanos que en él habitan... y no se tomaba las cosas muy en serio. Era, en espíritu, irlandés. «Egoísmo extremo y seriedad absoluta son condición *sine qua non* para realizar grandes cosas y ambas les cuestan mucho trabajo a los irlandeses. En algún momento el instinto de ver la vida con un lente cómico se hace irresistible y la ambición se rinde ante ese impulso.» Este perspicaz comentario de William V. Shannon, si se lo aplicamos a Patricio, arroja una luz peculiar sobre su personalidad e incluso llega a dar una idea de por qué sus logros efectivos han permanecido en la oscuridad para la historia. Y también aumenta la distancia entre Patricio y su confesor y obispo colega, el obseso Agustín.

La relación entre Patricio y el pueblo adoptado es algo que fascina contemplar. En la acalorada atmósfera cultural irlandesa eran muy naturales las actitudes místicas frente al mundo, cosa que jamás ocurrió en el universo más frío, más racional, romano. A pesar de su oscuridad pagana y la cambiante insustancialidad, el ambiente irlandés resultó ser uno más propicio para el joven pastor poco educado a quien Dios le hablaba personalmente. Su hogar original en la Britania romana se le convirtió en un lugar extraño. Y los irlandeses le dieron a Patricio algo más que un hogar: le dieron un papel que desempeñar, un sentido a su vida, ya que solo este antiguo esclavo

poseía el instinto indicado para impartir entre ellos una nueva historia, una que le diera sentido a sus antiguas historias y que les trajese una paz que no habían conocido.

Lo que Patricio le obsequió a los irlandeses fue su cristianismo: el primer cristianismo desromanizado en la historia de la humanidad, un cristianismo sin el lastre sociopolítico del mundo grecorromano, un cristianismo que se fusionó integralmente a la escena irlandesa. Con el Edicto de Milán, que legitimaba la nueva religión en el año 313 y la convertía en la nueva mascota del emperador, el cristianismo había sido aceptado por Roma y no al revés. El intercambio afectó muy poco a la cultura romana y casi pudiera decirse que el cristianismo perdió buena parte de lo que lo hacía característico. Sin embargo, con el intercambio que se realiza a través de Patricio, Irlanda, que no poseía ni el poder ni la implacable tradición de Roma, fue recibida en el seno del cristianismo, y al hacerlo Irlanda se transformó en algo nuevo, algo nunca antes visto: una cultura cristiana en donde la esclavitud y el sacrificio humano se hicieron impensables y donde la guerra, aunque imposible de erradicar del todo, disminuyó considerablemente. Los irlandeses, de cualquier modo, amaban demasiado el combate físico como para que las guerras intertribales desaparecieran del todo. Aun así, nuevas leyes inspiradas en normas de los Evangelios redujeron significativamente tales conflictos, exigiendo que se fueran a las armas solo por causas de peso. Irlanda no volvería a ver batallas de la magnitud del *Tain* hasta cuando Brian Boru derrote de manera aplastante a los vikingos en el siglo XI.

Aunque estos niños guerreros tan caros al corazón de Patricio depusieran sus espadas de guerra, aunque hubiesen arrojado lejos los cuchillos del sacrificio y hubieran hecho a un lado las cadenas de la esclavitud, siguieron siendo hombres y mujeres irlandeses. Es más, que haya sobrevivido una identidad psicológica irlandesa es una de las maravillas de su historia. Distinto a lo que hicieron los padres de la Iglesia en el continente europeo, los irlandeses no se preocuparon demasiado por erradicar la influencia pagana a la que le hacían guiños de ojo y con la que además disfrutaban. Los festivales paganos se siguieron celebrando y es por eso que hoy en día todavía es posible celebrar en Irlanda el primero de mayo y el Halloween[1]. Existe un pueblo en Kerry donde aún se celebra en agosto un festival de la fertilidad, ceremonia en la que un macho cabrío preside como Cernunnos durante tres días y tres noches y en donde beber como en una bacanal, bailar con desenfreno y todo tipo de indiscreciones eróticas son la principal diversión. Es justamente esta mezcla de lo pagano y lo cristiano, tan característica de Irlanda, la que constituye el

tema de esa magnífica pieza de teatro, *Dancing at Lughnasa,* de Brian Friel, en donde Lughnasa es la fiesta de la cosecha en honor al dios Lug, que todavía se celebra el primero de agosto en algunas partes del Ulster. Las costumbres matrimoniales irlandesas permanecieron lo menos romanas del mundo. Todavía en el siglo XII, siete siglos después de la conversión de Irlanda al Evangelio, el marido o la esposa podían cancelar el asunto para siempre el primero de febrero, día de la fiesta de Imbolc, lo que significaba que los matrimonios irlandeses se renovaban cada año, como la suscrición a una revista o una póliza de seguros. Apenas en el siglo pasado, hombres desnudos (y, hasta donde se sabe, también mujeres) hacían unas carreras montados a pelo sobre sus caballos a lo largo de las playas en Clare, galopando sobre las olas cuando subía la marea y dándole al mundo una imagen de lo que bien pudieron haber sido sus ancestros guerreros. Sin embargo, después de Patricio, los dioses más malignos se encogieron en tamaño hasta convertirse, en efecto, en las cómicas gárgolas que poblaron la imaginación medieval, observando atemorizadas desde sus indignos recovecos a la vez que se extendía la creencia de que una cosa que el diablo no soporta es la risa.

Edmundo Campion, el jesuita del período isabelino, mártir del Tyburn en 1581, nos ha dejado una descripción de los irlandeses que puede ser verdad aún hoy:

> La disposición de esta gente es así: religiosos, francos, amorosos, coléricos, capaces de soportar infinitas penas, gloriosos, muchos de ellos brujos, excelentes jinetes, fascinados por la guerra, generosos en sus limosnas, insuperables en su hospitalidad... Tienen mucha chispa, aman el conocimiento, son capaces de entregarse a cualquier estudio por el que tengan alguna inclinación, constantes en el trabajo, aventureros, incorregibles, buenos de corazón, mudos en el dolor.

Es posible ver detrás de este retrato colectivo isabelino no solo a los irlandeses de nuestro tiempo, sino también a los vivos fantasmas de los irlandeses de hace mucho tiempo: a Ailil, Medb, Cuchulainn, Derdriu y, de algún modo, al mismo Patricio. Tenga o no razón Freud cuando refunfuñó exasperado que los irlandeses eran el único pueblo al que el psicoanálisis no le serviría de nada, hay una cosa que no se puede negar: los irlandeses nunca van a cambiar.

Tal vez el único elemento en la descripción de Campion que quizá no asociemos de modo inmediato con los personajes del *Tain* sea aquella referencia al estudio y la academia: «aman el conocimiento, capaces de entregarse a cualquier estudio por el que tengan alguna inclinación». Esto es así porque fue precisamente la cristiana misión

de Patricio la que hizo posible que floreciera una academia en Irlanda. Patricio, el romano a medias, comprendió que si bien el cristianismo no estaba inextricablemente ligado a las costumbres romanas, este no sobreviviría sin la alfabetización romana. Así, los primeros cristianos irlandeses fueron también los primeros irlandeses alfabetizados, cultos.

Irlanda constituye un ejemplo único en la historia de las religiones en tanto que fue la única tierra en la que se introdujo el cristianismo sin derramamiento de sangre. No existen mártires irlandeses (por lo menos no hasta que Isabel I empezara a crearlos once siglos después de Patricio). Esta ausencia de mártires les preocupaba, si se tiene en cuenta que para ellos una muerte violenta y gloriosa era una salida final estimulante. Si toda Irlanda hubiese recibido el cristianismo sin presentar una pelea, a los irlandeses les hubiera tocado inventarse una nueva forma de martirio, algo aun más interesante que las maravillosas y truculentas historias que habían venido conociendo en las colecciones sencillas, venidas del continente y llamadas los martirologios, por medio de los cuales Patricio y sus sucesores les enseñaron a leer.

Los irlandeses de finales del siglo V y comienzos del VI pronto encontraron una solución y la denominaron el martirio verde, que se contraponía al martirio rojo, más convencional y salpicado de sangre. Los mártires verdes eran aquellos que, dejando atrás las comodidades y placeres de la vida humana en sociedad, se retiraban a los bosques, o a una alta montaña, o a una isla desierta, alguna de esas verdes tierras de nadie, ubicadas fuera de toda jurisdicción tribal, a estudiar las escrituras y a entrar en comunión con Dios. Entre las colecciones de historias que Patricio les entregó, ellos se toparon con el ejemplo de los anacoretas del desierto egipcio, a quienes también les hacía falta el rito purificador de ser perseguidos y que se habían inventado una nueva forma de santidad viviendo solitarios en ermitas aisladas haciéndole frente a toda suerte de adversidades físicas y psicológicas, imponiéndose los más heroicos ayunos y penitencias, todo con el propósito de acercarse a Dios.

Existe un encantador poema en irlandés que se le atribuye a uno de los conversos de Patricio, san Manchan de Offaly, en el que es posible rastrear la historia de estos mártires verdes. En él, el futuro mártir enumera sus modestas necesidades, la primera de ellas una ermita solitaria:

> Concédeme dulce Cristo la gracia para encontrar
> ¡Hijo del Dios vivo!
> una pequeña choza en un lugar solitario

Para hacer de ella mi morada.

Pero el santo recluso no pretende amurallarse lejos del sagrado intercambio con sus congéneros humanos. Aunque un tanto lejos del camino, aun allí todavía le es posible a aquellos dispuestos a caminar una milla de más, ir a su lugar en busca de inspiración, instrucción y bautizo. Así, la segunda estrofa nos cuenta su segunda petición:

Un pozo pequeño pero claro

Al lado de mi lugar
En donde limpiar todos los pecados del hombre
A través de la gracia santificadora.

En seguida, el eremita vuelve su atención al ambiente ermitaño que lo rodea y su observación resulta en las siguientes solicitudes:

Un grato bosque a su alrededor
Para proteger (la cabaña) del viento,
Que sea hogar de aves cantoras
Por el frente y por detrás.

Orientada al sur por el calor
Y a sus pies un arroyo
Un jardín suave y verde sobre rica y negra tierra
Propicia frutos a todos.

Una vez que el eremita se había establecido como el gurú local, a este se le unían otros buscadores de cuño similar que querían levantar sus chozas allí y sentarse a los pies del maestro. Así, el «eremita» prosigue con su lista de peticiones divinas:

Mi selección de hombres para que vivan conmigo
Y que oren a Dios también;
Hombres tranquilos y de humilde disposición
Su número ya lo diré.

Cuatro filas de tres o tres de cuatro en fondo
Para bien cantar el salterio;
Seis que oren contra el muro sur de la iglesia
Y seis contra el norte.

De dos en dos mis doce amigos
Para dar el número correcto
Orando conmigo para conmover al Rey
Que le da luz al sol.

Los irlandeses, siempre fascinados con los números y con sus propiedades máginas, consideraban que el doce, el número bíblico que significa totalidad, era el número correcto para una comunidad religiosa, imitando así el arreglo de Cristo y sus doce apóstoles. El humilde ermitaño, que empezara pidiendo tan poco, ahora es abad de un monasterio de hombres que viven en pequeñas chozas en forma de colmena alrededor de la iglesia monacal. Como abad, padre de su grey, tomando el lugar de Cristo, el antaño eremita debe, por supuesto, empezar a pensar en su nuevo y exaltado cargo y en la

dignidad debida a su iglesia. De modo que pide una cosa más:

> Una hermosa iglesia, hogar de Dios

Engalanada con finos linos
Donde sobre la blanca página de las Epístolas
Brille la luz del Evangelio.

Una vez aquí, el «eremita» se da cuenta de la necesidad de un alojamiento comunal, lo suficientemente amplio como para darle cabida a las distintas funciones que se desempeñan en un monasterio grande bien establecido. Con todo, el poeta aún logra imaginarse semejante edificio como diminuto en su petición:

Una pequeña casa donde todos puedan vivir
Y allí sus cuerpos bien cuidar
Sin que ninguno muestre lujuria o arrogancia
Y a ninguno le cruce un mal pensamiento.

En los últimos apartes del poema ya casi se alcanza a avizorar una cultura monástica en pleno vigor, el agitado, rico –y libre de impuestos– centro de una nueva civilización irlandesa en donde tal vez la soledad y el silencio resulten más bien escasos:

Y todo lo que pido para el gobierno de este hogar
Lo recibo sin honorarios pagar,
Puerros de la huerta, aves de corral y presas de caza,
Salmón y trucha y miel.

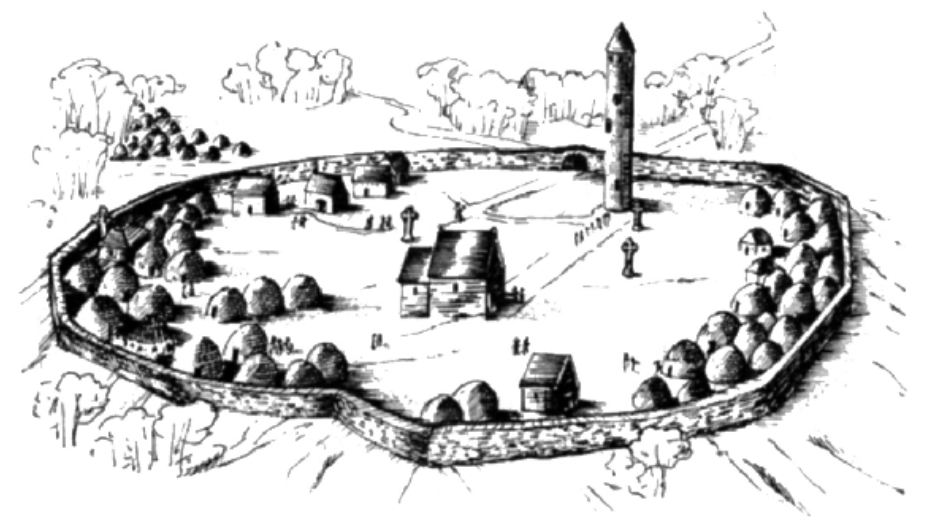
Mi parte de prenda y alimento
Recibiré del Rey más justo
Y me sentaré a veces solo
Y oraré en todo lugar.

Bien vale la pena considerar el cambio en el tono y en el contenido en lo que va del sangriento *Tain* a las delicias tranquilas del «Canto del eremita». El humor abunda en ambos textos, pero el crudo humor del ciclo mítico se ha transmutado en una especie de alborozo monacal capaz de reírse de sí mismo. Y aunque el ritmo amable de autoburla no logra suprimir el repique de un egoísmo heroico (con seguridad el poeta tiene muy buena idea de sí mismo), las antiguas dimensiones características de los hombres y sus bienes han disminuido: todo lo que tenía que ver con Cuchulainn era desproporcionado; todo lo que tiene que ver con el eremita es cariñosamente pequeño. Mientras que los colores del *Tain* eran los de los metales refulgentes y las sombras volubles, el mundo del eremita brilla con una luz que baña cada objeto de modo que todos ellos resaltan con luz propia, como las miniaturas que ilustran los tempranos libros del Evangelio. El brillo y la luminosidad es la experiencia esencial aquí, y conceptos como

claridad, pulcritud, iluminación y justicia impregnan todo el poema.

Por tanto, los muy añorados extremos que alentaban el martirio verde, en buena parte y de modo rápido, se abandonaron en favor del ideal monástico, un movimiento que, aunque apoyaba e incluso llegaba a alimentar algunas rarezas y excentricidades, sometían tales tendencias a un contrato social. Como en Irlanda no había ciudades, estas instituciones monásticas pronto se convirtieron en los primeros centros poblados, en focos de una prosperidad sin precedentes del arte y del conocimiento.

Pero Irlanda seguía siendo Irlanda, de modo que no debemos poner énfasis en la nueva unidad de su cultura. Las guerras intertribales seguían dándose: algunas veces incluso los monasterios tomaban partido unos en contra de otros. Leyendas de solitarios extáticos y hombres locos seguían apareciendo con la misma frecuencia de siempre, ya se tratase de Sweeny, el rey que creía que era un ave y habitaba en las copas de los árboles, o de Kevin de Glendalough, un eremita del siglo VI que vivía en la cueva de un acantilado y salía durante el invierno para ponerse, completamente desnudo, de pie durante horas en las aguas heladas del lago[2] o, en los veranos, a lanzarse también desnudo sobre un arbusto de ortigas venenosas.



Plano de un monasterio irlandés temprano.

Pero incluso este Kevin terminó por ceder y permitió que una comunidad monacal se formara en torno suyo. No todos cabían en la cueva del acantilado (que todavía puede verse: cuatro pies de ancha, siete de fondo y tres de altura), de modo que, a regañadientes, Kevin

accedió a vivir a la orilla del lago, donde sus discípulos construyeron una pequeña iglesia, y para su maestro, una choza en mampostería sin mortero en forma de colmena, una maravilla de la ingeniería irlandesa intuitiva que aún sigue en pie; y para ellos mismos, unas chozas de adobe y caña que hace mucho tiempo desaparecieron. Aunque cada uno vivía en su choza, se reunían para cantar los salmos siguiendo el horario del canon monacal que implicaba levantarse dos veces todas las noches para ir a la capilla en medio del frío y la oscuridad para entonar su oficio. Este retrato de la devoción de los monjes se preserva gracias a que uno de ellos la utilizó como ejemplo para explicar unas palabras arcaicas en una gramática irlandesa que él transcribía:

> El viento sobre Hog Back gime
> Golpea los árboles y los dobla
> Y monjes tiritando sobre piedras frías
> A rezar vísperas y completas en la noche van.

Pronto la orilla del Lago Superior se hizo insuficiente para la comunidad de Kevin porque empezó a llegar gente de toda Irlanda a rendirse a los pies de los monjes y aprender todo lo que tenían para enseñar. En una llanura al oriente del Lago Inferior, los monjes construyeron lo que con el tiempo se convertiría en una especie de ciudad universitaria a la que se acercaban miles de esperanzados estudiantes, primero de toda Irlanda, más tarde de Inglaterra y por último de toda Europa. Sin olvidar jamás la prehistórica virtud irlandesa de la hospitalidad heroica los monjes no rechazaban a nadie, como lo confirma la siguiente descripción de lo que era una típica ciudad universitaria, que ha llegado hasta nosotros gracias a Venerable Bede, primer historiador del naciente pueblo inglés[3]:

> Muchos nobles de la nación inglesa y también otros hombres de menor categoría se dirigían allí y renunciaban a su isla natal ya fuese por la gracia del sagrado saber o por llevar una vida más austera. Y pronto, en efecto, algunos de ellos se entregaban con devoción a la vida monástica, mientras que otros se regocijaban más bien en aquello de entregarse al conocimiento, pasando de la celda de un maestro a la del otro. A todos ellos los irlandeses los recibían de muy buena voluntad y veían cómo suplir su necesidad de alimento día tras días sin costo alguno y libros para sus estudios y enseñanza, toda gratis.

Sabemos pues, gracias al cuidadoso Bede, que los monasterios universitarios irlandeses recibían tanta gente del común como nobles, así como a quienes solo querían aprender pero no compartir la vida del claustro.

La generosidad irlandesa se abría no solo a una buena variedad de gente, sino también a una buena variedad de ideas. Tan poco como les

preocupaba la ortodoxia en las ideas o la uniformidad en lo que concernía a la vida monacal, así trajeron a sus bibliotecas todo a lo que pudieron echarle mano. Estaban dispuestos a no cerrarle la puerta a nada. Ciertamente no padecerían con los escrúpulos de san Jerónimo, quien temiera arder en el infierno si llegaba a leer a Cicerón. Una vez aprendieron a leer los Evangelios y los otros libros de la *Sagrada Biblia*, las vidas de los mártires y los ascetas, y los sermones y comentarios de los padres de la Iglesia, empezaron a devorar toda la antigua literatura pagana griega y romana que se atravesase en su camino. Con su liberalismo a ultranza escandalizaban a los hombres de iglesia más convencionales que habían sido educados para valorar, por encima de todo, la literatura cristiana y evitar en lo posible la dudosa moral contenida en los clásicos paganos. Un erudito eclesiástico británico, Aldhelm de Malmesbury, él mismo educado por los irlandeses (de modo que sabía de qué hablaba), le escribe a un joven sajón advirtiéndole contra las «antiguas fábulas» y otras tentaciones que podían surgir al recibir una educación en Irlanda. «¿Qué ventajas pueden traer al sacramento de la fe ortodoxa los esfuerzos que implica leer y estudiar la corrupta lascivia de Proserpina o de Hermión, la conducta licenciosa de la progenie de Menelao y Helena o las lupercales y los seguidores de Príapo?» Es obvio que Aldhelm –casi que alcanzamos a escuchar su desdeñosa exhalación– había aprendido bien la lección y sin embargo era capaz de empezar a sudar frío cuando quiera que una de las leyendas clásicas más subidas de tono empezaba a darle vueltas en la cabeza.

No se trata de que a los irlandeses les faltara sentido crítico, simplemente no le veían ningún valor a la autocensura. Podían decir con Terencio, *Homo sum: humani nil a me alienum puto* («Soy un hombre, de modo que nada humano me es extraño»). Para John T. McNeill, el más ecuánime de los historiadores de la Iglesia, «la amplitud y riqueza del saber monástico irlandés que provenía de los autores... clásicos» fue lo que le otorgó a Irlanda su «papel único en la historia de la cultura occidental».

A pesar de que las trilladas leyendas de Grecia y Roma les parecieron frescas y fascinantes a los monjes irlandeses, estos ocasionalmente podían tener una visión menos luminosa de su propia literatura, que hoy conocemos solo gracias a que ellos mismos la transcribieron, ya sea tomándola de lo que fueron sus recuerdos de infancia o de las recitaciones que les escuchaban a bardos ambulantes. En el Libro de Leinster, que contiene una florida versión del *Tain,* la épica termina con un monástico «Amén», tras el cual el escriba anota en irlandés la que había sido la fórmula oral del bardo para terminar:

«Caiga una bendición sobre todo aquel que memorice fielmente el *Tain* en esta forma y no la altere». Acto seguido, el mismo escriba, ahora en latín, nos dejó la siguiente breve crítica: «Yo, que he copiado esta historia, o para ser más preciso esta fantasía, no doy crédito a los detalles que la historia o fantasía cuenta. Algunas cosas en ella son mentiras del diablo y otras producto de la imaginación poética; algunas parecen posibles, otras no; algunas son para deleite de idiotas».

De manera que, aunque desaprueba el contenido, igual copia el *Tain.* Es gracias a estos escribas, sin importar cuán malhumoradas puedan llegar a ser algunas veces sus glosas, que hoy poseemos ese rico tesoro de la literatura irlandesa temprana de las que sobrevivieron..., porque se lo dio la importancia suficiente como para tomarse la molestia de transcribirla. A pesar de que estos tempranos hombres de letras irlandeses estaban muy interesados en los universos que les abrían las tres lenguas sagradas que eran el griego, el latín y, en forma más rudimentaria, el hebreo, amaban demasiado su propia lengua para abandonarla. Mientras que en el resto de Europa no había hombre educado que se dejara pillar hablando un idioma vernáculo, los irlandeses pensaban que toda lengua era un juego... demasiado divertido como para privarse de él. Eran todavía demasiado infantiles y juguetones como para verle valor alguno al esnobismo.

Aquí y allá en los manuscritos que aún existen –por ejemplo, al final de una enrevesada traducción de una epístola paulina, al margen de un incomprensible comentario en griego a las escrituras– encontramos las anotaciones aburridas de los escribas irlandeses que solían mantenerse despiertos escribiendo uno o dos versos de alguna canción irlandesa bien amada, para así, por acumulación, dejar para nuestro placer toda una literatura que de otro modo sería desconocida. Hasta donde sabemos, bien podía ser el mismo escriba quien hubiera compuesto su propia canción, y con frecuencia debió tratarse de un estudiante aunque no siempre se tratase, dado el carácter de sus ensoñaciones, de un muchacho con vocación monástica. «El hijo del rey Moy», anota uno de estos escribas:

> Encontró a una muchacha en la floresta en pleno verano.
> Ella le brindó su regazo lleno de moras.
> Ella le dio abrazos enteros de fresas.

Otra es aún más explícita:

> Es un corazón
> una bellota de roble:

es joven
¡Bésalo!

Y el siguiente corre serios riesgos de no terminar sus estudios:

Todos quieren saber
quién dormirá con la rubia Aideen.
Lo único cierto que Aideen poseerá
Es saber que nunca sola dormirá.

Un escriba se queja del duro trabajo de copista; otro, de un colega descuidado: «Fácil se nota aquí la mano de Gabriel», se lee en preciosa caligrafía en el margen de una página poco memorable. Otro más se muerde de la ira que le producen las dificultades que pasa con un tortuoso texto en griego antiguo que en ese momento copia: «Esto tiene que acabar... ¡Y malhaya sería siete veces!»

Pero en general disfrutan con su trabajo y se encuentran absortos en las historias que copian. Debajo de una descripción de la muerte de Héctor en los campos de Troya, un escriba, completamente absorto en las palabras que copia, escribió con pasmosa honestidad: «La muerte arriba mencionada me tiene muy triste». Otro, contrastando la solidez de su arte y oficio *versus* la fugacidad de su propia vida, concluye: «Triste cosa es, pequeño libro blanco y multicolor, pues llegará el día cuando alguien dirá volcado sobre tus páginas: "La mano que esto escribió ha dejado de ser"».

Quizá la imagen más nítida que poseemos de lo que fue ser un escriba académico nos la dé un poema irlandés de cuatro estrofas que de alguna manera se coló en un manuscrito del siglo XIX, y que contiene material tan erudito como anotaciones a Virgilio y una lista de paradigmas griegos:

Yo y mi gato Pangun Bar
a tareas similares nos dedicamos:
su dicha consiste en cazar ratones;
la mía, palabras toda la noche.

Da gusto ver
el placer con que nuestra tarea desempeñamos

cuando ya tranquilos en casa
encontramos cómo divertirnos.

Su mirada contra las paredes clava
ojos llenos y fieros y agudos y solapados
y contra las paredes del conocimiento
yo mi poca sabiduría pongo a prueba.

Así en paz nuestro oficio ejercemos
yo y mi gato Pangun Bar.
En nuestras artes nuestra dicha encontramos
él en lo suyo y yo en lo mío.

Eran seres humanos felices, ocasionalmente mordaces, pero por lo general gente que desempeñaba con alegría las tareas que el destino les había asignado. No se consideraban zánganos. Antes bien, se comprometían a fondo con el texto con el que estaban lidiando, intentaban entenderlo a su modo y, de ser posible, de aumentarlo e incluso mejorarlo. En esta cultura nueva y deslumbrante un libro no era un documento aislado en una estantería polvorienta. Un libro verdaderamente entraba en diálogo con otro y el autor con el escribano y el escriba con el lector de una generación a la otra. Estos libros eran, para decirlo en la jerga contemporánea, abiertos, interrelacionados e intertextuales: suculentos pasaboscas literarios en los que el escriba con frecuencia intentaba poner un poco de todo, de todas las épocas, los idiomas y estilos que le eran conocidos. No se volverá a ver cosa parecida hasta que James Joyce escriba su *Ulises*.

En el corazón de este nuevo universo irlandés, «La luz de la buena nueva brilla» sobre la «blanca página del Evangelio», como dice «La canción del eremita». Como los judíos antes que ellos, los irlandeses elevaron la capacidad para leer y escribir a la condición de un acto fundamental religioso. En un lugar donde el analfabetismo había sido la norma, en un mundo donde las antiguas civilizaciones cultas se hundían rápidamente ante el embate de oleadas sucesivas de barbarie, la página en blanco del Evangelio, brillando en todos los pequeños oratorios de Irlanda, actuaba como una promesa: la solitaria oscuridad había sido transformada en luz, y la solitaria virtud del coraje, que se había mantenido a lo largo de los siglos, se había transformado en esperanza.

Los irlandeses salieron del analfabetismo a su manera, como si fuera un juguete para jugar con él. El único alfabeto que habían conocido era el alfabeto prehistórico Ogham, una aparatosa serie de líneas basadas en el alfabeto romano que grababan con dificultad en

las esquinas de piedras levantadas que utilizaban como monumentos. Estas inscripciones parecidas a runas y que continúan apareciendo durante los primeros años del período cristiano, apenas si sugerían lo que ocurrió después, ya que, menos de una generación más tarde, los irlandeses dominaban ya el latín e incluso el griego y hacían sus pinitos, lo mejor que podían, en el hebreo. Como ya vimos, elaboraron también gramáticas del irlandés y copiaron la totalidad de su literatura oral autóctona. Todo esto lo realizaron de modo harto sencillo, una vez le cogieron el hilo a la cosa. Empezaron incluso a inventarse idiomas. Los miembros de una extendida sociedad secreta que se formó a finales del siglo V (apenas una generación después de que los irlandeses habían aprendido a leer y escribir), podían escribirse entre sí en un curioso e insondable latín erudito que nunca se había hablado antes. Dicho dialecto se conoció como *Hisperica Famina,* muy parecido al lenguaje onírico de *Finnegans Wake* o incluso a los idiomas que J. R. R. Tolkien tiempo después inventara para sus elfos y hobbits.

Nada sacaba a relucir el carácter juguetón de los irlandeses tanto como la tarea de copiar libros, una actividad que ningún lector del mundo antiguo podía desatender del todo. Para comenzar, en Irlanda no existía un acervo de escrituras del que se pudiera hablar, apenas unos eremitas y monjes aislados, cada uno metido en su celda o sentado al escampado cuando hacía buen tiempo, copiando algún texto que necesitase sacado de algún libro prestado; el viejo libro sobre una rodilla y pergaminos frescos sobre la otra. Incluso en su apogeo, se trataba de gente sencilla, campesina y expuesta a la intemperie. Todavía para el siglo XIX un comentarista irlandés se autodescribe escribiendo a la sombra de un árbol en el bosque mientras escucha a un pájaro cucú saltando de rama en rama. Pero encontraban mágicas las formas de las letras. ¿Por qué, se preguntaban, la B tenía la grafía que tenía? ¿Podría ser de otro modo? ¿Acaso existía una esencia de B? El resultado de este preguntar por el porqué del azul del cielo fue un libro de naturaleza completamente nuevo: el códice irlandés. Así, uno tras otro, Irlanda empezó a producir los más espectaculares y mágicos libros que el mundo haya conocido.

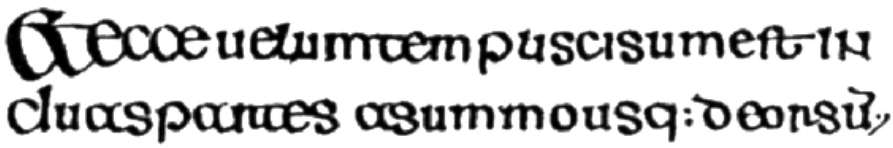
Desde sus inicios la expresión escrita tuvo un rasgo decorativo. No podía ser de otro modo si se piensa que tras todo pictograma, jeroglífico y letra subyace una estética cultural, una respuesta a la pregunta ¿qué es lo más hermoso? La respuesta mesoamericana fueron serpenteantes y bulbosas tallas en piedra; la respuesta china, vibrantes brochazos minimalistas; la egipcia, majestuosos rompecabezas con

figuras. Aun los alfabetos, que son la forma de expresión más abstracta y fría, encarnan una estética que va cambiando según la cultura del usuario. Qué poco parecidos son, por ejemplo, el rígido y labrado alfabeto inscrito en los arcos triunfales de Augusto y el idiosincrático y hogareño alfabeto romanogermánico de la *Biblia* de Gutenberg.

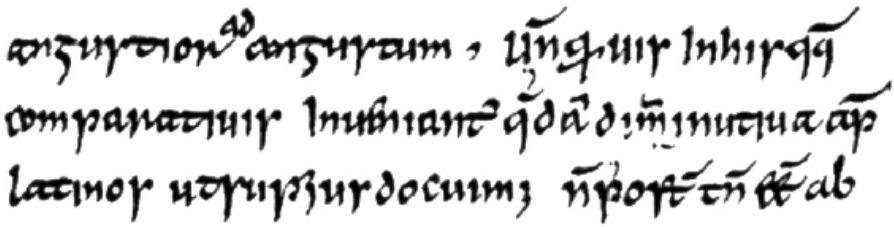
Por su parte, los irlandeses combinaron las majestuosas letras de los alfabetos romano y griego con la sencillez talismánica y cautivante del Ogham para producir unas mayúsculas iniciales y unos titulares que atrapan nuestros ojos a la página y sobrecogen al lector. En el siglo XII, Geraldus Cambrensis se ve todavía obligado a dictaminar que el Libro de Kells era «la obra de un ángel, no la de un hombre». Aún hoy, Nicolete Gray en su *Historia de las letras* se atreve a decir que en la grandiosa página «Chi-Rho» del Kells, los tres caracteres griegos –un monograma de Cristo– son «más presencias que letras».

En cuanto al cuerpo del texto, los irlandeses desarrollaron dos caligrafías; una de ellas, la muy digna pero redonda escritura conocida como irlandés mediouncial, y la otra, más fácil de escribir, conocida como irlandés en minúscula, también más fácil de leer, más fluida y, pues sí, más alegre que cualquier cosa que jamás hicieran los romanos. Recomendada por su facilidad para ser escrita y leída, esta segunda caligrafía fue la que adoptaron muchos escribas incluso allende las fronteras de Irlanda hasta convertirse en la caligrafía más corriente del medioevo.

Para decorar los textos de sus libros más preciados, los irlandeses encontraron instintivamente sus modelos no en las crudas líneas del Ogham, sino en sus propias matemáticas prehistóricas y también en su más antigua evidencia del espíritu humano: los megalitos funerarios del Valle del Boyne. Estas tumbas se erigieron en Irlanda alrededor del año 3000 a. C., más o menos para la misma época en la que, en la Gran Bretaña, se construyó Stonehenge. Tan misteriosas como Stonehenge, así por su origen como por su ingeniería, estos grandes túmulos constituyen la primera arquitectura irlandesa y están decorados con los indescifrables espirales, líneas en zigzag y rombos que son a su vez el arte irlandés más temprano. Estos enormes túmulos, para contar una historia sobre la que solo podemos especular[4], han sido desde tiempos inmemoriales motivo de inspiración para los artesanos y orfebres irlandeses. Allí, en las gramáticas y amplias líneas de las tallas de Boyne, se alcanza a discernir la fuente última de la maravillosa joyería metálica y de otros objetos elaborados al iniciarse el período de Patricio por orfebres que, en la sociedad irlandesa, eran considerados videntes.



Irlandés en mayúscula o irlandés mediouncial, Libro de Durrow, siglo VII d. C.



Irlandés en minúscula en el manuscrito de san Gall de la Gramática de Prisciano (850 d. C., aprox.).

Broches, cajas, discos, fundas, prendedores, arneses y aperos para las caballerías de la época, todos dejan ver la devoción que les tenían a los modelos de las tallas del Valle de Boyne. Pero este derroche de trabajo en metal, que permitía sutilezas imposibles sobre piedra, es como una serie de variantes sobre el tema original. ¿Cuál era el tema? Equilibrio en desequilibrio. Tómese, por ejemplo, la brillante tapa de una caja en bronce que hace parte del Tesoro de Somerset en Galway: su precisión matemática que, sin embargo, está deliberadamente (casi se puede decir perversamente) descentrada, forjada por un orfebre experto con el compás y con ojo centelleante. Resulta infinitamente fascinante porque, siendo como es una variante de la circularidad, no tiene fin. Pareciera decir, con las espirales de Newgrange, «el círculo no existe, solo existe la espiral, la siempre reconfigurable espiral. No existe una línea recta, solo las curvas». O, para traer a cuento la más característica de las respuestas irlandesas cuando se ven frente a una situación que les exige una única, clara e inequívoca respuesta: «Pues sí pero no». «Sí y no.» «Lo hará y no lo hará.»

Este sentido del equilibrio en desequilibrio, de desmedida complejidad recorriendo con prontitud una unidad básica, encontrará ahora, después de Patricio, su expresión más fastuosa en el arte cristiano irlandés: en las monumentalmente altas cruces, en las milagrosas vasijas litúrgicas como el Cáliz de Ardagh y, con más delicadeza que en cualquier otra cosa, en el arte del códice irlandés.

La palabra *códice* se utilizó en un comienzo para distinguir al libro,

tal y como lo conocemos hoy, de su antepasado, el rollo. Para los tiempos de Patricio ya el códice había desplazado al rollo casi completamente porque permitía sumergirse en él y leer con detenimiento, con mucha más facilidad que en un aparatoso rollo que tenía la muy peculiar desventaja de enrollarse tan pronto uno se dejaba absorber por el texto. Las páginas de la mayoría de los libros eran de pergamino jaspeado, esto es, cuero seco de carnero que se conseguía en todas partes y en ningún lugar más que en Irlanda, en cuyos verdes campos todavía hoy, por los meses de abril, se da una verdadera explosión de nuevos corderitos blancos. La vitela o cuero de ternera, que resultaba más blanco y menos jaspeado una vez seco, se utilizaba menos para los textos más honrados. (La «página blanca del Evangelio» y «La canción del eremita» son vitelas, sin lugar a dudas.) Es curioso anotar que la forma usual del libro moderno, más alto que ancho, lo determinó el tamaño del cuero de carnero, pues la manera más económica de cortarlo para que quedaran páginas dobles daba, al doblarlo, el formato del libro actual. El escriba transcribía el texto en varias páginas que juntas se convertían en un cuadernillo conocido como una *mano* que más tarde se cosía con otras para hacer un volumen que entonces, algunas veces, se empastaba entre dos cubiertas para protegerlo. Libros y panfletos de menor importancia solían dejarse sin empastar, de modo que ya en el siglo V se conocía una especie de libro en rústica barato.

El códice irlandés más fino es el Libro de Kells, hoy en la biblioteca del Trinity Collage, en Dublín, pero aún existen docenas de ellos. Sus nombres, el Libro de Echternach, por ejemplo, o el Libro de Maihingen, algunas veces nos dan una idea de lo lejos que viajaron después de salir del escritorio que los vio nacer. Manuscritos irlandeses maravillosamente decorados, que datan de la alta Edad Media, hoy se guardan como tesoros en bibliotecas de Inglaterra, Francia, Suiza, Alemania, Suecia, Italia e incluso Rusia. ¿Cómo llegaron allá? La respuesta nos lleva a la figura irlandesa más importante después de Patricio, Columcille, príncipe del clan Conaill, nacido en el recinto real de Gartan, el 7 de diciembre del año 521, unos noventa años después de la llegada de Patricio como obispo.

A pesar de que pudo llegar a ser rey, incluso gran rey, Columcille optó por la vida monacal. Su verdadero nombre, Crimthann o Zorro, hace eco a la antigua mitología y es probable que fuera pelirrojo. El nombre de Columcille, o Paloma de la Iglesia, era su apelativo monástico, cosa que puede resultar irónica, como veremos pronto. De cualquier modo, el nombre se romanizó como Columba, nombre por el

que suele conocérsele en los recuentos que se escribieron por fuera de Irlanda. Educado en la tradición de los bardos de sus ancestros y luego (bajo la tutela del obispo Finian de Clonard) en la nueva tradición del aprendizaje cristiano, llegó a viajar hasta la Galia para visitar allí la tumba de san Martín de Tours, cuya razonable regla monástica empezaba a recibir buena acogida en el continente europeo, no solo entre los obispos que le temían al movimiento de los resueltos anacoretas de ojos desorbitados, sino también entre gente que quería huir de las incertidumbres cada vez más extendidas de una época levantisca. Al volver a Irlanda, el enérgico Columcille empezó a fundar monasterios con voluntarioso empeño –en Durrow, en Kells y muchos otros lugares– de modo que, para cuando tenía cuarenta y un años, existían cuarenta y una instituciones que podían considerarlo su patrón.

Un hombre intenso, este Columcille, amaba las cosas hermosas, herencia sin duda de su niñez privilegiada, y era particularmente sensible al *genius loci* de Derry («rondada de ángeles», solía decir), donde fundó su primer monasterio (aun antes de su viaje a Tours), al que le cantó con una sensual poesía que está a la altura de cualquier cosa perteneciente al canon temprano irlandés. Pero si hay algo que Columcille amara más que a su patria, eran los libros, especialmente los manuscritos hermosamente decorados. Como estudiante se enamoró del salterio de su maestro, un libro singularmente ilustrado de gran valor. Él resolvió hacer su propia copia como a hurto, de modo que lo encontramos sentado en la iglesia de Finian en Moville, inclinado sobre el codiciado salterio, copiándolo en la oscuridad. De acuerdo con la leyenda no utilizaba velas, pero los cinco dedos de su mano izquierda brillaban como tantas velas mientras la derecha copiaba infatigable. La leyenda la adornan muchos detalles parecidos, pero el meollo del asunto es que descubren a Columcille y es llevado ante el rey Diarmait, quien profiere su famosa sentencia: «A cada vaca su ternera; a cada libro su copia». Se trata del primer caso de derechos de autor de la historia.

Columcille, obligado a devolver la copia a Finian, era todavía demasiado pagano aristócrata como para olvidar esa humillación. (Recordemos que era justamente su clan, el de los Conail, los que todavía apareaban al nuevo rey con una yegua.) Cuando, algún tiempo después, uno de los seguidores de Columcille fue muerto por órdenes de Diarmait, el monje principesco no dejó escapar su oportunidad. Dios, alegó, que protegía a todos los monjes, tenía que ser vengado. Movilizó a los poderosos hombres de su clan, salió al campo de batalla en contra de las fuerzas de Diarmait y los derrotó de forma decisiva.

Cuando cesó el fragor de la batalla yacían tres mil y un muertos, solo uno de ellos del bando del principesco Columcille. El salterio impugnado que, no hace falta decirlo, terminó en las manos de Columcille como parte del botín de guerra, desde entonces se conoció como el Cathach o el Guerrero.

Pero la victoria de Columcille tuvo consecuencias menos agradables para él mismo. Estuvo excomulgado un tiempo, el castigo de rigor para los monjes que se alzaban en armas, y su penitencia fue el exilio de su bien amada Irlanda; debe ahora alcanzar el cielo con un viaje sin retorno y en su exilio salvar tantas almas como las que perecieron en la batalla que él precipitó. Columcille partió con doce aguerridos compañeros, navegando al norte más allá del horizonte hasta llegar a la isla de Iona, a poca distancia de las costas occidentales de la tierra que hoy conocemos como Escocia..., lo suficientemente lejos hacia el norte (como él mismo insistía) para nunca poder ver a Irlanda. Mientras Columcille hace su viaje, que cambiará para siempre el curso de la historia de Occidente, hagamos una pausa para reflexionar sobre el mundo que Columcille deja atrás y el mundo hacia el que él y sus discípulos dirigen sus velas.

El martirio verde había sido un fracaso, tanto gracias a la, al parecer, insaciable tendencia de los irlandeses a socializar como, quizá más importante, a la fertilidad natural de Irlanda, que no poseía nada que pudiera parecerse a un desierto egipcio y prácticamente ningún lugar que no, con un mínimo de previsión, abundara en «puerros del huerto, aves de corral, presas de caza, salmón, trucha y abejas». En los primeros días, poco después de los tiempos de Patricio, los anacoretas anarquistas buscaron islas rocosas en donde establecer sus ermitas, lugares como Inis Murray y Skelling Michael, cerca de la costa occidental. «Es difícil creer», escribe Kenneth Clark, «que por un lapso considerable de tiempo, casi cien años, la cristiandad de Occidente sobrevivió asida a lugares como Skellig Michael, un picacho rocoso a dieciocho millas de la costa irlandesa que se levanta unos setecientos pies sobre el nivel del mar».

Los cien años de los que habla Clark se extienden desde finales del siglo V, tras la muerte de Patricio, hasta finales del siglo VI, para cuando, como veremos, los monjes irlandeses se habían encargado de hacer la reconexión de la Europa barbarizada con la tradición cristiana de la escritura y la lectura. Los anacoretas, sin embargo, habían logrado sobrevivir más que bien, aun en sus territorios rocosos, cenando con aves del mar y cultivando pequeñas pero ricas huertas abonadas con algas marinas. Aumentaron en número, construyeron sus chozas en forma de colmenas, copiaban sus libros y prosperaron al

igual que el cristianismo de Occidente..., por lo menos en estos remotos parajes de Irlanda.

Pronto, y tal vez sin habérselo propuesto, esta Irlanda rural, desprovista de ciudades, alteró la estructura política del cristianismo que se había sustentado sobre aquellos obispados que remedaban las unidades administrativas romanas y que se conocían como diócesis. Ante la inexistencia de ciudades en Irlanda, no se veía la necesidad de los obispos y poco a poco estos fueron remplazados en importancia por el abad y –una eventualidad que le hubiera helado la sangre a cualquier romano decente– la abadesa. A pesar de que las fuentes son imprecisas e insuficientes, casi no cabe duda de que los obispos se convirtieron en una especie de capellanes de distintas familias nobles cuyo propio poder, en la nueva administración cristiana, menguaba al tiempo que abades y abadesas gobernaban comunidades monásticas cada vez más grandes y poderosas. El poder de los druidas, que habían vivido y rendido culto en bosques sagrados, había pasado sin dificultad a manos de los mártires verdes que también vivían y rendían culto en bosques sagrados. Pero el acceso que estos nuevos druidas letrados (los sucesores monásticos de los mártires verdes) tenían a los libros que conformaban la biblioteca grecorromana, en otras palabras a toda la ciencia y sabiduría clásica de los antiguos, hizo que poco a poco fueran creando nuevos centros de conocimiento y riqueza tales como Irlanda jamás había podido ver.

En estas nuevas ciudades-estado monacales bien podía gobernar un monje tal y como Medb alguna vez reinó sobre Connacht. Brígida de Kildare, una de las conversas de Patricio (y, tal vez, la noble mujer que él había calificado de *«pulcherrima»*), gobernó como abadesa superior de un enorme monasterio mixto, esto es, una institución que recibía tanto hombres como mujeres, otra irregularidad que habría ofendido profundamente la sensibilidad romano-católica, que hasta el día de hoy considera el gobierno de una mujer una perversión del orden natural de las cosas. Las connotaciones druidas de Brígida también debieron haber molestado dicha sensibilidad. Se dice que tomó los hábitos en la Colina de Uisnech, ombligo primigenio de Irlanda y centro mítico de su mandala cósmico. Su monasterio empezó como una especie de martirio verde a la sombra de un roble enorme, árbol sagrado de los druidas; de allí lo de Kildare, que significa «Iglesia del Roble».

Como ocurre con Columcille, buena parte del material que rodea la vida de Brígida está envuelto de acontecimientos milagrosos, hasta tal punto que difícilmente se pueden considerar históricos (se dice, por ejemplo, que pudo colgar su hábito de un rayo del sol), pero lo que sí

se discierne es una personalidad tan recia y tangible como la de Medb. Cuando habla lo hace con una concisión y fuerza expresiva medbianas. Una vez, por ejemplo, cuando el chofer de su carruaje se voltea al intentar tomar por un atajo, Brígida, con cara de palo, se levanta del siniestro, se sacude el polvo y solo dice: «Los atajos conducen a huesos rotos».

Tras la conversión, su padre, un hombre inmensamente rico, se horroriza al encontrar a su hermosa hija regalando sus haberes a unos mendigos. Fuera de sí, empuja a Brígida a la parte trasera del carruaje y la increpa: «Ni la bondad ni el honor me impulsan a llevarte de paseo: te voy a vender al rey de Leinster para que muelas su grano». Ya en predios del rey su padre «se desabrocha la espada dejándola atrás en el carruaje, al lado de Brígida, para así –mostrando respeto– acercarse al rey desprovisto de arma». No acababa de alejarse aún su padre cuando aparece un leproso que le implora ayuda a Brígida. Como lo único que ella tenía a la mano era la espada de su padre, se la entrega. Entretanto, su padre procedía con su oferta al rey, quien debió sospecharse gato encerrado y que insistía en ver a la hija antes de aceptar el regalo. Cuando rey y padre se acercan al carruaje, el segundo se percató de inmediato de la falta de la espada y exige saber dónde está. Cuando Brígida le cuenta, «él monta en enardecida cólera» y empieza a golpearla.

«¡Detente!», exclana el rey y le pide a Brígida que se acerque. «¿Por qué robas lo que es de tu padre y luego lo regalas?»

«Si estuviera en mis manos», contesta Brígida, «robaría toda la riqueza real y se la entregaría a los hermanos y hermanas en Cristo.» Pronto el rey rehúsa la generosa oferta del padre porque «tu hija es demasiado buena para mí».

No sorprende que, después de escapar de su padre y hacerse abadesa, el monasterio de Brígida se hiciera famoso por su hospitalidad. A continuación, una bendición de la mesa asociada a su nombre:

> Quisiera un enorme lago de fina cerveza
> digna de un rey de reyes.
> Quisiera una mesa con las mejores viandas
> digna de la familia celestial.
> Que la cerveza se haga con los frutos de la fe
> y que las viandas sean amor que perdona.
>
> Invitaré a los pobres a mi festín,
> porque ellos son los hijos de Dios.
> Invitaré a los enfermos a mi festín
> porque ellos son la alegría de Dios.

Dejad que los pobres se sienten al lado de Jesús
y que los pobres bailen con los ángeles.

Dios bendiga a los pobres,
Dios bendiga a los enfermos,
y que bendiga a los hombres todos.
Dios bendiga nuestro alimento,
Dios bendiga nuestra bebida,
que Dios abrace los lugares todos.

Sin importar lo poco ortodoxa que pudo ser la norma de Brígida comparada con los estándares romanos, el hecho es que es fácil ver, a partir de las leyendas en torno a ella, cómo la fe cristiana, lo suficientemente fuerte como para arrebatarle la espada a un tirano, amedrantar a un rey y darle poder a los que no lo tienen, impresionó a aquella sociedad guerrera. Sería una exageración insensata alegar que la mujer estaba en igualdad de condiciones en la sociedad irlandesa, pero, aun así, su presencia, más extendida y manifiesta, sí aseguraba darle una mayor importancia a ciertas comodidades y servicios («una casa limpia, buen fuego y lecho sin dolor ni pena», era uno de los muchos requisitos de la hospitalidad monástica) y a la importancia de la intimidad (se dice que Ita, una eremita fundadora del siglo VI, había recibido el privilegio extático de amamantar al Niño Jesús de sus propios senos vírgenes). Esta presencia femenina importante contribuyó también a la ingente variedad de la vida religiosa irlandesa: una variedad que hubiera perturbado, de haberla conocido, a los romanos. Y se hubieran perturbado aún más de haber sabido del amplio espectro de las actividades de la abadesa mayor, cuyas manos tenían el poder de curar, que casi con seguridad oyó confesiones, que tal vez ordenó monjes y que es probable hubiera celebrado la misa.

Tales acontecimientos, aunque acaecidos hace mucho tiempo, todavía son capaces de escandalizar a la ortodoxia más ferviente. En *La vieja vida de Brígida* se dice que fue consagrada como obispo «por equivocación». En otra biografía, escrita en el siglo VII por el más bien tonto de Cogitosus, que parece intentar ganarse los favores de su superior, esta información se omite, pero es posible leer entre líneas que conoció la vieja historia y resolvió hacer caso omiso de ella ya que nos muestra a Brígida predicando (una actividad a todas luces apostólica o sacerdotal) y «en los asuntos de Dios» a su «pontifical manera». En su introducción, en efecto admite que Brígida fue obispo en todo excepto el título. Sabemos con certeza que Brígida y sus sucesoras tenían un obispo paralelo que trabajaba a sus órdenes. También sabemos que en esta época la celebración de la misa no estaba restringida a sacerdotes y obispos, sino que también los

diáconos lo hacían en algunas partes de la Galia, de modo que una mujer obispo no hubiera resultado tan extraña como lo sería hoy.

El respeto por la diferencia estaba estipulado en el reglamento de los monasterios irlandeses. «La diferencia es la condición de todos», advierte la Norma de San Cartago, «así como también es diferente la naturaleza de cada lugar». Los abades irlandeses sugerían, no imponían. Y aunque la abadía solía pasar de padre a hijo, otra irregularidad que hubiera alarmado a los romanos, los irlandeses compensaban su aristocrática preocupación por el linaje con un refrescante principio democrático: «Un hombre es mejor que su ascendencia», proclama una ley de este período, aseverando así la primacía del espíritu individual sobre la sangre y el parentesco. Pero quizá nada hubiera perturbado tanto a los romanos como la manera en que estos monjes hacían caso omiso de la gran virtud romana: el orden. Dando instrucciones a sus hermanos, Columbanus, de quien pronto hablaremos, decía sobre la virtud del Evangelio, que presidía sobre todos los demás, lo siguiente: *«Amor non tenet ordinem»* («El amor no tiene nada que ver con el orden»).

Los irlandeses desarrollaron también una forma de confesión exclusivamente privada que no tenía equivalente en el continente europeo. En la Iglesia temprana la confesión de los pecados y la subsiguiente penitencia (como hacerse presente durante años junto a la puerta de la iglesia cubriéndose con costales y cenizas) siempre había sido un acto público. El pecado se consideraba un acto público, un crimen contra la Iglesia que era a su vez el cuerpo místico de Cristo. Algunos pecados, incluso, se consideraban imperdonables y los que tenían perdón solo lo recibían una única vez. La penitencia era un sacramento que solo podía recibirse una vez en la vida: un segundo robo, un segundo adulterio y la persona quedaba «por fuera de la Iglesia», excomulgado de modo irreversible, camino a la condena eterna. Ya para los tiempos de Patricio, sin embargo, una especie de confesión privada no era del todo desconocida, pero seguía ligada a alguna forma de exposición pública (recuerden el dolor de Patricio a este respecto) y de penitencia litúrgica. La innovación irlandesa consistió en hacer que toda confesión fuese un asunto privado entre el penitente y el sacerdote... y que podía repetirse cuantas veces fuese necesario. De hecho, la repetición se fomentaba respaldada en la teoría de que, después de todo, *todo el mundo* más o menos pecaba todo el tiempo. Esta modificación acabó con la humillación pública gracias a la compasión por los sentimientos del pecador y suavizó la penitencia implacable que caracterizó a la época de los primeros padres de la Iglesia, todo para no descorazonar al pecador. También

ponía énfasis en esa noción irlandesa de que la conciencia personal tiene prioridad sobre la opinión pública o la autoridad de la Iglesia. No eran los demás quienes catalogaban al penitente: ¡este se autocatalogaba! Su pecado era un asunto entre él y Dios.

A pesar de que uno se le confesaba a otro ser humano, él o ella era escogido por el penitente gracias a sus cualidades como verdadero sacerdote: santidad, sabiduría, generosidad, lealtad y valor. Nadie jamás podría sonsacar información obtenida durante la confesión de un sacerdote, el cual sabía que toda confesión quedaba por siempre sellada por Dios mismo. Romper tal sello sería poner en peligro la salvación propia: se trataba de, tal vez, el único pecado que los irlandeses consideraban imperdonable. De modo que no necesariamente se escogía el confesor entre los profesionales debidamente ordenados: el acto de la confesión era demasiado personal e importante como para limitarlo así; lo que se buscaba era un *anmchara,* una alma amiga, alguien en quien se podía confiar toda la vida. De allí el dicho que se oía con frecuencia: «Alguien sin un amigo del alma es como un cuerpo sin cabeza», dicho que se remonta a los tiempos paganos. Los druidas, antes que los monjes, habían sido las primeras almas amigas.

Es una lástima que la confesión privada sea una de las pocas innovaciones irlandesas que pasaron a hacer parte de la Iglesia universal. Qué distinto sería el catolicismo hoy por hoy si también hubiera incorporado la fácil y sencilla simpatía que, entre los irlandeses, existía entre laicos y religiosos y la descomplicada actitud de los irlandeses frente a la diversidad, la autoridad, el papel de la mujer y la relativa poca importancia que tenían las convenciones y prácticas sexuales. En una de las mejores historias de Cogitosus, la tierna Brígida hace que el feto de una monja (cuyo vientre, «debido al juvenil deseo de placer», se había «hinchado con una criatura») desaparezca como por arte de magia («sin dar a luz y sin dolor»), para que así la monja no tuviese que abandonar el convento. Feliz, la monja «volvió... a la salud» y no estuvo más encinta. Esta historia recuerda otra que, tiempos después, circuló en el continente europeo sobre una joven monja inquieta que, habiendo huido del convento, llevaba una vida desordenada en el mundo y volvió al final de sus días, esperando lo peor, solo para encontrar que la Virgen María había tomado su lugar en el convento durante toda su larga ausencia... y nadie se enteró de nada. Difícil imaginar a Cogitosus recibiendo, hoy en día, una bendición episcopal por la desaparición del feto.

Con todo, Cogitosus camina sobre terreno histórico más firme cuando describe la fundación de Kildare por parte de Brígida, ya que

dicha fundación ocurre a mediados del siglo VII, cuando él mismo era monje allí, y la iglesia, construida a la muerte de Brígida para recibir a las masas de peregrinos, era la edificación más grande de toda Irlanda:

> ¿Pero quién pudiera expresar en palabras la extrema belleza de su iglesia y las maravillas sinnúmero de su ciudad de las que puede uno hablar? «Ciudad» es la palabra justa: que tanta gente viva allí ya justifica el término. Se trata de una gran metrópolis en cuyas afueras –que santa Brígida delimitó con precisión– no se le teme a ningún adversario ni se teme una incursión de enemigos, ya que la ciudad es el refugio más seguro entre todos los pueblos que existen en la tierra de los irlandeses, incluyendo a todos los fugitivos que allí residen. Es un lugar en el que los tesoros de los reyes son bien cuidados y se reconoce que en orden nada la supera.
>
> ¿Y quién pudiera enumerar las distintas multitudes e innumerables gentes que, venidas de todos los territorios, allí se reúnen? Algunos vienen por la abundancia de festivales; otros para ver pasar los tumultos de gente; otros vienen con grandes ofrendas para celebrar la subida al cielo de la santa Brígida quien, el primero de febrero, mientras yacía dormida, dejó atrás el lastre de su cuerpo y siguió al Cordero de Dios a las mansiones celestiales.

El primero de febrero coincide con Imbolc, una fiesta dedicada a la diosa de la fertilidad irlandesa también llamada Brígida.

¿Por qué estos acontecimientos en Irlanda les pasaron desapercibidos a los romanos? ¿Acaso eran los irlandeses herejes de poca monta? El año en el que Columcille emprende su viaje a Iona fue el 564, más o menos cien años después de la muerte de Patricio, y la verdad es que, para entonces, ya eran pocos los romanos que aún quedaban en Europa occidental. Las vastas hordas de vándalos, suevos y alamanos que habían roto las filas de los ejércitos romanos y cruzado el Rin convertido en hielo durante la primera década del siglo V, se habían extendido por toda la Galia, saqueando y destruyendo todo a su paso, deteniéndose solo cuando se estrellaron contra la barrera de los Pirineos. De allí tomaron rumbo al este y al oeste a las provincias aledañas. Y a esta invasión siguieron muchas otras. Para comienzos del siglo VI, oleadas sucesivas de bárbaros germanos habían transformado el mapa de Europa occidental de modo irrevocable. Para mediados de ese siglo, Salviano escribe que Tréveris, el bastión central del gobierno militar romano, ha sido arrasado cuatro veces, que Colonia está «rebosando de enemigos», que Maguncia es un escombro. No solo las provincias romanas han dejado de existir, sino que toda la sutil supraestructura de la organización política romana y sus vías de comunicación tampoco existen más. En su lugar han crecido los tenaces principados pequeños de la Edad Media, analfabetos góticos que gobiernan sobre otros aún más analfabetos góticos, casi siempre paganos u, ocasionalmente, arios,

esto es, unas gentes que más o menos seguían una especie de cristianismo degradado y simplón en el que a Jesús se le otorgaba un estatus similar al que se le dio a Mahoma en el mundo islámico.

No que los irlandeses hubieran querido intencionalmente alejarse de la norma, lo que pasaba era que en su mundo apenas si tenían modelos que siguieran la ortodoxia cristiana. Después de Patricio, su vivencia fue la del influjo de anacoretas y monjes que huían de las hordas bárbaras, y fueron estos, por tanto, quienes los iniciaron en los detalles sobre la vida monacal y la de los ermitaños. «Todos los hombres cultos a este lado del mar», señala una nota que aparece en un manuscrito de la época de Leyden, «huyeron a lugares transmarinos como Irlanda, lo que trajo como consecuencia un aumento considerable en los conocimientos» –y, sin lugar a dudas, un incremento espectacular en el número de libros– «de los habitantes de estas regiones». Y no pocos de estos hombres eran ascetas macilentos venidos desde lugares tan lejanos como los reductos romanos de Armenia, Siria y el desierto egipcio. La letanía del monasterio de Bangor, en el Ulster, anuncia, por ejemplo, que ella ha sido *«ex Aegypto transducta»* («traducida de Egipto»). La convención de utilizar puntos rojos para adornar las mayúsculas iniciales de un manuscrito, una convención que pronto se convirtió en un distintivo de los manuscritos irlandeses, la vieron ellos por primera vez en los libros escritos en copto que durante su fuga habían traído con ellos. El fanatismo férreo y las prácticas singulares de estos hombres ya habían ameritado las sospechas de los obispos ortodoxos en el continente que preferían, con mucho, la regla de san Martín de Gaula, cuyos fundamentos no solo eran muy parecidos sino que se subordinaban a los deseos del obispo de la localidad. Pronto encontrarían aun mayor virtud en la regla de san Benito de Nursia, cuya fundación en Montecassino se convertiría con el tiempo en el *alma mater* del monasticismo occidental, un monasticismo de disciplinada uniformidad, cuya norma hacía cumplir –con látigo si era necesario– un abad autocrático. Con la bendición de sucesivos papas, la Regla de san Benito habría de borrar de la memoria a los pluriformes irlandeses.

El Papa, obispo de Roma y sucesor de san Pedro, para los irlandeses era una especie de alto rey de la Iglesia pero, al igual que con sus altos reyes, era una figura lejana cuyos deseos poco se conocían y menos se consideraban. Roma, con toda seguridad, era el destino ulterior de todo peregrino –en especial por la cantidad de libros que allí había para traer y copiar–, pero si se trataba de santidad entonces:

Ir a Roma
pocos beneficios, dolor sin fin;
El Maestro que en Roma buscas,
en casa lo encuentras o buscarás en vano.

El Imperio de Occidente ahora apenas si era un vago recuerdo. El último emperador latino había caído a los pocos años de la muerte de Patricio. Y aunque todavía estaba el emperador griego de Oriente en Constantinopla, donde se había establecido desde hacía un buen tiempo un pequeño y bien defendido estado en el Bósforo, dicho emperador bien hubiera podido estar en Timbuktú en lo que a conocer sus leyes en tierras de Occidente respecta. Todas las grandes bibliotecas del continente europeo habían desaparecido. Incluso su recuerdo había desaparecido entre quienes ahora vivían en las emergentes sociedades feudales de la Europa medieval. Las tres primeras bibliotecas públicas se habían fundado en Roma bajo el reino de Augusto y para la época de Constantino existían veintiocho. Para fines del siglo IV, si hacemos caso a un autor, Ammianus Marcellinus, quien quizá peque de hiperbólico, *«Bibliotecis sepulcrorum ritu in perpetuum clausis»* («Las bibliotecas, como las tumbas, estaban cerradas para siempre»).

Para fines del siglo V, de cualquier modo, la profesión de copista prácticamente había desaparecido y los pocos libros que se copiaban lo hacían, a modo personal, los últimos nobles letrados que quedaban para nutrir sus menguadas bibliotecas propias. En el siglo VI, el papa Gregorio I fundó una especie de biblioteca en Roma. Gregorio, bien conocido como Magno, la figura más prominente del continente en su tiempo, tenía en tan poco la perspectiva de los clásicos paganos como Aldhelm y no sabía leer griego. Su biblioteca era pobre. Aun así, la chusma resentida y analfabeta intentó destruir sus pocos libros durante una hambruna, ya que para entonces los obispos católicos se habían convertido en algo así como islas en medio de un mar bárbaro. Algún intercambio de libros continuó ocurriendo en Italia y la Galia –buena parte realizada por los peregrinos monjes irlandeses–, y para cuando terminaba el siglo, Isidoro construía una biblioteca de verdad en Sevilla que consistía en unas quince prensas (una especie de archivadores para libros) que contenían, tal vez, unos cuatrocientos códices empastados, una cifra sorprendente para le época. La otra única biblioteca en el continente, durante este período y de la que hoy se sepa, estaba en Calabria, en el estado monástico de Cassiodorus, que él llamara el Vivarium, pero cuyo destino se perdió en la sangre y el humo del siglo VI. Gregorio de Tours escribió el siguiente triste

epitafio de la cultura escrita en el siglo VI: «En estos tiempos en que la práctica de las letras declina, no, mejor decir perece en las ciudades de la Galia, no ha sido posible encontrar un estudioso que conozca las normas de composición suficientes para presentar, en prosa o en verso, un retrato de las cosas que han acaecido».

Europa occidental a comienzos del siglo VI.

Irlanda, en paz y mientras copiaba con frenesí, se ponía así en la posición única de poder convertirse en la casa editorial de Europa. Sin embargo, los asentamientos sajones al sur de Inglaterra habían aislado a Irlanda dificultándole el comercio con el continente. Mientras Roma y su antiguo imperio desaparecía de la memoria de los hombres y se erguía una nueva Europa analfabeta sobre sus ruinas, una dinámica y vibrante cultura literaria florecía en secreto sobre lo que hubiera sido sus márgenes celtas. Solo faltaba un peldaño para cerrar el círculo que reconectara a Europa con su propio pasado a través de la Irlanda escribana.

Columcille proveyó el peldaño. Al meterse en la chalupa que lo llevaría más allá del horizonte, subió al panteón de héroes irlandeses que habían realizado inmortales hazañas a pesar de la peor

adversidad. Al levantar sus velas aquella madrugada hacía la cosa más difícil que puede hacer un irlandés, algo mucho más difícil que entregar su vida: alejarse de Irlanda. Si el martirio verde había fracasado, este bien podía ser un martirio rojo..., y en adelante, todos aquellos que siguieron la dirección de Columcille se unieron al llamado de un nuevo martirio blanco, el de aquellos que navegaron hacia el blanco cielo de la mañana, camino a lo desconocido, para nunca más volver.

Así la tradición monástica irlandesa comenzó a trascender sus fronteras. Para entonces, ya los monasterios irlandeses habían albergado a muchos miles de estudiantes extranjeros que, equipados con el conocimiento adquirido en Irlanda, volvían a sus lugares de origen. Ahora, además, monjes nativos irlandeses empezarían ellos mismos a colonizar una Europa barbarizada, llevando consigo sus conocimientos. Escocia, su primer puesto de avanzada, la habitaban los pictos, que eran nativos y colonos irlandeses que ya se habían establecido allí en tiempos de Patricio[5]. No muy interesados en construir edificiones espectaculares, los monjes irlandeses preferían dedicar su tiempo al estudio, a la oración, a cultivar el campo y, por supuesto, a copiar libros. De manera que el proyecto fundamental del monasterio de Iona pronto cumplió sus propósitos: una pequeña choza para cada monje; otra, un pco más grande, ojalá en un promontorio, para el abad; un refectorio y una cocina; una escribanía y una biblioteca; una forja, un horno, un molino y un par de establos; una iglesia modesta..., y ya tenían todo lo que necesitaban. Pronto comprendieron que les hacía falta una edificación, un lugar donde recibir a los huéspedes una vez se hizo evidente la necesidad de alojar el rosario de visitantes que empezó a llegar: escoceses, pictos, irlandeses, britanos y hasta anglosajones atraídos por la reputación desmedida de la abadía de Iona. Empezaron a llegar a mares a esta isla remota y muchos no volvieron nunca más a sus hogares.

Así, el infatigable Columcille empezó a soñar con la idea de abrir nuevos monasterios. Entre los toscos escoceses y los tímidos pictos la fama de Columcille se extendió como fuego. (Bueno, después de todo, no era que hubiesen muchas otras cosas ocurriendo por esos lares). Estableció en ciento cincuenta el número tope de monjes para la comunidad de Iona y, una vez llegado a ese número, doce y un monjes debían partir para fundar otra comunidad en nuevo territorio. Nuevos aspirantes seguían llegando a montones. A la muerte de Columcille, en las postrimerías del siglo VI, se habían fundado sesenta comunidades en su nombre a lo largo de las irregulares ensenadas y promontorios rocosos azotados por el viento de Escocia. Cumplió de lejos su cuota

de salvar tres mil y un almas.

En la *Vida de Columcille,* escrita por Adomnan, no se hace mención de Patricio, cosa que no sorprende si se tiene en cuenta que este Adomnan fue abad de Iona ciento cincuenta años después de los tiempos de Columcille cuando ya Iona, Kildare y otros asentamientos cristianos tempranos competían acaloradamente con Armagh, la tierra de Patricio, por el lugar de preeminencia en la Irlanda cristiana. Con todo, la personalidad de Columcille, que brilla a lo largo de toda su obra y de todas las leyendas que de él conocemos, nos convence de que era el hijo espiritual de Patricio y su digno sucesor. Estaba lleno de amor al prójimo, curaba a los enfermos al tocarlos, enviaba «a los infiernos» a quienes saqueaban los lugares de sus amigos e incluso alguna vez se detuvo para recobrar el afecto perdido de una esposa por su esposo a punta de prolongada conversación y rezo. Era duro consigo mismo, dormía, como Jacob, con una roca como almohada. Vivía en fácil comunión con la naturaleza, le hablaba a los animales del bosque y sin el menor problema narraba el primer encuentro, del que se tenga registro, con el monstruo de la laguna de Ness que, al ver el brazo levantado de Columcille, corrió presto a sumergirse en el lago.

En una ocasión incluso volvió a Irlanda (un santo irlandés jamás debe decir de esta agua no beberé) para solicitar ante una convención nacional en Drumceatt que al reino irlandés de Dalriada (que entonces abarcaba la Escocia irlandesa y parte del Ulster) se le hiciera exención del impuesto debido al alto rey de Tara. Columcille se salió con la suya, no hubo quien se le opusiera. También hacía parte de la agenda de los allí reunidos reprimir o contener la orden de los bardos (hay que reconocer que era un grupito complicado), cuyas sátiras eran tan fuertes que a veces mataban y que dondequiera que llegaban sacaban partido del modo más impertinente. La poesía, dijo Columcille (quien fuera el más logrado de los poetas de su tiempo), hacía parte esencial de la vida irlandesa: Irlanda no sería Irlanda sin ellos. No los destierren ni los prohíban, más bien ordenen que amplíen su círculo y que les enseñen a otros lo que saben. Una propuesta irresistible de un irresistible humanista. Mientras convencía a la asamblea allí reunida, mil doscientos bardos alegres irrumpieron en la reunión, cantando alabanzas al santo, quien, con la cara súbitamente enrojecida, se hundió la capucha de su hábito de blanca lana hasta el mentón para ocultar su vergüenza.

Hacia el final de sus días comenzó a tener premoniciones de su muerte. Un día, se despidió de cada uno de sus hermanos que trabajaban en el campo y del bien amado caballo de carga que los

monjes utilizaban para acarrear la leche. Como última tarea de su vida escogió sentarse y continuar con su labor de copiar un manuscrito. Mientras transcribía el salmo 34 se detuvo al completar las siguientes palabras: «Pero quienes buscan al Señor no desearán nada que sea bueno». Dejó descansar la pluma y susurró: «Dejemos que Baithen escriba el resto». Esa noche, como de costumbre, Columcille se levantó de su cama espartana para unirse a sus hermanos en lo cánticos del oficio de medianoche. Cuando los monjes se acercaban a la oscura iglesia lo encontraron en éxtasis sobre el altar. Él los bendijo a todos y murió.

«Fue», escribió la historiadora Kathleen Hughes, «un hombre de altísima cuna, con todas las ventajas naturales del mando que tal circunstancia otorga en una sociedad aristocrática. Tenía el don de una segunda vista junto con el poder para ejercer control sobre otros hombres gracias a la fuerza de su personalidad. Era un agudo juez del carácter y, sin embargo, a la vez un hombre simpático y amable. Sus monjes, los laicos, incluso los animales sentían su atracción. Podía horrorizar, podía consolar, podía deleitar». Este monje-guerrero, este *hombre de acero,* como lo llamó el historiador francés de la vida monacal Jean Decarreaux, había creado, gracias a su peculiar obstinación, una sociedad cristiana y letrada entre los escoceses y los pictos al norte de la Gran Bretaña. Ahora, tras su muerte, una oleada nueva y fresca de sus hijos, de sus tenaces e incondicionales hijos, empezó a provocar la misma transformación entre los anglos paganos de Northumbria desde su nuevo (pero pronto fabuloso) monasterio en la isla de Lindisfarne bajo la dirección del más grande heredero espiritual de Columcille, Aidan. Así como Columcille había bautizado a Escocia –y le había enseñado a leer–, así Aidan haría lo mismo en todo el norte de Inglaterra.

Del mismo modo que el infatigable guerrero Cuchulainn había servido como el modelo prehistórico de la virilidad irlandesa, Columcille se convirtió ahora en el modelo para todos aquellos que quisieran la victoria definitiva. Empezaron a salir monjes para todos lados dispuestos a un exilio grlorioso y heroico en nombre de Cristo. Se trataba de monjes-guerreros, por supuesto, y con seguridad de monjes que no se amedrentarían ante ningún monstruo que pudiera aparecer en su camino. Algunos se dirigieron al norte, como Columcille. Otros, al noroeste, como Brendan el Navegante, quien visitara Islandia, Groenlandia y Norte América y que cenó sobre una ballena en la mitad del océano. Algunos partieron en embarcaciones sin remos para así poner sus destinos completamente en las manos de Dios. Muchos de estos exiliados terminaron en la Europa continental,

en donde les dieron guerra a cuanto bárbaro encontraron. Ellos, que nunca fueron conquistados por los romanos (y que solo fueron evangelizados, por decirlo de algún modo, por accidente gracias a la figura de Patricio, el romano imperfecto), se encargaron de llevar de nuevo la civilización antigua a su antiguo hogar.

Uno de estos viajeros imprevisibles fue Columbanus: unos veinte años menor que Columcille y nacido en la provincia de Leinster cerca del año 540, se hizo monje en Bangor, donde permaneció veinticinco años. Cerca del año 590 se embarcó, con los consabidos doce compañeros, camino a la Galia, donde fundó en rápida sucesión tres monasterios ubicados en los bosques entre los bárbaros suevos: Annegray, Fontaines y Luxeuil, una de las fundaciones más importantes de la alta Edad Media. Semejante actividad solo puede significar que Columbanus tuvo un éxito similar al de Columcille en aquello de atraer hacia sí el talento local.

Sin embargo, no mucho después, entra en conflicto con los obispos de la región que se molestan con su presencia. Los obispos, siguiendo el viejo patrón de conducta episcopal romano, vivían urbanamente en las ciudades capitales y mantenían lazos estrechos con aquellos que tenían corona para así cuidar de sus rebaños regionales constituidos por funcionarios más o menos cultos y menos cultos, los residuos fantasmagóricos de una sociedad que ya no existía. A estos hombres de la Iglesia jamás se les hubiera ocurrido aventurarse más allá de unas pocas calles bien mantenidas para meterse en unas montañas a medio cultivar donde los suevos levantaban sus asentamientos. Pero, para Columbanus, un hombre así, que no es capaz de dar un paso fuera de su propio circulito de escogidos para ir a proclamar la Buena Nueva, es una excusa muy poco convincente para un obispo. En el año 603 el obispo manda a llamar al santo para que se haga presente en un sínodo en Chalon-sur-Saône. Columbanus, que tiene demasiado que hacer como para asistir a semejante farsa, envía en su lugar una carta..., una carta muy bien pensada para sacar a todos los obispos de sus firmes goznes:

> A sus santidades y padres, o mejor hermanos en Cristo, señores obispos, sacerdotes y demás órdenes de la santa Iglesia, yo, Columba el pecador, envío mís saludos en Cristo:
>
> Doy gracias a Dios porque, en mi propio beneficio, tantos hombres santos se reúnan y así tratar sobre la verdad de la fe y de las buenas obras y, para que, como tales, juzguen sobre el asunto en disputa con juicio y tino a través de los sentidos bien afinados de modo que les sea posible discernir el bien y el mal. ¡Ojalá lo hicieran con más frecuencia!

El irlandés prosigue llamándole la atención a los obispos sobre su relajación mundana, su falta de diligencia y trabajo y por entrometerse en su misión. Tienen demasiadas cosas por las que debieran preocuparse como para meter las episcopales narices en sus asuntos, esto es, si asumieran sus responsabilidades con seriedad. Formula sus críticas con deferencia («en el caso de que ustedes, nuestros padres, estén dispuestos a recibir enseñanzas de sus menores»), pero no cabe duda sobre lo que quiere dejar en claro. Recomienda su propia forma de vida antes que sus tantas reverencias («si todos escogiésemos la humildad y la pobreza en nombre de Dios») y les urgen, «como lo señala el Evangelio», volverse como niños: «Porque un niño es humilde, no alberga el recuerdo de la injuria, no codicia la mujer cuando mira, sus labios y su corazón hablan la misma lengua». Suena casi como si el santo conociera los pecados ocultos de cada obispo... y quisiera echárselos en cara.

No hace falta decirlo, no logra hacer amigos entre los asistentes al sínodo, y cuando se procura la animadversión de Brunhilda, la perversa princesa visigoda, los obispos conspiran con ella para que se destierre a Columbanus. Así, obligan a Columbanus y sus monjes a despedirse de sus florecientes comunidades, ahora ya pobladas de monjes germanos nativos y a viajar, acompañados por una escolta real, hasta Nantes, el puerto desde donde serán embarcados de vuelta a Irlanda. Camino de Nantes uno del grupo, el viejo Deicola, encuentra que no puede seguirlos. Se queda atrás y construye su propia choza en pleno bosque en un lugar llamado Lure, que más tarde se convertirá en otro histórico monasterio. Cuando por fin ponen a bordo a Columbanus y a su grupo en Nantes, el barco naufraga y Columbanus escapa con cuatro compañeros. Doblemente exiliados (ahora de la Galia borgoñesa y antes de Irlanda), Columbanus piensa ir al norte de Italia a convertir a los lombardos. Pero mientras atraviesa los Alpes se ve obligado a detenerse en Arbon, cerca de Bregenz sobre el lago Constanza, porque Gall, su experto en lenguas germánicas, cae enfermo con fiebre y se niega a seguir adelante. Tras una acalorada discusión, Columbanus deja atrás a Gall y con el resto de sus compañeros se dirige a las planicies de Lombardía, donde fundarán, en Bobbio, el primer monasterio italo-irlandés. El vigoroso Columbanus, ya con setenta y pico de años encima, participa en los trabajos de construcción cargando con alegría vigas en sus espaldas.

Columbanus llega a la Lombardía en el año 612. Al año siguiente derrocan a su vieja enemiga Brunhilda y la nobleza franca la ejecuta brutalmente. Clotario de Neustria, quien siempre fuera amigo de Columbanus y que ahora domina sobre los francos de la Borgoña,

envía una delegación al otro lado de los Alpes cargada de cofres de oro para ayudar en los trabajos de construcción en Bobbio y una invitación en la que se le ruega a Columbanus que vuelva a Luxeuil. Pero el vigoroso y viejo abad no acepta. Morirá en Bobbio, no sin antes enviar más cartas, incluida una muy larga al papa Bonifacio IV, en la que le llama la atención por haber sido incapaz (en opinión de Columbanus) de ponerle buen fin a la controversia nestoriana, una complicada disputa griega sobre las «naturalezas» de Cristo que quizá el mismo Columbanus no entendió muy bien. Incluso se atreve a hacer un juego de palabras con el nombre del predecesor de Bonifacio, el papa Virgilio: *«Vigila, ataque quaeso, papa, vigila, et iterum dico, vigila; quia forte non bene vigilant Vigilius»* («Vigila, pues, te ruego, Papa, vigila, y de nuevo lo repito, vigila ya que quizá quien se apelaba Vigilante no lo hizo»). Esta no fue la primera carta de Columbanus a un Papa, ni tampoco la primera vez que se tomaba a la ligera el nombre de uno de ellos. En una misiva al papa Gregorio I el Magno, cuando sorteaba su disputa con los obispos, Columbanus había escrito en el más familiar de los tonos –como si se tratase de un íntimo viejo amigo– y había hecho un juego de palabras con el predecesor de Gregorio, León I el Magno, recordándole a Gregorio de las escrituras donde se decía que «un perro vivo es mejor que un león muerto». En respuesta a cada una de estas cartas Columbanus solo recibió el frío silencio pontificial.

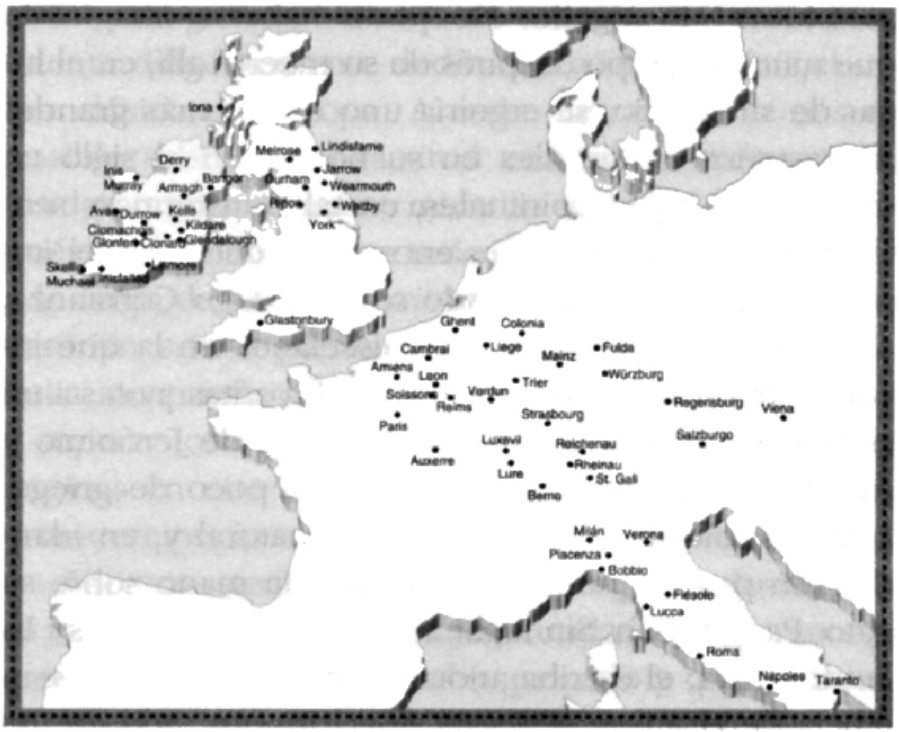
Esta conducta fanfarrona ha confundido a los historiadores llevándolos a preguntarse si Columbanus no estaría un poco mal de la cabeza. Pero yo creo que su actitud bien se la podemos achacar a su ser irlandés. (Incluso le alardea a Bonifacio sobre «la libertad para discutir que caracteriza a mi tierra»). En la fría Irlanda, carente de ciudades, todos trabajaban en estrecha colaboración durante el día y dormían unos al lado de otros en la noche. Aun el rey era íntimo de cualquiera: la palabra irlandesa *ri* sugiere una intimidad inimaginable con el vocablo latino *rex*. Para Columbanus, el Papa era otro de los hermanos, un padre abad, digno de respeto sin lugar a dudas, pero a quien también, como a cualquier hombre, podía venirle bien un tirón de orejas de vez en cuando. Es más, el tirón de orejas bien podía ser nuestro deber religioso, por decirlo de alguna manera.

Cualquier duda sobre la conducta de Columbanus se desvanece si se miran con seriedad sus logros: a su muerte, en el año 615, había dejado un cuerpo de obra considerable: cartas y sermones notables por su juguetona manera de imitar autores clásicos como Safo, Virgilio, Ovidio, Juvenal, Marcial y hasta Ausonio; instrucciones para sus hermanos; poemas y canciones, incluida una alegre canción de

marinos, más la quizá más grande herencia de monasterios en el continente diligentemente dedicados a reintroducir el saber clásico en Europa. A estas alturas ya no nos es posible saber con exactitud cuántos monasterios se fundaron en su nombre mientras vivió ni cuántos después de su muerte. Con todo, la cifra, que se extiende a lo largo de anchos territorios que más tarde se convertirían en los países de Francia, Alemania, Suiza e Italia, no puede ser menor de sesenta y podría llegar a superar los cien..., suficientes para llenar un par de páginas de este libro. En el continente europeo solo estuvo veinticinco años.

Un monasterio del que se tiene alguna información es el de San Gall, en los Alpes, fundado por un monje con el que Columbanus había peleado y que luego se convirtió en una de las figuras principales en la fundación de la Iglesia suiza. Al verse, tras la enfurruñada partida de Columbanus, solo en medio de lobos, osos y alemanes analfabetos, Gall, un hombre más paciente que Columbanus, se puso a visitar vecinos y a instruirlos en la fe y las letras. Solo se conoce una obra de su mano, un sermón de tal honestidad, sencillez y generosidad que, aún hoy, alcanzamos a ver por qué conmovió a los alemanes. En el año 615, mientras Columbanus yacía en su lecho de muerte, alguien golpeó en la puerta de Gall: un grupo de hermanos de Bobbio venía con una comitiva abacial: traían las excusas tardías y el reconocimiento implícito, de parte de Columbanus, de que él, Gall, era el más grande de sus hijos espirituales. Al año siguiente, en el 616, Gall, cuya labor empezaba a ser bien conocida, rechazó el ofrecimiento de hacerse obispo de Constanza, y en el 627, una invitación para que volviera a la floreciente Luxeuil como abad. Se quedó a cumplir con su tarea y, para su muerte, en el 645, todos los alemanes habían recibido el Evangelio. No pudo haberse imaginado que mucho tiempo después de su muerte allí, en el lugar de su trabajo, se erguiría uno de los más grandes monasterios medievales en su honor. En el siglo IX, uno de sus hijos espirituales, un tal Leinsterman, sentado en uno de los ahora enormes escritorios del imponente monasterio volcado sobre el lago Constanza, se dispondría a escribir una miscelánea en la que incorporaría pedazos de sus lectura favoritas: notas a un comentario sobre la *Eneida,* extractos de Jerónimo y Agustín, algunos himnos latinos, un poco de griego, pedazos idiosincráticos de historia natural y, en irlandés, un poema perfecto de su propia mano sobre su gato, Pangur Ban. Sin lugar a dudas pensando en su Irlanda nativa, el escriba anota también la siguiente sentencia de Horacio: *«Caelum non animum mutant qui tans mare current»* («Quienes atraviesan los mares cambian de cielo pero no

de alma»). Una bonita máxima para todos los exiliados y, en este contexto, un recordatorio de la tenacidad y persistencia del carácter irlandés.



Centros más importantes de influencia cristiano-irlandesa.

Es mucho lo que no sabemos sobre estos exiliados irlandeses. Sus construcciones de adobe y caña hace mucho tiempo desaparecieron e incluso muchos de sus preciosos libros han corrido la misma suerte. Pero lo que ellos conocían –la *Biblia* y las literaturas griega, romana e irlandesa–, nosotros lo conocemos gracias a que ellos nos lo legaron. La Biblia hebrea se hubiera salvado sin su trabajo, hubiera llegado a nosotros a través de dispersas comunidades judías. La Biblia griega y sus glosas y buena parte de la literatura clásica griega se conservó en más o menos buen estado en Bizancio y quizá, por tanto, tendríamos acceso a ella *en algún lugar*... si nos tomáramos la molestia de buscarla. Pero casi con absoluta seguridad la literatura latina se hubiera perdido de no ser por los irlandeses y la Europa analfabeta apenas si hubiera desarrollado sus grandes literaturas nacionales de no ser por el ejemplo del irlandés, la primera literatura vernácula que se puso sobre el papel. A más de esto, en Occidente se habría perdido no solo la

capacidad de leer y escribir sino todos los hábitos mentales que estimulan el pensamiento. Y cuando se inició la expansión islámica medieval, esta hubiera encontrado escasa resistencia a sus designios: apenas unas tribus animistas desperdigadas por ahí y listas para adquirir una nueva identidad.

Ahora, qué estado de cosas hubiera sido mejor o peor es algo que dejo al criterio del lector, pero lo cierto es que los mártires blancos, vestidos como druidas con sus características sotanas de blanco algodón, se expandieron con júbilo por toda Europa fundando monasterios que con el tiempo se convertirían en las ciudades de Lumeje, Auxerre, Laon, Luxeuil, Lieja, Tréveris, Würzburg, Regensburg, Rheine, Reichenau, Salzburgo, Viena, Saint Gall, Bobbio, Fiésole y Lucca, por solo mencionar unas pocas. «El peso de la influencia irlandesa en el continente», admite James Westfal Thompson, «es imponderable». San Fursa el Visionario viajó de Irlanda a East Anglia, luego a Lagni un poco al este de París, de allí a Péronne, que más tarde se conocería como *Peronna Scottorum,* o sea, Péronne de los irlandeses, y ciudad de Fursey. Caidoc y Fricor fueron a la Picardía. Virgilio el geómetra, un escritor satírico irlandés, se hizo obispo de Salzburgo. Donatus, el académico, de acuerdo con su epitafio «Scottorum sanguine creatus» («nacido de sangre irlandesa»), fue escogido por elección popular como obispo de Fiésole, donde ejerció su cargo durante casi cincuenta años. San Cathal (o Cahill para utilizar la ortografía moderna), muy venerado hasta el día de hoy en el sur de Italia como san Cataldo, se sorprendió cuando, al volver de una peregrinación a Tierra Santa, se encontró con que había sido electo obispo de Taranto, una ciudad sobre el arco de la bota itálica. También hubo mujeres en el exilio, y aunque sabemos aún menos sobre ellas de lo que sabemos sobre los hombres, las iglesias levantadas en honor de Brígida en Francia, Alemania, Austria e Italia son testimonio de su presencia. En Amay, en Bélgica, se descubrió, en 1977, un sarcófago ornamentado al estilo celta que deja ver la imagen de una mujer (misteriosamente apodada «santa Chrodoara») que lleva en la mano un báculo obispal. Más de la mitad de todos los comentarios a la *Biblia* de los que hoy disponemos, escritos entre los años 650 y 850, fueron escritos por irlandeses. Antes de que culminara el siglo VIII, estos exiliados habían llegado hasta Modra, en Moravia, donde han excavado una vieja iglesia que se parece muchísimo a la pequeña iglesia de Glendalough. Se han encontrado rastros de los mártires blancos en lugares tan lejanos como Kiev. Pero la lista de misioneros y sus fundaciones llenaría otro capítulo. Baste decir que, tan tarde como el año 870, Heiric de Auxerres puede todavía exclamar

en su *Vida de san Germán:* «¡Casi toda Irlanda, desdeñando el mar, está emigrando hacia nuestras costas con un rebaño de filósofos!»

Una vez llegados a este punto, la transmisión de la civilización europea estaba asegurada. Dondequiera que fuesen, los irlandeses llevaban consigo sus libros, muchos de ellos libros que en Europa no se veían desde hacía varios siglos..., y los llevaban atados a sus cinturas como símbolos de victoria, igual que en otro tiempo sus héroes habían llevado a sus cinturas las cabezas de sus enemigos. Dondequiera que fuesen llevaban su amor por el conocimiento y su destreza para fabricar libros. En las bahías y los valles que fueron su exilio restablecieron la lectura y la escritura y dieron nueva vida a la exhausta cultura literaria de Europa.

Así fue como los irlandeses salvaron la civilización.

Notas al pie

1 El primer día de mayo, conocido como Beltaine, se festejaba una celebración de primavera caracterizada por fogatas, bailes alrededor de palos de mayo y libertinaje sexual. La última noche de octubre, conocida como Samain, señalaba el inicio del invierno y era una noche en la que a los fantasmas y otros espíritus malignos del otro mundo les era permitido asustar a los vivos.

2 Un *glen,* en irlandés, es un valle que se forma alrededor de precipicios o montañas rocosas. Glendalough significa por tanto el *glen* de los dos lagos. Kevin prefirió el lago superior por ser más remoto... y probablemente más frío.

3 En tiempos de Patricio, la Gran Bretaña era una isla habitada por celtas romanizados (que nosotros llamamos antiguos britanos) y por los feroces y no romanizados pictos, que se pintaban los cuerpos con figuras y horrorizaban a los romanos; de allí su nombre de *Picti* (la gente pintada). Patricio era un antiguo britano celta y romanizado y por tanto no un cabellero inglés. Los anglogermanos germánicos, los sajones y los jutos asolaban las costas sur y oriental de la isla británica, pronto se establecieron allí y empujaron a los celtas romanizados hacia lo que hoy es el País de Gales y la península de Cornualles. Este pueblo nuevo, para comenzar pagano, pero luego evangelizado en el siglo VII por un bibliotecario romano llamado Agustín (*no* de Hipona), fue el que le dio nombre a su nuevo hogar, que vendría a llamarse Angland o Inglaterra.

4 Una teoría sumamente coherente al respecto se encuentra en el libro *The Boyne Valley Vision* (Portaloise, 1980), de Martin Brennan. Allí sostiene que las tallas realizadas sobre las tumbas de Boyne son un antiguo mapa estelar y un calendario mediante los cuales se predecían, como en Stonehenge, sucesos celestiales.

5 En la Antigüedad clásica y a todo lo largo de la Edad Media, los irlandeses eran conocidos en latín como los *Scotti* o *Scoti,* de modo que, cuando a un nombre se le agregaba al final el vocablo *Scotus,* esto denotaba un origen irlandés. Irlanda se conocía en latín como *Hibernia* y algunas veces como *Scotia. Scotia Minor,* como se conocía entonces la colonia irlandesa en el norte de la Gran Bretaña, terminó por llamarse *Scotia* en breve o Escocia.

VII

El fin del mundo

¿Queda alguna persona?

El día de Pentecostés del año 597, pocos días antes de que el gran Columcille expirara en su isla monasterio de Iona, un tímido bibliotecario romano que Gregorio I el Magno había enviado para evangelizar a los ingleses bautizaba a un rey en Canterbury, la capital de Inglaterra[1]. A pesar de que Patricio había llevado el Evangelio a los irlandeses ciento cincuenta años atrás y de que Columcille había estado entre los escoceses cuarenta años antes de la fecha aquí señalada, esta ocasión se constituyó en la primera misión papal enviada a los paganos. Así, pues, se inicia un nuevo capítulo en la historia de la Gran Bretaña, en donde los primeros habitantes cristianos, los celtas britanos de tiempos de Patricio, habían sido desplazados poco a poco hacia el occidente por aquellos aventureros y salteadores sajones, anglos y jutos paganos que finalmente se habían establecido de tal modo que podían considerar el este de la Gran Bretaña como territorio suyo. A la muerte de Columcille, estos colonos germanos ya hacía tiempo se habían establecido en el sur de la gran isla que ahora llamaban Inglaterra y le habían dado a sus territorios particulares nuevos nombres como Kent, Essex (Sajonia del este), Wessex (Sajonia del oeste) y Sussex (Sajonia del sur). Y continuaban empujando a los celtas britanos cada vez más y más hacia el oeste..., hasta la península de Cornualles y más allá del río Severn, al país de Gales. Hacia el norte, su presión se extendió más allá de la muralla de Adriano hasta el río Tweed, hoy por poy la frontera natural de Escocia, en donde fundaron el reino de Northumbria. Esta presión despiadada y sin tregua se convirtió en el hecho más importante en la vida cotidiana de sus víctimas, los britanos, que eran a la vez celtas y cristianos y que odiaban a su enemigo pagano. Lo último que se les hubiera ocurrido a estos britanos celtas era llevar el Evangelio a

semejantes bestias.

Los celtas irlandeses, que no habían padecido el peso de la mano anglo-sajona, no tenían la misma aprensión. Al tiempo que los nuevos ingleses invadían los viejos territorio celtas, los monjes irlandeses se lanzaron en una invasión espiritual de Inglaterra desde su isla monasterio de Lindisfarne, en la esquina nororiental de Northumbria, y fundaron nuevos monasterios en rápida sucesión. Gracias a esta tarea se puede decir que Aidan, el discípulo bien amado de Columcille y primer abad de Lindisfarne, tiene mucho más derecho que Agustín de Canterbury para adjudicarse el título de apóstol de Inglaterra, ya que, como ha señalado el historiador escocés James Bulloch, «Toda Inglaterra, al norte del río Támesis, debe su conversión a la misión celta». Además, Lindisfarne no fue la única plataforma de lanzamiento de los monjes irlandeses: tenían muy buenas relaciones con los celtas britanos y, por tanto, comenzaron a crear bases en los territorios del occidente también.

Con todo, el cristianismo romano de la Canterbury de Agustín, más estricto, también se fue expandiendo lentamente hacia el norte y el oeste a lo largo de los territorios ingleses y era menester que algún día se topara con el cristianismo celta que bajaba en la dirección contraria. Un conflicto entre costumbres y sensibilidades era inevitable, igual al que había ocurrido entre Columbanus y los obispos borgoñeses. El enfrentamiento se dio en un sínodo que tuvo lugar en el año 664 en la abadía de Whitby, en Northumbria, en el que el rey de Northumbria se pronunció en favor del partido «romano», es decir, el partido heredero de la misión papal que cumplió Agustín.

El debate principal, como había sido también el caso durante el sínodo en la Borgoña, era sobre la fecha correcta para celebrar la Pascua. El partido romano consideraba que los cálculos celtas, distintos a los suyos por una diferencia de unos pocos días (o, en algunos casos, semanas, años), equivalían a herejía. Además, para la Iglesia, durante sus primeros siglos, dominada por las sutilezas del pensamiento griego, no había más que dos alternativas: o se malentendía la relación exacta entre las naturalezas divina y humana de Cristo o se aseveraba que Cristo era más de una persona a la vez o algo similarmente oscuro y entonces quien lo hiciera calificaba para convertirse en un hereje a secas. Los primeros padres de la Iglesia no deberían haber tenido tiempo para preocuparse por algo tan prosaico como el cálculo de unas fechas del calendario. Que un problema de esta índole haya llegado hasta casi provocar un cisma, no es más que una prueba del grado de rigidez y cortedad de miras a la que había llegado el pensamiento de la época.

En fin, el caso es que el partido irlandés cedió, con unos cuantos que se negaron a hacerlo y que ya volverían con su cuento después de un tiempo. Aceptaron, sin embargo, y a pesar de sus reservas, que quien fuera su padre en Dios, Columcille, cuyo nombre invocaban en todas sus ceremonias, venía en segundo lugar después de Pedro, príncipe de los apóstoles del Señor y en cuyo nombre argumentaba el partido romano. La solución, como el problema, fue tonta y estrecha: nuestras reliquias –los huesos de nuestro fundador– son más santos que los vuestros, de modo que Roma es más grande que Iona y, por tanto, la razón y el derecho están de nuestro lado.

Esta escena en Whitby se ha utilizado una y otra vez, tanto por anglicanos como por católicos romanos, para defender sus respectivas posiciones contra los contrarios, y es casi imposible leer a cualquier historiador del período sin recibir un tufillo de parcialidad y arbitrariedad. Para los anglicanos, el enfrentamiento es una prueba de que existió una Iglesia «británica» autóctona que antecedió a la intervención romana. Para los católicos, la aquiescencia celta fue una prueba de que, una vez los celtas cristianos pensaron bien la cosa, comprendieron que Roma era el canon necesario de la ortodoxia. Me parece que se ha exagerado demasiado el significado de este altercado, y esto, en buena parte, gracias a que nuestra fuente, Bede (un monje historiador de comienzos del siglo VIII que pertenecía a la abadía de Jarrow, en Northumbria, un monasterio satélite del de Lindisfarne), le dio demasiada importancia. Siendo como era un hombre de su tiempo y un excelente narrador de historias, Bede, a pesar de ser un gran admirador de la espiritualidad y conocimientos irlandeses, se dejó impresionar dolorosamente por la importancia de la uniformidad. Cummian, un abad irlandés que ayudó a conducir al partido celta hacia la observancia de la norma romana, nos da una visión más equilibrada cuando critica con humor el razonamiento celta: «¿Qué imagen más terca y enrevesada podría proyectar nuestra Iglesia que la que daría si dijésemos: “Roma está equivocada, el mundo entero está equivocado. Solo los irlandeses y los britanos saben qué es lo correcto, este par de pueblos de los que se puede decir que habitan en las postrimerías del mundo y que, por tanto, no son más que un barrillo en el mentón del mundo?”». En otras palabras, que la opinión universal, antes que alguna norma arbitraria de Roma, era la que debía inducir a los celtas a cambiar de opinión.

Quizá el carácter trivial del enfrentamiento se vea más claro si se mira el otro punto que consignaba la agenda de Whitby: la tonsura irlandesa; esta, a diferencia de la romana que consistía en cortarse al rape un círculo alrededor de la coronilla de la cabeza, se realizaba

afeitándose un arco de oreja a oreja y de allí hasta la frente, dejando que el pelo creciera tan largo como fuese de ahí hacia atrás. Incluso a nuestros ojos la tonsura irlandesa nos parecería ridícula, pero para los romanos era prueba de la condición de bárbaros. ¿Cómo podían estos tipos, de apariencia tan grotesca, siquiera pretender que semejante tonsura fuese un signo de consagración?

Ahora, lo que en verdad sorprende de este período visto en su conjunto –y quizá también de lo que en efecto ocurrió en Whitby– es la estrecha cooperación fraternal que se dio entre irlandeses e ingleses. Los sajones cristianos siempre recibieron calurosamente a los irlandeses como hermanos y hermanas mayores en Cristo y tomaron copiosamente cosas de ellos, de sus generosos mayores. Si los cristianos pertenecientes a distintas tribus hubieran cooperado unos con otros en todo tiempo y lugar como lo hicieron aquellos hombres y mujeres, el mundo de hoy sería otra cosa.

Los monasterios sajones, con frecuencia fundados por monjes irlandeses, aprendieron de estos últimos el arte de la escribanía y el respeto por la palabra escrita. Los Evangelios de Lindisfarme, ejemplo tan consumado del arte escribano irlandés como lo es el Libro de Kells, fue el trabajo de Eadfrith, sucesor de Aidan como abad de Lindisfarne, el mismo Eadfrith a quien Aldhem de Malmesbury se dirigiera por carta cuando el primero era un estudiante inglés en Irlanda, advirtiéndole sobre el relajamiento de los irlandeses en lo que atañía a la literatura pagana. A pesar de que los Evangelios de Lindisfarne (prácticamente el único códice para el que existe el nombre de su escribano) en la obra de un inglés, su espíritu es manifiestamente irlandés. Los sajones también absorbieron la devoción celta por el pasado ancestral y continuaron contando historias relativas a sus antiguos héroes. Igual que los irlandeses, con frecuencia reimaginaron sus leyendas y les dieron un giro cristiano. Beowulf, el gran héroe germano-inglés, es sin duda un guerrero pagano pero lo presentan como modelo de la virilidad sajona: leal, valiente, generoso. Mientras el poeta cantaba la leyenda, el auditorio cristiano inglés captaría la insinuación escondida detrás del texto del poeta: que Beowulf, forcejeando con los monstruos, era una especie de Cristo luchando con Satán. De hecho, tanto los mitos y leyendas celtas como los sajones se estaban convirtiendo en viejos testamentos seculares, historias que carecían de las revelaciones francas y directas hechas a un Abraham o a un Moisés, pero que igual eran historias simbólicas de una salvación en las que se podía leer acerca de los viajes de un pueblo que, a través de aciertos y errores, de profecías y de instinto, seguía su camino en busca de la verdad con impulso

suficiente, gracias a su bondad intrínseca, para cruzar la oscuridad y la muerte.

La actitud griega frente al pensamiento ya se había perdido casi del todo. Aunque el bautismo había conectado a los irlandeses a un mundo más amplio, apenas si los convirtió en atenienses. Y aunque irlandeses (y ahora también sajones) habían logrado transcribir con éxito las obras de los filósofos clásicos, en realidad no podían entenderlos..., así como tampoco podían hacerlo, para el caso, los pocos romanos de Occidente que quedaban como Gregorio I el Magno. La disciplina intelectual ligada a las facultades de distinción, definición y dialéctica que alguna vez fueron la gloria de hombres como Agustín, le eran inalcanzables a un lector de la Edad Media que aprehendía el mundo de manera simple e inmediata, siempre enmarcado todo por el mito y la magia. Estos hombres ya no subordinaban una reflexión a otra con precisión matemática; lo que hacían, en vez, era percibir similitudes y equilibrios, tipos y paradigmas, paralelismos y símbolos. Se trataba de un mundo de imágenes y no uno de pensamientos.

Incluso los «romanos» presentaron su punto de vista en Whitby de este modo. No discutían porque la genuina discusión intelectual estaba fuera de su alcance. Blandían figuras e imágenes para hacerse entender: un poco de huesos *versus* otro poco de lo mismo. Es más, el rey de Northumbria, quien diera su voto en favor del partido romano, lo hizo porque se imaginó que Pedro, el supuesto primer obispo de Roma y a quien Jesús había entregado, en la frase metafórica, las «llaves del reino de los cielos», utilizarían esas mismas llaves para cerrarle el cielo en el caso de que votara contra Roma.

Los romanos ni siquiera se tomaron la molestia de elaborar una lista extensa de cargos como antaño hubiera sido el caso en los primeros congresos de la Igleia. Después de todo los irlandeses se prestaban para ello: tenían costumbres peculiares, alentaban la diversidad, gozaban demasiado para su propio bien con la literatura pagana, descuidaban la uniformidad de la regla monástica y, tal vez peor que todo lo anterior, algunas veces hasta permitían que una mujer gobernara sobre uno de esos monasterios. Sin embargo, el sínodo tuvo lugar en Whitby, un monasterio mixto al estilo celta: ¡dependía de Lindisfarne y lo gobernaba la gran abadesa Hilda! Con razón el partido romano, sabiamente, limitó sus objeciones a los dos asuntos que más le irritaban por tratarse de los más *visibles:* la tonsura y los huesos. Para mediados del siglo VII la imagen visible ha adquirido mucho más peso en la realidad que el pensamiento invisible.

Otra razón que explica por qué estos practicantes provincianos de la *Romantià* fueron más circunspectos de lo que de otro modo y en otro tiempo hubieran sido, es que el colapso del imperio y el surgimiento de los feudos bárbaros habían hecho mucho más lento el proceso de las comunicaciones. Una vez sin la red de comunicaciones eficiente del Imperio Romano, la uniformidad corría muchos peligros. Durante siglo y medio, en lo que va de mediados del siglo V a finales del VI, hasta donde sabemos, no hubo comunicación formal alguna entre Roma y los cristianos de la Gran Bretaña, así como nunca la había habido tampoco entre Roma e Irlanda, lo que explica por qué los celtas todavía celebraban la Pascua siguiendo unos cálculos que en Roma ya habían sido cambiados dos veces. En estas islas marginales, ¿cómo podía nadie saber qué estaba *in* y qué esta *out* en Roma, para no hablar de los otros centros antiguos de la cristiandad? Fueron tiempos propicios para la diversidad, y los irlandeses prosperaban en ello.

Para la segunda mitad del siglo VII el ímpetu misionero irlandés está en pleno auge y a su fuerza se le suman frescas oleadas de misioneros ingleses, quienes, emulando a sus hermanos mayores, irrumpen sobre las tierras germánicas de donde, a su vez, sus propios ancestros alguna vez habían partido. Wilfredo, líder del partido ganador en Whitby, vuelca su fervor sobre Frisia. Willibrord fundó el monasterio de Echternach en Luxemburgo (de donde surgirían los Evangelios de Echternach, compañeros soberbios de los de Lindisfarne), y él y Bonifacio establecieron diócesis en Utrecht, Würzburg, Eifurt, Eichstadt y Passau. Bonifacio fundó la gran abadía de Fulda y estableció más monasterios en Disbodenburg, Amoenaburg, Fritzlar, Buraburg y Heidenheim y restauró la sede de Mainz donde él mismo sería después arzobispo. Para mediados del siglo VIII casi toda Frisia, Sajona, Turingia, Baviera y parte de Dinamarca habían recibido el Evangelio.

A muchas de estas nuevas fundaciones llegaban libros fruto del esfuerzo de los escribas isleños. Bonifacio y Alcuin (el monje de Northumbria que estuvo en la corte de Carlomagno y que en el año 782 se encargó de la rectoría de la Escuela Palatina, más adelante convertida en la Universidad de París) nunca encontraban los libros que necesitaban en el continente y, por tanto, enviaban permanentemente solicitudes urgentes a las fundaciones en la Gran Bretaña para que enviasen obras básicas. A la hora de la verdad, el arte de la escribanía era virtualmente desconocido en los monasterios de cepa italiana y gálica. El arte del manuscrito monacal viajó de talleres en Siria y Egipto, vía Irlanda y la Gran Bretaña, hasta llegar

por último al continente europeo. Ahora, las reducidas existencias de códices en el continente empezaron a crecer sin detenerse. A mediados del siglo VIII, por ejemplo, el Fulda se empleaban cuarenta escribas de tiempo completo.

Con la llegada al trono de Carlomagno como rey de los francos, y tras sorpresiva coronación de manos del Papa el día de Navidad del año 800 como Emperador del Sagro Imperio Romano, podemos empezar a hablar de Francia con propiedad antes que de la Galia. Carlomagno presidió sobre el primer renacimiento medieval de Europa un fugaz florecer cultural que apenas si sobrevivió a su reinado. Su influencia más duradera se debe al surgimiento de la lectura y la escritura ya que él mismo urgía (y apoyaba) elevar los niveles de la educación que se impartía en las pocas y pobres academias que existían. Que él mismo fuese analfabeto y que solo tarde en la vida hiciese penosos esfuerzos para aprender a descifrar algunos textos sencillos, aunque nunca llegara a cogerle el tranquillo al asunto de escribir, es prueba suficiente de los niveles de la época. Sin la precedente (y continuada) influencia de los códices irlandeses, el renacimiento carolingio hubiera sido imposible. Es por esto que, como nos dice Einhard, su biógrafo, Carlomagno *«amabat peregrinos»* («amaba a los monjes viajeros»).

Y en efecto, parecían estar por todas partes. Alguna vez, mientras Carlomagno se encontraba devanándose los sesos sobre lo que quiera que fuese un eclipse, Dungal, un ermitaño irlandés que vivía en Saint Denis, fue invitado para que instruyese al rey en tan abstrusa materia, cosa que este cumplió mediante una carta que aún tenemos. Se sabe de otro caballero irlandés que residía en la corte de los francos, Dicui, el primer geógrafo, cuyo frío escepticismo y acotaciones irónicas en sus *Medidas del globo* aún hoy dan para una lectura entretenida. Otro cortesano irlandés de quien vale la pena hablar fue Sedulius Scotus, un ciceroniano revisionista y ameno que era consejero del emperador en asuntos de Estado y cuyos versos la emperatriz Ermingarde utilizaba para bordar dechados. Sedulius copió tres manuscritos que todavía existen: un salterio griego que está en la Biblioteca Arsenal en París, una versión interlineal en griego y latín de los Evangelios que está en Saint Gall y el Códice Boernerianus, en Dresde, que es una versión interlineal de las epístolas de Pablo donde también aparece aquel pequeño poema en irlandés sobre la futilidad de viajar hasta Roma, escrito, claro está, por Sedelius mismo. Fuera de esto, ya a Sedelius, o a alguien que pertenecía a su círculo, se le deben el Prisciano de Saint Gall, escrito por el gramático latino, lleno de deliciosas glosas en irlandés, y el códice Bernensis, que contiene las

Odas de Horacio, los comentarios de Servicio sobre Virgilio y algunas de las «cartillas» tempranas de Agustín que este escribiera para uso de sus alumnos de retórica.

La más espléndida flor de esta primavera continental fue un irlandés, Juan Escoto Eríugena[2], nacido alrededor del año 810, quien cruzara hasta Francia más o menos a los treinta años de edad y quien asumiera un cargo en la Escuela Palatina, por entonces bajo los auspicios del sucesor de Carlomagno, Carlos el Calvo. Juan Escoto, que quizá fuese laico, es el primer filósofo de la Edad Media, el primer verdadero filósofo cristiano desde la muerte de Agustín en el año 430, el primer filósofo europeo desde la ejecución de Boecio en el 524 y el primer hombre en trescientos años capaz de pensar. Tenía además un humor despiadado del que los siguientes dos versos, de su puño y letra, a la muerte del antiirlandés Hincmar, arzobispo de Reims, son una muestra:

> *Hic jacet Hincmarus, cleptes vehementer avarus, Hoc solum gessit nobile: quod periit.*
>
> Aquí yace Hincmar, bandido. Avaricia salvaje aparte, Al fin una verdadera cosa noble hace: murió.

Sus cenas regadas de vino con el emperador eran una orgía de chispa para eludir preguntas capciosas y puñaladas traperas. *«Quid distat inter sottum et Scottum?»* («¿Qué cosa separa a un tonto de un irlandés?»), preguntó juguetonamente el emperador.

«Tabula tamtum» («Solo la mesa»), replicó Eríugena. No en balde corre la leyenda de que sus estudiantes terminaron por apuñalarlo con sus plumas hasta darle muerte.

En su tiempo, fue una de las dos únicas personas en la Europa Occidental de las que se sabe que hablaban griego con soltura. El otro, el bibliotecario papal Anastasio, se negaba a creer que «un bárbaro» como Escoto Eríugena conociera tan bien el griego. Pero que sabía, sabía. Leer su *De Divisione Naturae (La división de la naturaleza)* después de haberse sumergido en la literatura floclórica que hemos estado mirando en una experiencia aterradora: estamos de nuevo en el mundo de Platón. He aquí una cabeza capaz de discernir las distinciones más enrarecidas de la tradición filosófica griega y, mucho más importante, capaz de elaborar un nuevo sistema de pensamiento, un pensamiento equilibrado e intrínsecamente consistente. Sin embargo, hay detrás de su pensamiento algo más que una mera sospecha de celticidad ya que, para Juan Escoto, la palabra favorita es *naturaleza,* una palabra amada por los irlandeses pero que nunca dejó de ponerles los pelos de punta tanto a platonistas como a cristianos

romanos. En el sistema de Juan Escoto *naturaleza* es un virtual sinónimo de *realidad...,* toda la realidad, el mundo natural y el de Dios. En Escoto no se hace la diferenciación práctica entre lo natural y lo supranatural. A pesar de la sutileza y complejidad de su pensamiento, de inmediato percibimos la deuda que le debe a la sencilla visión del mundo de Patricio. La realidad es un continuo y todas las criaturas de Dios son manifestaciones sensibles de Dios mismo ya que Dios habla en ellos y a través de ellos.

Lectores de épocas posteriores, más positivistas, encontrarían en esto algo sospechosamente parecido al panteísmo, la herejía de que no solo dios está en todas las cosas sino que *es* todas las cosas, en otras palabras, que no existe diferencia entre Dios y creación. Conforme avanzaban en su lectura, menos y menos ortodoxa encontrarían la filosofía de este irlandés. Escoto contraponía de modo categórico la razón a la autoridad: «Toda autoridad que no sea confirmada por la razón parece ser débil, mientras que la verdadera razón no necesita que la apoye autoridad alguna». ¡Y con este tono sentencioso se atrevía a hablarle a los padres de la Iglesia! Es más, tomó la perfectamente ortodoxa aseveración de Pablo de que al final «Dios estará en todos» y la utilizó no solo para apuntalar su panteísmo, sino para sugerir que, al final de todos los tiempos, aun los demonios se salvarían. En 1225, casi cuatro siglos después de haber sido escrita *De Divisione Naturae,* el papa Honorio III ordenó quemar todas las copias que existieran. Algunas, obviamente, se salvaron.

Pero en los tiempos de Juan Escoto Eríugena los hombres de la Iglesia no quemaban libros, eso solo lo hacían los bárbaros.

Para cuando Juan Escoto cruzaba el mar de Irlanda hacia el continente, Irlanda estaba sitiada. Los terroristas vikingos habían descubierto sus pacíficos monasterios, ahora llenos de objetos preciosos. Los monjes construían unas torres redondas con la entrada a nivel de tierra, luego ascendían con sus preciados tesoros por unas escaleras de cuerda que después halaban desde arriba. Pero tales torres eran pan comido para los vikingos, al igual que lo eran los monjes ahora convertidos en unos tipos elegantes y mansos. Para el caso, incluso los guerreros de Irlanda también eran pan comido ya que muchos de ellos se habían convertido en hombres laicos relativamente pacíficos y hasta eruditos. Los vikingos analfabetos con frecuencia destruían libros arrancándoles las cubiertas empastadas con joyas como botín. El temor constante de los monjes lo ilustra bien la siguiente glosa en cuatro versos:

Furioso y frío el viento esta noche sacude las blancas crines del mar.

Hombres despiadados hoy no cabe esperar porque de Lothland solo cruzan en mar claro.

Los hombres despiadados de Lothland –Noruega– no podían atracar durante las tormentas, que a su vez pronto se convirtieron en la única protección que les quedaba a los monjes que habitaban en las costas de Irlanda y Gran Bretaña. Los ataques contra la mágica Lindisfarne, que para entonces se había convertido en la fuente incesante de los más exquisitos códices, se iniciaron en la última década del siglo VIII, como se puede leer en *The Anglo-Saxon Chronicle (La crónica anglo-sajona),* para el año 793: «El día seis de los idus de junio los saqueos y desmanes de los hombres paganos destruyeron lamentablemente la iglesia de dios en Lindisfarne». Desnudaron y torturaron a los monjes. Los asaltantes volvieron luego en el año 801 y le prendieron fuego a la construcción; en el 806, asesinaron a muchísimo monjes; en el 867, a quemar la abadía reconstruida. En el año 875 los atribulados sobrevivientes abandonaron Lindisfarne para nunca más volver. Durante la primera década del siglo IX le tocó el turno a la Iona de Columcille, donde «un gran número de laicos y religiosos fueron masacrados» durante repetidos asaltos. La gran fundación finalmente tuvo que ser abandonada. Inis Murray lo destruyeron en el 802 para nunca más surgir. Aun el remoto monasterio de Skellig Michael fue saqueado repetidamente, su inofensivo abad, Etgal, hecho prisionero para pedir rescate por él, pero murió «de hombre en sus manos», como puede leerse en *Los anales de Inisfallen.* Glendalough fue saqueada en incontables ocasiones y, entre los años 775 y 1071, destruida por el fuego por lo menos nueve veces. Bangor, Moville, Clonfert, Clonmacnois, Kildare (el de Brígida) fueron reducidos a escombros a su turno. En el 804, incluso las extendidas edificaciones de la Armagh de Patricio ardieron hasta sus cimientos.

Así, mientras una por una de aquellas grandes *civitates* monásticas caían a manos de los implacables vikingos, libros preciosos y platería fina eran enterrados a las carreras o enviados tierra adentro a algún lugar que se considerara –al menos temporalmente– más seguro. Esta parece haber sido la suerte que corrió el más grandioso de todos los códices del Evangelio que hoy existen, el Libro de Kells: se piensa que fue llevado de la amenazada Lindisfarne a Kells, que quedaba en el interior. En tiempos modernos, incluso hoy en día, ocasionalmente la pala de un granjero descubre algún escondido tesoro, como el Cáliz de Ardagh. O se descubre que alguna familia noble venida a menos y tal vez reducida a una condición campesina gracias a la subsiguiente lamentable historia de Irlanda, resulta que ha conservado a lo largo de

los siglos algún sufrido códice como el de Cathach de Columcille[3].

Desde el punto de vista de los irlandeses, es muy poco lo que se puede recomendar de los vikingos. Es cierto que fundaron las primeras ciudades genuinas de Irlanda, lugares como Limerick, Cork, Wexfortd, Waterford y Dublín. Pero interrumpieron algo que nunca más se pudo reanudar. Cuando los vikingos fueron derrotados a comienzos del siglo XI, la sociedad irlandesa se recuperó en el sentido de que el asunto normal de la vida cotidiana volvió a seguir el curso que era de esperar. Pero Irlanda jamás recuperaría el liderazgo cultural de la civilización europea. Había sido marginada de nuevo. Con todo, el modo de ser irlandés había sido ya la levadura de la civilización medieval, el ingrediente no identificado que se extendió por el pan de Europa, que le permitió respirar y crecer... y huir de los confines de la uniformidad romana y el pesimismo clásico.

La siguiente invasión que sufre Irlanda, esta vez por los normandos en el siglo XII, provocó muy pocos cambios porque los irlandeses de origen normando adoptaron las costumbres irlandesas con mucho más entusiasmo que con el que los ingleses de origen normando se habían casado con la cultura sajona nativa. Los normandos se hicieron, como en la famosa frase, *«Hibernis Hiberniores»,* «más irlandeses que los irlandeses». Invasores ulteriores no mostraron tanto aprecio. En el siglo XVI, los colonos isabelinos talaron los bosques de Irlanda (para darle garrote a los desposeídos impenitentes que los acosaban con tácticas guerrilleras) y llegaron a pensar en el genocidio siguiendo los delicados consejos del poeta Spenser. En el siglo XVII, los calvinistas cromwellianos estuvieron muy cerca de cumplir el poético consejo. En el XVIII, las despiadadas Leyes Penales le negaron a los católicos el derecho a la ciudadanía. Pero fueron necesarias las hambrunas del siglo XIX –la gran hambruna– para acabar con los irlandeses. Cerca de un millón de irlandeses murió de hambre y sus consecuencias entre 1845 y 1851, mientras el gobierno de su majestad permaneció cruzado de brazos y otro millón y medio emigró en el mismo período, muchos de los cuales murieron durante la penosa travesía en busca de América del Norte o Australia. Para 1914 cuatro millones más habían emigrado, lo que significaba que la población de Irlanda en 1845 se había reducido en una tercera parte: quedaban menos de cuatro millones y medio de habitantes en Irlanda. Que una tierra tan fértil se hubiera convertido en una incapaz de alimentar a sus hijos amados es un indicio de la violación económica a la que había sido sometida durante tantos siglos. Porque, para las fechas últimas de las que estamos hablando, Irlanda llevaba ya mucho tiempo de ser la primera colonia inglesa: un país del tercer mundo en las márgenes de Europa.

Fueron menester los movimientos políticos y culturales de Irlanda del siglo XX para que su población devastada adquiriese una tenue apariencia de autoestima y respeto[4].

Si bien los vikingos se encargaron de que Irlanda perdiera su liderazgo, las Leyes Penales casi acaban con su identidad. Estas apabullantes leyes anticatólicas se aseguraron de que prácticamente toda la nobleza autóctona tuviera que dejar su tierra ancestral. Para fines del siglo XVIII la huida había culminado. Art O'Leary fue uno de los últimos nobles que continuó manteniendo un hogar en Irlanda... y ya vimos en el capítulo III lo que ocurrió con él. Lo que Irlanda perdió, lo ganaron otras naciones: nombres como Hennessy (la gente del coñac), Lally, MacMahon y Walsh en Francia; Murphy, Kindelan, Mahoney y O'Brien en España; Taafe y Hegerty en Austria; O'Neill en Portugal; O'Rorke en Rusia; O'Higgins en Chile y O'Farril y Quinn en México nos dan un indicio de a dónde huyeron estos Patos Salvajes (como los llamaban). Para los campesinos pauperizados que se quedaron atrás, los bosques arruinados y los castillos saqueados de Irlanda eran el recordatorio elegíaco de un pasado glorioso ahora habitado por fantasmas aristocráticos como los que se mencionan en el poena anónimo «Kilcash»:

> ¿Qué hacemos de leña?
> Ya no hay bosques en pie.
> Kilcash y la casa que fue su gloria Y la campana de su hogar ya no están, el lugar donde la señora esperaba su gracia tanta que a toda mujer opacaba cuando los condes la visitaban y la misa allí se celebrara.
>
> Para mi pena y mi dolor, tus portones los han quitado, tu alameda necesita cuidados, Cabras extraviadas merodean por el jardín.
> Tu patio se llena de agua.
> ¿Y los grandes condes dónde están?
> Los condes, la señora, la gente Aplastada contra el fango está.

Pero no podemos dejar a los irlandeses aquí, aplastados contra el fango. Como insistía Patricio, sin importar el desastre, siempre cabe la esperanza. Kilcash, cuya torre en ruinas todavía puede verse contra el cielo de Tipperary, era un castillo de la familia Butler anglo-normanda cuyo descendiente, William Butler Yeats, un día le traería tanto honor a Irlanda como el poeta más grande del siglo XX. Nuestro más grande novelista, James Joyce, se crio en Dublín, bastión vikingo y capital de provincia británica.

Aun en los peores momentos el pueblo irlandés mantuvo encendida la vela de la esperanza. En 1843, poco antes de que empezaran las hambrunas, un petulante viajero alemán se sorprende al encontrar

evidencias de conocimiento y educación en la Irlanda campesina:

> Ya he hecho mención de la diríase anticuada educación evidente aun entre los estratos bajos de la gente en Kerry. Pues ahora me encuentro con un sorprendente ejemplo de lo mismo. En la proa del barco se encontraba un hombre de Kerry leyendo un viejo manuscrito escrito en idioma irlandés y con caracteres celtas...
>
> Algunos, me dijo, yo mismo los aprendí; otros los heredé de mi padre y de mi abuelo y algunos con seguridad habían estado en la familia desde mucho tiempo atrás. Le pregunté por el contenido. «Son», me dijo, «los más hermosos poemas antiguos irlandeses, historias de sucesos maravillosos y tratados de la antigüedad. Por ejemplo, una traducción de un tratado de Aristóteles sobre un tema relativo a la historia natural».

No sé qué le ocurre a usted, querido lector, pero la improbable posibilidad de que un códice irlandés haya sobrevivido en las nudosas manos de un campesino de Kerry me produce escalofríos.

Para nosotros, quienes habitamos en el primer mundo, los romanos del siglo XX que observamos la faz de nuestra tierra, es posible ver algunos signos de esperanza, muchos más que de desesperación. La tecnología avanza a paso acelerado entregando las maravillas que entrelazan nuestro mundo en un único tejido, que conquistan las enfermedades que han azotado todas las épocas menos la nuestra y la consecuente baja en los índices de mortalidad, las revoluciones en el rendimiento de las cosechas que cada vez alimentan poblaciones a su vez en crecimiento, la contemplada posibilidad de una «autopista de información» que pronto nos permitirá acceder a información y comunicarnos unos con otros de modo tan instantáneo y completo que los constructores de los caminos romanos quedarían pasmados ante este gran sistema informativo.

Aquel sistema de caminos se convirtió en escombros impasables al tiempo que el imperio se vio apabullado por explosiones demográficas ocurridas más allá de sus fronteras. Igual ocurrirá con el nuestro. El colapso de Roma nos enseña sobre lo que de manera inevitable ocurre cuando poblaciones pauperizadas y en rápido crecimiento, cuyas costumbres y modos de ver solo se conocen a medias, empiezan a ejercer presión sobre una sociedad rica y ordenada. Más de mil millones de personas en nuestro mundo actual sobrevive con menos de 370 dólares al año mientras que los estadounidenses, que solo constituyen el cinco por ciento de la población mundial, compran el cincuenta por ciento de la cocaína que el mundo produce. Si la población mundial que se dobló en el lapso de nuestras vidas vuelve a doblarse para mediados del próximo siglo, ¿cómo puede alguien pretender escapar de las consecuencias catastróficas que eso tendría...,

escapar de la ira por venir? Pero le damos la espalda a esos hechos desagradables y preferimos seguir contemplado las perspectivas más alegres de nuestros sueños tecnológicos.

Qué se perderá y qué se salvará de nuestra civilización es algo que está fuera de nuestras manos. Ningún grupo humano ha podido saber cómo diseñar su futuro. Quizá ese futuro se esté hoy gestando, no en una sala de juntas en Londres o en una oficina en Washington o en un banco en Tokio, sino en algún reducto grotesco..., tal vez en un amable orfelinato británico, en las lúgubres colinas del Perú, en un hogar para los moribundos en una calle oscura de Calcuta dirigido por una pertinaz monja de Albania, en un grupo descomplicado de médicos franceses en las fronteras hambrientas del Sahel, en una misión de trabajadores sociales irlandeses que recuerdan su propia gran hambruna en Somalia, en una guardería infantil para ayudar a mujeres convictas en una prisión de Nueva York..., en alguna esquina perdida donde un gran corazón humano se ha comprometido a amar a los descastados de manera extraordinaria.

Quizá la historia siempre ha estado dividida en romanos y católicos, o mejor, siempre en personas muy variadas. Los romanos son los ricos y poderosos que gobiernan los asuntos a su modo y que deben siempre acumular y adquirir más porque instintivamente creen que nunca será suficiente. Los católicos o el grupo variopinto son (como la palabra católico significa) universalistas que instintivamente creen que toda la humanidad hace parte de una gran familia, que cada ser humano es un hijo igual de Dios y que Dios proveerá. El siglo XXI, profetizó Malraux, será un siglo espiritual o no será. Si queremos que nuestra civilización se salve –olvidémonos de nuestra civilización, que, como diría Patricio, puede pasar «en un instante, como una nube o como el humo que arrastra el viento»–, si *nosotros* queremos salvarnos, no serán los romanos quienes lo hagan sino los santos.

Notas al pie

1 La despreocupada actitud romana frente a la esclavitud, contraria a la de Patricio, la ilustra bien la anécdota sobre el primer encuentro del papa Gregorio I el Magno con los ingleses. Se percata de algunos de ellos puestos a la venta mientras pasa por el mercado romano y, conmovido por su rubia hermosura, pregunta por los orígenes de esta suerte de hombres. *«Angli»* (anglos o ingleses) le contestan. El ingenioso Gregorio se permite entonces un jueguito de palabras y opina que llevan un nombre muy indicado ya que en verdad parecen *angeli,* ángeles. Más adelante se permitirá otro par de comentarios graciosos hasta que resuelve velar por la evangelización de los ingleses pero, en cuanto a los cautivos, igual deja que los

vendan.

2 Johanes Scotus o Juan el irlandés, pero como en esta época muchos *Scoti* habían nacido en asentamientos irlandeses por fuera de Irlanda, el *Erígena* se encarga de absolver tal ambigüedad ya que esto significa nacido en Irlanda. No debe confundirse, sin embargo, con Juan Duns Escoto, un teólogo escocés de la baja Edad Media.

3 El cáliz de Ardagh fue descubierto en 1868 (junto con cuatro prendedores y una copa de bronce) por un muchacho de Limerick que recogía papa en lo que fuera una fortaleza prehistórica en Ardagh. Los objetos estaban ocultos bajo una losa de piedra enredada en las raíces de un espino. No se puede saber si estos fueron escondidos en tiempos de las invasiones vikingas o durante la imposición de las Leyes Penales, en el siglo XVIII, por parte de los ingleses, época durante la cual se prohibieron por ley los objetos litúrgicos. El Códice de Columcille (el famoso códice conocido como el Cathach) estuvo en manos de la familia O'Donnell. Luego, tras el Tratado de Limerick, fue llevado a Francia por un O'Donnell en fuga y volvió a Irlanda en el siglo XIX. Aunque los O'Donnell jamás llegaron a quedar convertidos en campesinos, con toda seguridad sí hubo otros libros que se conservaron en manos de familias a las que sí les ocurrió tal cosa y que por tanto los valoraban antes por sus supuestas propiedades curativas que por su valor como antigüedades. Un viajero del siglo XVII cuenta que vio, para su horror, cómo el inestimable Libro de Durrow era sumergido en el agua por unos campesinos que lo utilizaban, según necesidad, para condimentar un tónico para curar vacas enfermas.

4 Se ha dicho de los irlandeses que son «los más fieles súbditos de la Reina Victoria» porque en nuestros tiempos se les ha asociado –paradójicamente si se piensa en su historia temprana– con la mojigatería y la represión sexual. Este comportamiento novedoso surgió, creo yo, debido a la muy comprensible ansiedad de unos campesinos desposeídos por poseer un asomo de respetabilidad, ansiedad esta que aflora, en opinión de Frank O'Connor, «en el instante en el que el idioma inglés se convirtió en la lengua aceptada». Los idiomas traen consigo sus propios valores, y el inglés, que terminaron por aprender los irlandeses, fue el de la pequeña reina. Sin embargo, continúa O'Connor, dondequiera que el irlandés se mantuvo con fuerza, tanto hombres como mujeres siguieron considerando «las relaciones sexuales el tema de conversación general más divertido». (El festival de la fertilidad que se mencionó en el capítulo VI, por ejemplo, continuó celebrándose durante todo el reinado de Victoria en Kilorglin, condado de Kerry, donde se hablaba irlandés.) Quienquiera que haya visitado Irlanda en los últimos años se habrá percatado de que los irlandeses están volviendo por sus fueros.

Guía de pronunciación de palabras irlandesas claves

Aunque hoy en día el irlandés se escribe usualmente indicando los acentos (para distinguir las vocales largas de las cortas), yo no lo he hecho para facilitar las cosas. Las pronunciaciones a continuación no son más que una aproximación. La *ch* en irlandés tiene un sonido gutural, como en el alemán, el yiddish y el hebreo. En esta guía se indica con la *h*. La *gh* también es gutural, pero más suave, tan suave que para nuestro propósito se puede pronunciar simplemente como la *h* en inglés o la *j* en español.

ahl Ailil - ar Amhairghin - am *hu* - er - in ar - Ard Macha - hah - koll - Columbanus Colum - kill Conaill - kon Conchobor - konn Connacht - kon - Cruachan - Aih Cuailnge Cuchulain - *hoo* - lin Emain Macha Leinster - Medb - Noisiu - Rath - Cruachan saettavin Tain Bo Cuailnge Uisliu, Uisnech sow - n toyn boe *kool* - ee *ish* - lu, *ush* - neh

Fuentes bibliográficas

La mayoría de las bibliografías me dejan insatisfecho porque con frecuencia no logro saber entre los muchos libros que enumera el autor cuáles fueron importantes para él y cuáles no. De manera que, en vez de enumerar todos y cada uno de los libros que consulté, prefiero hablar sobre aquellos que encontré particularmente valiosos. Por supuesto, algunas de las cosas que más profundamente sentimos no tienen fuente..., o mejor, resulta imposible recordar en dónde nos enteramos de ellos por primera vez. De algún modo son cosas como la radiación que queda del Big Bang: algo general, constante y ubicuo.

Introducción

La alusión a Betjeman se refiere a su poema «Domingo en Irlanda»: «Cabañas con muros de piedra y techos de paja, *en donde se cría un pueblo de la Edad de Piedra,* la última raza europea de aquella época». La historia de Newman sobre el león y el hombre aparece en la primera charla de sus *Lectures on the Present Position of Catholics in England* (1851).

I. El fin del mundo

En idioma inglés, los mejores presentadores de la Antigüedad clásica son Peter Brown y Henry Chadwick. *The World of Late Antiquity* (Londres, 1971), de Brown, y *The Early Church* (Harmondsworth y Nueva York, 1967), de Chadwick, resultaron ambos muy útiles. Algunas veces, sin embargo, los estudios realizados por el historiador irlandés de vuelta del siglo, sir Samuel Dill, en particular su *Roman Society in the Last Century of the Western Empire* (Londres y Nueva York, 1906) resultaron más apropiados a mis propósitos gracias a los muchos detalles allí consignados. Es instructivo observar lo muy poco que ha cambiado la forma general de la interpretación histórica desde los tiempos de Dill y lo mucho que los historiadores contemporáneos aún le deben.

Gibbon puede ser divertido, por lo menos el Libro I de su *Historia de la decadencia y ruina del Imperio Romano,* después del cual empieza a vociferar un poco demasiado. Aun así, es menester que todo lector lea, por lo menos, los capítulos 15 y 16 sobre el surgimiento del

cristianismo que tanto escándalo suscitaron. *Great Issues of Western Civilization,* libro editado por Brian Tierney, Donald Kagan y L. Pearce Williams (Nueva York, 1992), tiene una sección titulada *The Decline and fall of the Roman Empire,* publicado con anterioridad como un folleto autónomo (Nueva York, 1967), que otorga una perspectiva global admirablemente sucinta de todas las corrientes actuales. Siempre que se trata de grandes movimientos históricos, me veo en la necesidad de consultar *The Rise of the West: A History of the Human Community,* de William McNeill (Chicago, 1963), cuya interpretación de los hechos encuentro siempre esclarecedora.

The Barbarian Kings, de Lionel Casson, incluido en la serie *Traesures of the World* (Chicago, 1982), fue el lugar en donde tomé la anécdota de Alarico.

[N. del T.] Los poemas de Ausonio en esta edición en español son traducción del latín de Pedro Ortiz Valdivieso, S. J.

II. Lo que se perdió

Existen muchas ediciones de las *Confesiones* de Agustín. En general la traducción al inglés de Frank Sheed (Londres y Nueva York, 1943) ha sido considerada la mejor. Sin embargo, existe una traducción más reciente realizada por Henry Chadwick (Oxford, 1991). La biografía clásica es *Augustine of Hippo*, de Peter Brown (California, 1967), y en efecto se trata de una obra maestra no solo gracias a su amor por el tema, sino como interpretación histórica. Brawn es un vástago del movimiento (en su mayor parte francés) por recuperar las enseñanzas de los padres de la Iglesia, y su trabajo de alguna manera depende de trabajos anteriores realizados por estudiosos como Chene, Congar y, muy particularmente, Courcelle, deuda que Brown admite con generosidad. En mi opinión, el primer análisis de las *Confesiones* que ve en ellas el inicio de una revolución en la conciencia, debe atribuírsele a Georg Misch y aparece en su voluminosa e incomparable obra de toda una vida, *Geschichte der Autobiographie* (Berna y Frankfurt, 1907-1969). El volumen I, que es el más pertinente (en dos tomos), se consigue traducido al inglés como *The History of Autobiography in Antiquity*.

La mejor traducción al inglés de la *Eneida* quizá sea la de Fitzgerald. La de Mandelbaum también es muy admirada. En cuanto a Platón, las traducciones de Jowett (que utilicé) son muy recomendables, así como la traducción de *La República* de Cornford. Las traducciones de Virgilio y Agustín aquí incluidas son mías, pero

tuve siempre en cuenta las traducciones clásicas.

Respecto a la evolución histórica de los obispados católicos consulté, entre otras cosas, dos libros excelentes de Raymond E. Brawn, *Priest and Bishop* (Paramus, 1970) y *The Churches the Apostles Left Behind* (Nueva York, 1984); «Episcopal Elections in Cyprian: Clerical and Lay Participation» (*Theological Studies 37,* 1976), de Patrick Granfield, y *Naissance d'une hiérarchie* (París, 1977), de Alexandre Faivre.

De *La ciudad de Dios* de Agustín se consiguen distintas y varias ediciones, así completas como abreviadas. Image/Doubleday (Nueva York, 1958) publicó una excelente versión en rústica y abreviada.

III. Un mundo oscuro y cambiante

Las citas en este capítulo las he tomado casi todas de la traducción de Thomas Kinsella del *Tain* (Oxford, 1970). Las otras citas son del poema de Amhairghin traducido por Proinsias MacCana en su *Celtic Mythology* (Londres, 1968), y de «The Lament for Art O'Leary», poema que hace parte de *Kings, Lords, and Commons: An Anthology from the Irish,* traducida por Frank O'Connor (Dublín, 1970).

IV. Buenas nuevas de muy lejos

¡Qué dolor! Cuando se trata de Patricio, nadie coincide en nada con nadie y es muy raro el académico que muestre cosa distinta al desprecio por cualquier opinión distinta a la suya. No existe un solo dato sobre la vida de Patricio que no haya sido puesto en duda, incluyendo su mera existencia. Pero, además, durante el curso de este siglo, la biblioteca de estudios sobre Patricio ha crecido «en unas dimensiones comparables al Himalaya», para citar a E. A. Thompson.

Con todo, la verdad es que, para nuestros propósitos, podemos prescindir de buena parte de esa polémica literatura académica porque, gracias a la *Confesión* y a la *Carta,* sabemos más sobre Patricio que sobre cualquier otra figura británica o irlandesa del siglo V. Los detalles de su historia los ha presentado de modo que tengan sentido para mí, pero aun así espero y ansío que las opciones por las que opté, entre las muchas e intrincadas teorías disponibles, resulten mejores que las de los demás. Nadie puede alegar saber a ciencia cierta las fechas de su vida o de sus viajes; dónde en Irlanda pasó su tiempo como esclavo; dónde alzó velas o dónde atracó el barco en el que huyó

ni qué carga llevaba si es que llevaba carga alguna; dónde estudió para hacerse sacerdote; si consagró o no obispos, ya fuesen estos colegas contemporáneos suyos o futuros sacerdotes (a pesar de que no cabe la menor duda de que su episcopado sí tuvo continuadores). Con todo, ninguno de estos problemas puede arrojar la menor sombra sobre el carácter fundamental de Patricio que brilla en las dos obras que le sobrevivieron. Se especula mucho también sobre los efectos e implicaciones reales (distintos a los legendarios) de su misión..., a pesar de que yo sigo creyendo, personalmente, que de haber existido otra figura posterior que tuviese más responsabilidad que Patricio en lo que concierne a la cristianización de Irlanda, existiría alguna suerte de registro, por lo menos de su nombre, hombre o mujer.

He omitido del texto principal, intencionalmente, cualquier mención a Palladius, un obispo que precedió a Patricio en Irlanda, y lo hice porque considero que no tiene ninguna relevancia frente a nuestra historia. Palladius fue enviado por el papa Celestino a «los irlandeses que creen en Cristo», muy probablemente una pequeña colonia de antiguos britanos, y con toda probabilidad murió a los pocos años de haberle sido encargada tal comisión. No se trataba, en todo caso, de un obispo misionero itinerante ya que no existió ninguno así antes de Patricio y no solo en Irlanda sino en parte alguna. Se ha dicho que Ulfilas, un obispo ario, fue un obispo misionero. Pero E. A. Thompson (ver más abajo), quien quizá ha estudiado el asunto más que ningún otro, insiste en que Ulfilas fue un obispo residente rodeado de creyentes..., una figura mucho más doméstica que la de Patricio.

El primer biógrafo de Patricio fue Muirchu, quien escribiera dos siglos después de la muerte de Patricio. Su *Vida,* así como la *Confesión* y la *Carta* de Patricio, se encuentran en *St. Patrick: His Writings and Muirchu's «Life»* (Londres y Chichester, 1978), de B. E. Hood. El texto clásico en latín de los escritos de Patricio, sin embargo, es el *Libri Epistolarum Sancti Patricii Episcopi* de Ludwig Bieler, publicado por primera vez en *Classica et Mediaevalia,* 11 (1950) y 12 (1951), reimpreso en varias ediciones. También recomiendo la edición frandesa, extraordinariamente informativa, de R. P. C. Hanson y Cecile Blanc, *Saint Patrick: Confession et Lettre a Coroticus* (París, 1972), que hace parte de la magnífica colección *Sources Chrétiennes.* Las traducciones de la obra de Patricio aquí incluidas son mías.

En lo que a este siglo respecta, J. B. Bury, con su *The Life of St. Patrick and His Place in History* (Londres, 1905), marcó un hito en los trabajos académicos sobre Patricio. (Él fue quien produjera la teoría de que el «desierto» fue el resultado de la invasión germánica de la

Galia en los años 406-407). Muchos lo siguieron, entre ellos Eoin MacNeill en su admirable, aunque quizá en exceso piadosa, obra *St. Patrick, Apostle of Ireland* (Londres, 1934). Con todo, fue un ensayo escrito por el ya legendario Patrick D. A. Binchy, «Patrick and His Biographers, Ancient and Modern», publicado en *Studia Hibernica 2* (1962), el que encontrara enormes faltas y lagunas en la aproximación de Bury (y de todos los demás), y es, por tanto, el escrito que, con razón, se considera el definitivo en lo que concierne a los estudios académicos contemporáneos sobre Patricio. Siguiendo los pasos de Binchy, el libro *St. Patrick: His Origins and Career* (Oxford, 1968), de Hanson, hoy por hoy se considera la biografía establecida. Contiene, como todas las predecesoras, largos pasajes en latín sin traducir. La mejor biografía de Patricio para quienes no leen latín es la muy entretenida *Who was Saint Patrick?* (Londres, 1985; Nueva York, 1986), de Thompson. *The Visigoths in the Time of Ulfilas* (Oxford, 1966), también de Thompson, es una lectura espléndida.

V. Un mundo pleno de luz

Este es el tipo de capítulo que llevaría al alcoholismo a un académico juicioso. Aquí me guío basándome sobre todo en suposiciones y en la intuición. La información que se tiene sobre lo que ocurría en Irlanda poco antes de la llegada de Patricio es sumamente escasa y la información más sólida a la que se tiene acceso es la que él mismo nos dejó, de su puño y letra. Lo que quiera que él no nos cuenta, tenemos que dejarlo a la especulación.

Sabemos, por otro lado, de Julio César y otros testigos antiguos, y gracias a la evidencia arqueológica incontrovertible, que los celtas realizaban sacrificios humanos. No existe razón para creer que los irlandeses hubiesen abandonado esta práctica antes de la llegada de Patricio. Como sabemos que la cultura cambió muy poco en Irlanda a lo largo de muchas centurias, lo más probable es que el sacrificio humano todavía se practicara en tiempos de Patricio. Pero no se tienen pruebas. Asumamos por un momento que no se practicara. Aun así, su recuerdo estaría aún vivo y el estado mental que lo alentaba apenas habría desaparecido si se tiene en cuenta la tenacidad con la que persisten las costumbres tradicionales. Así las cosas, aunque el sacrificio humano hubiese sido abolido de algún modo, sigo sosteniendo mi teoría de cómo Patricio conectó con la imaginación irlandesa.

La información sobre el Hombre de Lindow la tomo de *The Life and*

Death of a Druid Prince (Londres, 1989), de Anne Ross y Don Robins. La obra clásica en lo que concierne a las antiguas prácticas religiosas de los celtas es *The Druids* (Londres, 1974), de Stuart Piggott. El estudio definitivo de la mitología irlandesa es *Celtic Heritage: Ancient Tradition in Ireland and Wales* (Londres, 1961), de Alwyn y Brinley Ress. MacCana (ver arriba) también es de gran ayuda.

La traducción del himno de Philippians es mía.

VI. Lo que se encontró

Las fuentes utilizadas para este capítulo son muchas y variadas. El mejor tratamiento del tema en general me pareció ser el que John T. McNeill (padre de William) le da en su libro *The Celtic Churches* (Chicago, 1974), aunque cabe decir que le debe mucho (al igual que yo) al trabajo de Kathleen Hughes, en particular su nunca igualado *The Church in Early Irish Society* (Londres, 1966). Dos libros de Waltern Horn, *The Forgotten Hermitage of Skellig Michael* (Berkeley, 1990) y *The Plan of St. Gall* (California, 1929), constituyen un par de extraordinarias exploraciones de fundaciones monásticas aisladas; el segundo de ellos es un trabajo formidable, en tres volúmenes y escrito en compañía con Ernest Born. Una tesis doctoral del benedictino Joseph P. Fuhrmann, presentada en 1927 en la Universidad Católica de Washington, D.C., bajo el título *Irish Medieval Monasteries on the Continent,* fue el único trabajo que encontré dedicado exclusivamente a este tema. Con toda seguridad se necesita urgentemente un trabajo más extenso.

Los siguientes textos me fueron útiles: *Saint Patrick's World* (Notre Dame, 1993), de Liam de Paor; *Le Moines et la civilization* (París, 1962), de Jean Decarreaux; *The Iris Tradition* (Oxford, 1947), de Robin Flower, un clásico indispensable; *The Medieval Library* (Chicago, 1939), de James Westfall Thompson; y para el movimiento penitencial irlandés, *The Making of Moral Theology* (Oxford, 1987). Tres antologías de ensayos me brindaron información útil: *The Churches, Ireland, and the Irish,* editada por W. J. Sheils y Diana Wood (Oxford, 1989), en particular el ensayo «The Wild and Wooly West: Early Irish Christianity and Latin Orthodoxy», de Brendan Bradshaw; *An Introduction to Celtic Christianity,* editado por James P. Makey (Edimburgo, 1989), en particular el ensayo «Irish Monks on the Continent», de Tomas Cardinal O'Fiaich, y *Irland Und Europa,* editado por Proinseas Ni Chathain y Michael Richter (Stuttgart, 1984), en particular el ensayo final, «Irland und Europa: Die Kirche in

Frühmittelater», de Richter. Este anterior volumen, resultado de la segunda de una serie de conferencias relacionadas por académicos irlandeses y alemanes, está llena de confesiones sobre lo mucho que le falta a la academia, al tratar este tema específico, antes de que muchas preguntas de crucial importancia histórica puedan ser formuladas de modo adecuado.

Sobre el arte de los escribas consulté, entre otros, los irremplazables tres volúmenes que componen el *Irish Art* (Ithaca, Nueva York, 1965), de Françoise Henry; *A History of Lettering* (Boston, 1986), de Nicolete Gray; *A History of Illuminated Manuscripts* (Boston, 1986), de Christopher de Hamel, y *The Smithsonian Book of Books* (Washington, D. C., 1992), de Michael Olmert.

La alusión, al iniciar el capítulo, a los jinetes desnudos en Clare durante el siglo XIX tiene su origen en una charla fascinante que tuve la oportunidad de escuchar, en 1970, en el Merriman Summer School, dada por el Dr. Alf MacLochlainn, entonces bibliotecario de la National Library. Aseverar que los irlandeses le habían puesto coto al comercio internacional de esclavos, no implica decir que no había esclavos en Irlanda una vez el cristianismo arraigó. Los irlandeses, al igual que otros pueblos medievales, conservaron la servidumbre. Ver *Cattle Lords and Clansmen: The Social Structure of Early Ireland* (Notre Dame, 1994), de Nerys Patterson. Aunque los irlandeses nunca retomaron la práctica de cazar esclavos, sí se sabe que durante el período medieval algunos terratenientes retomaron la práctica de la compra de esclavos en la Gran Bretaña, práctica que llevó a los obispos irlandeses del siglo XII a pensar que la invasión normanda fue el resultado del castigo divino por haberse dedicado a dicha actividad. Sin embargo, este juicio implica que, aun en sus peores momentos, los irlandeses cristianos poseían una estructura moral superior a la de sus ancestros paganos. Ver *Ireland Before the Normans* (Dublín, 1972), de Doneha O'Corrain, para acercarse a la más útil de toda la serie Gill History of Ireland.

VII. El fin del mundo

Mis fuentes para este capítulo, *grosso modo,* son las mismas a las que recurrí en el capítulo anterior. La *Ecclesiastical History of the English People,* de Bede, se consigue en muchas ediciones. Para tratar en breve, como lo hice, el asunto de la influencia irlandesa en lo que respecta a la formación y conservación de la literatura anglosajona temprana, estoy en deuda con Charles Donahue, quien a su vez le

debe mucho al trabajo pionero y magistral de J. R. R. Tolkien sobre el gran poema *Beovulfo*. El ensayo «*Beowulf* and Christian Tradition: A Reconsideration from a Celtic Stankce», publicado en *Traditio,* 21 (1965), publicación periódica de estudios sobre la religión y el pensamiento medieval y antiguo de la Universidad de Fordham, está tan bien ponderado y es tan generoso que me apresuro a recomendarlo como modelo para aquellos que quisieran subir el nivel y aumentar la sustancia de los estudios académicos hoy por hoy.

Cronología

A continuación no se presenta una cronología completa sino antes bien una lista de fechas que le son pertinentes a los episodios narrados en el texto principal. Las fechas para la época de Patricio son aproximaciones.

3000 a. C. aprox. Colonos de la edad de piedra comienzan a construir elaboradas tumbas irlandesas con pasadizos tales como la de Newgrange.

900 y siguientes En Grecia, Homero compone la *Ilíada* y la *Odisea.*

753 Se funda la ciudad de Roma.

400-300 Edad de oro griega: florece la democracia ateniense bajo Pericles; época de Sófocles, Fidias, Sócrates, Platón y demás.

390 Los celtas invaden la ciudad de Roma por primera y última vez.

350 aprox. Tribus celtas cruzan a Irlanda y se establecen allí desplazando a sus antiguos ocupantes.

70 a. C. - 14 d. C. Edad de oro latina: son los tiempos de Cicerón, Catulo, Horacio, Virgilio, Ovidio y demás.

31 a. C. Octavio se hace primer emperador romano y asume el nombre de César Augusto.

100 d. C. aprox. Medb es reina de Connacht en Irlanda.

370 Augusto, adolescente, viaja a Cartago.

395 aprox. Muere Ausonio.

400 Patricio es hecho esclavo; Agustín publica sus *Confesiones.*

406-407 Tiene lugar la más grande invasión germánica del Imperio Romano.

409 Las guarniciones romanas abandonan la Gran Bretaña.

410 Alarico el Godo saquea la ciudad de Roma.

430 Muere Agustín de Hipona.

432 Patricio, ahora obispo, vuelve a Irlanda.

461 Muere Patricio.

475-476 Reinado de Romulus Augustulus, último emperador romano, derrocado por el bárbaro Odoacer; fin del Imperio Romano de Occidente.

500 aprox. Brígida funda Kildare.

557 Columcille sale de Irlanda rumbo a Iona.

590 aprox. Columbanus se dirige a la Galia.

597 Muere Columcille; Agustín, el bibliotecario del Papa, bautiza al rey inglés de Kent, en Canterbury.

615 Columbanus muere en Bobbio.

635 Aidan funda Lindisfarne.

664 Sínodo de Whitby.

782 Alcuin asume la rectoría de la Escuela Palatina de Carlomagno.

793 Primer ataque vikingo contra Lindesfarne.

845 aprox. Juan Escoto Eríugena llega a la corte de Carlos el Calvo.

875 Los monjes abandonan Lindisfarne por última vez.

1014 Los vikingos son derrotados de modo definitivo por las fuerzas de Brian Boru en la batalla de Clontarf.

1170 Invasión anglonormanda de Irlanda.

1556 Se restaura la colonia isabelina en Irlanda.

1649 Cromwell llega a Irlanda y comienzan las masacres de católicos.

1690 Batalla de Boyne: la causa católica (y Estuardo) sucumbe definitivamente contra un Guillermo de Orange victorioso; la huida de los «Patos Salvajes», la nobleza irlandesa, comienza poco después.

1692 Por primera vez se excluye a cualquier católico de un puesto en el gobierno.

1695 Se promulgan las Leyes Penales que privan a los católicos de sus derechos civiles.

1829 Daniel O'Connell, «el Libertador» y eximio político irlandés, obliga la Emancipación Católica al Parlamento británico.

1845 La hambruna. Comienzan las emigraciones masivas.

1893 Douglas Hyde funda la Liga Gaélica para revivir la cultura irlandesa.

1904 William Butler Yeats y Lady Gregory fundan el teatro Abbey. James Joyce abandona Irlanda.

1916 Estalla la insurrección conocida como «Easter Rising». Se proclama la República de Irlanda.

1919-1921 Guerra de independencia de Irlanda.

1922 Gran Bretaña e Irlanda firman un tratado en el que se establece un Estado irlandés libre pero que excluye a los seis condados, aún bajo dominación británica, de Irlanda del Norte. Se publica *Ulises*.

1923 Yeats asume su curul en el primer senado irlandés y es galardonado con el premio Nobel de Literatura.

Agradecimientos

Varios amigos tuvieron la gentileza de leer el manuscrito en sus distintas encarnaciones, incluidos entre ellos a mi esposa, Susan Cahill, Herman Gollob, Catherine McKenna, Jack Miles, Jacqueline Kennedy Onassis, Michael Walsh, Maureen Waters y Robert J. White. A todos les estoy muy agradecido porque gracias a sus lecturas me salvaron de no pocos errores y desaciertos. Quiero de inmediato agregar, sin embargo, que aquellos errores y desatinos que todavía queden son exclusivamente míos.

Mirando en retrospectiva el tortuoso camino que me condujo a este análisis, me doy cuenta de una enorme deuda de gratitud que tengo para con profesores de hace mucho tiempo: John D. Boyd, S. J., quien me presentara por primera vez el ímpetu y la fuerza de la cultura medieval; Henry Traub, S. J., cuya sentida conciencia de lo que significaba ser un romano no tiene parangón; J. Giles Milhaven, que tuvo el corazón para recibirme en un exclusivo seminario sobre Platón a pesar de mi precario griego; y William V. Richardson, S. J., cuyas severas críticas de la filosofía medieval a la luz de la experiencia moderna hicieron posible que, incluso sus alumnos menos brillantes, alcanzaran algún entendimiento de lo que es el proceso filosófico. Terminados mis años como estudiante tuve la buena fortuna de que el gran Robert G. Pollock se hiciera mi amigo, el único filósofo verdadero que jamás haya conocido y cuya aguda ponderación de agustín alienta mi segundo capítulo; lo mismo puedo decir de Raymond E. Brown, S. S., a mi parecer el más grande estudioso vivo de las escrituras en Estados Unidos y cuyos estudios de los textos y de la sociedad del cristianismo primitivo fueron fuente de mucha inspiración y de algún contexto para mi propio estudio. Excepción hecha del último, todos estos profesores estuvieron, en algún momento, vinculados a la Universidad de Fordham, cuya biblioteca –y bibliotecario, James P. McCabe– me brindaron recursos inestimables. Fuera de ellos está la memoria de mi madre, Margaret Buckley, cuyos dichos, historias y canciones, a su vez recibidos por ella de su propia madre, Brigid Delia Quinn de Williamstown, condado de Galway, son sin duda la protofuente de este libro.

Mis agradecimientos, también, a muchos colegas en Bantam Doubleday Dell, tantos que no podría mencionarlos aquí y que me alentaron durante mi trabajo de investigación y redacción y cuyo entusiasmo por el resultado ha sido un obsequio inesperado. Son precisamente personas así, trátese de representantes de venta o de

editores, de altos ejecutivos o de personal de apoyo, personas cuyo entusiasmo por los *libros* –aun de los más endemoniados de estos– los convierte en los verdaderos herederos de los escribas irlandeses. Impera mencionar por lo menos a uno de ellos, Nan Ahearn Talese. Después de todo, no ocurre con frecuencia que un escritor tenga como editora y encargada de publicaciones a una mezcla de Medb de Cruachan, Brígida de Kildare y la señora de Kilcash que «opacaba a toda mujer con su gracia».